M863.2
ALT.

M863.2
A LT.t..

JGNACIO MANUEL ALTAMIRANO.

CUENTOS DE INVIERNO.

LAS TRES FLORES.

TERCERA EDICION CORRECIDA Y AUMENTADA.

MÉXICO.
TIPOGRAFIA LITERARIA DE FILOMENO MATA.
Calle de la Canoa número 5.
1880.

BIBLIOTECA NACIONAL
MEXICO

Ej. 1
16.8.63 5 027759

PREFACIO.

Las novelillas que contiene este volúmen, han tenido fortuna; *Habent sua fata libelli.* La primera que es una traduccion que hice cuando era estudiante, no fué publicada sino hasta 1867 en el *Correo de Mexico*, con el título de *La Novia*; despues reproducida en *El Renacimiento* con el nombre que lleva aquí *Las Tres Flores* y luego ha dado la vuelta á la República impresa de nuevo, ya en los folletines, ya en las columnas de varios periódicos, que muchas veces se olvidaron de poner el nombre del traductor y de indicar el orígen de la novela.

En cuanto á la segunda, *Julia*, fué escrita expresamente para *El Siglo XIX* cuando redactaba yo la parte literaria de este acreditado periódico, el más antiguo de la capital, y publicada en él, como *variedades de*

domingo con el título de: *Una Noche de Julio.* Despues fué reproducida en varios folletines y columnas de periódicos de México y de los Estados, llevando el nuevo nombre *Julia* con que figura en este volúmen.

La Navidad en las Montañas vió la luz pública, por la primera vez en la coleccion compuesta de leyendas, artículos y poesías, formada, merced al empeño de mi distinguido amigo Francisco Sosa, dirigida por él, y que se imprimió en el folletin del periódico español *La Iberia* de que era director el sentidísimo D. Anselmo de la Portilla.

Esta obrita ha merecido el favor público y aun el elogio de los críticos. Entre estos debo contar en primer término, para tributarle mi gratitud por sus palabras benévolas, á mi querido discípulo el juicioso jóven Manuel de Olaguibel que en el periódico *El Domingo* hizo una larga mencion de mi pequeña novela de costumbres, en sus artículos intitulados: *Literatura del hogar.* Mas tarde, ella fue reproducida en el periódico *El Radical.* Pero los ejemplares del *Album de Navidad* se han agotado á tal punto, que me ha sido difícil conseguir aun el que me sirve para esta nueva edicion. Por eso concluyo, diciendo, como al principio, que mis libritos han tenido suerte, lo cual es debido sin duda alguna, más que á su ningun mérito, á la indulgencia de los lectores.

Y por eso tambien, el Sr. Mata mi editor, se ha decidido á reunir en un solo volúmen, los tres trabajos que andaban dispersos y que, no se encuentran ya fácilmente.

México, Marzo 29 de 1880.

Ignacio M. Altamirano.

LAS TRES FLORES.

CUENTO BOHEMIO.

I.

—¿Crees, Lisbeth, en los juramentos de amor?

—Yo creo, Ludwig, en el poder de un padre.

—¿Te acuerdas de las doradas horas que pasábamos en los grandes bosques de Ehrenfels?

—¡Ah!

—¡No hay que decir más. . . . cuando se ama!

—¡Ah!

—¿Con que todo está decidido? ¿mañana es la boda?

—Mañana.

—¿Y tú amas al nuevo esposo, á Enrique, hijo del conde Fausto?

—Me caso con él.

—Puedes casarte con él sin amarlo, puesto que me has amado sin casarte conmigo.

—Ludwig, tus palabras son duras. . . .

—Lisbeth, las tuyas eran falsas.

—Un dia me decias: «Aunque me pidieses mi sangre ó mi vida, Lisbeth, tú la tendrias.»

—Y un dia tú me dijiste: «Todo lo que quieras de mí, aunque sea mi corazon, aunque sea mi mano, Ludwig, tú lo tendrás.»

—Yo contaba sin los otros, Ludwig.

—Yo contaba sin tí, Lisbeth.

—Mi padre nos separá.

—Dios nos unirá.

—¡Nunca!

Y Lisbeth, la bella olvidadiza, dejó caer la cabeza sobre su mano, calló y se puso á llorar.

Una de sus lágrimas cayó abrasadora sobre la frente de Ludwig, su triste amante, que suspiraba bajo el balcon de su ventana. El llevó la mano á su frente y recibió esta lágrima «perla caida de los negros ojos de Lisbeth»—y vencido por el dolor y por el amor, porque mucho amaba Ludwig, le dijo con una voz más dulce:

—¿Por qué me has hecho venir?

—Para cambiar nuestros adioses. . . .

—Adios, Lisbeth.

—Y. . . . tambien para pediros mi anillo de oro.

—La única cosa que me quedaba de tí.

La niña le dió; la jóven le vuelve á tomar.

—La jóven es muy prudente, la niña lo era menos.

BIBLIOTECA NACIONAL
MEXICO

Lisbeth no dijo nada; pero extendió la mano ahogando un suspiro.

—Héle aquí, dijo Ludwig.

Ludwig era alto; la ventana estaba baja. Se enderezó sobre la punta de los piés; ella deslizó su mano á través de las barras del balcon y él puso el anillo de oro en su dedo meñique.

—¡Ludwig, teneis un gran corazon!

—Yo no sé, Lisbeth.... pero te amaba.

—Quisiera pediros todavía una cosa.

—Pídela.

—Se ha hablado de nosotros mucho; es necesario que vengais á la boda; estareis alegre!.. reireis..! se verá que ya no me amais.

—Para eso.... nunca!

—Lo quiero.

—No conteis con ello, jamas, jamas!

—Te lo ruego.

—Me has dicho *tú*.... vendré.

—Gracias, querido Ludwig.

—Concédeme una gracia á tu vez.

—Habla.

—Bailarás un wals conmigo.

—¿Cuál?

—El primero despues de media noche.

—Sea.

—Lisbeth, Lisbeth, decia una voz en el interior de la casa.... ¿en dónde estás?

—Aquí estoy; adios, querido Ludwig.

La pequeña mano blanca envió un beso en la sombra. Las luces recorrieron todos los pisos; despues la ventanas se cerraron, y tornóse negra la casa del baron de Walder, padre de la hermosa Lisbeth.

Sin embargo, Ludwig marchaba triste en la oscuridad; atravesó el puente de San Juan Nepomuceno, y siguiendo las riberas sombrías del Moldaw, se dirigió lentamente hácia la isla de los Cazadores, que lleva el rio en sus húmedos brazos como un canastillo de flores y de verdura.

Lisbeth destrenzó sus hermosos cabellos, consagrando un último pensamiento al primer amor de sus años juveniles. Reprimió los impulsos de su corazon y quiso dormir. El sueño no vino, y ella oyó sonar, una despues de otra, las horas de la noche. En el momento en que la primera campanada de media noche resonara en la torre de San Veit, en la noble iglesia de Hardschin, le pareció que alguno habia suspirado muy cerca de ella.

—Es el viento que se queja entre los árboles pensó Lisbeth.

Pero era una noche de Mayo oscura y tranquila; no habia ni un soplo en el aire y las tiernas hojas dormian medio plegadas en las ramas inmóviles.

Nada turbó ya el silencio. Lisbeth ocultó su cabeza llena de miedo bajo la almohada, y se durmió pensando.

II.

Es de mañana. Praga se despierta alegre: la noche levanta sus velos de estrellados pliegues; la bruma fina y ligera rueda sobre los techos; la aguda flecha de las altas iglesias desgarra al pasar, cual si fuesen blancos

vellones, las lentas nubecillas; los primeros rayos del sol quiebran sobre las cimas de los monumentos su punta de oro que resalta como relámpago. Acá y acullá cuelgan y flotan en el aire esos ligeros hilos caidos de los invisibles husos de la Vírgen que parecen atar la tierra con el cielo; las veletas parlotean y saludan al viento dando vueltas sobre su enmohecido pié, y las mil voces argentinas de las campanas suben al cielo, como un enjambre de abejas zumbadoras.

En casa de Walder, van, vienen, se agitan. Las criadas corren por los aposentos, los caballos piafan en el pátio, los músicos tocan en la calle.—Se diria que la ciudad entera se casaba. Es que Lisbeth es muy bella y Enrique está muy enamorado, y cada uno se alegra de estas nnpcias del amor y de la belleza.

La novia apareció un poco pálida como todas las novias, pero más bella que ninguna.

Enrique se adelantó á su encuentro.

—¿Y tu ramo, amada mia, tu ramo de blancas flores, mágen de tu alma, hermosa y pura?

—El ramo, mi querido señor, le habeis olvidado.

—No, por cierto, yo mismo lo he cogido en el jardin de mi padre, sobre los ribazos de Wieshrad, desde la madrugada. Míralo.

Y llamó.

Un escudero con los colores del conde, mitad rojo y mitad negro, puso delaute de la jóven un cofre de ébano.

—Abre, dijo el novio, dándole una llavecita de plata.

Tomó ella la llave; su mano temblaba un poco; abrió no obstante, pero en lugar del ramo blanco, no encontró sino tres flores en el cofre de ébano: una *primavera* una *verónica azul* y una *inmortal.*

En ese dulce lenguage de las flores, que no tiene por palabras sino los colores y los perfumes, la primavera es la esperanza, la verónica es la fidelidad y la inmortal es la constancia.

El novio pareció sorprendido, sorprendido y enojado. Pero él mismo habia guardado la llave de plata, y no pudo acusar á nadie. Solamente tomó el ramo y quizo arrojarlo por la ventana.

—No, no, dijo Lisbeth, así me agrada; y puso las tres flores en su cintura.

Una hacanea blanca esperaba á la novia al pié de la gradería, enteramente cubierta de oro y de terciopelo, y caparazonada de seda. Dos jóvenes pajes tenian en su mano las flotantes riendas.

Se pusieron en marcha. La comitiva se mostró en toda su pompa sobre los bordes del rio.

Lisbeth no percibió á Ludwig; pero en el momento que la brillante comitiva comenzó á subir la colina sobre la cual está construida la antigua catedral, oyó sonar la tierra y retumbar el lejano galope de un caballo. "¡Es Ludwig!" pensó ella, pero continuó su camino sin atreverse á volver la cabeza.

Llegaron muy pronto á las puertas de la iglesia; la novia bajó y entró, precediéndola la multitud de nobles y de bellas. Todos se colocaron en la larga nave colgada de soberbias telas y sembrada de flores. Los coros de músicos cantaban sus mas hermosos himnos, y el órgano juntaba á estos cantos su gran voz que sucesivamente estallaba como un trueno, ó suspiraba como una mujer

El sacerdote bajó del altar y se adelantó para bendecir á los esposos. Lisbeth por dos veces se volvió hácia la nave.

—¿Qué tienes? le preguntó su madre con una vocesita seca; no es allí donde debes mirar.

—Madre, ¿quién es ese hombre vestido de duelo que está puesto de rodillas cerca del tercer pilar?

—Yo no veo sino la estátua de bronce de San Wenceslao; pero atencion, á tí te toca responder!

—Lisbeth de Walder, ¿aceptais por esposo al caballero Enrique de Stolberg?

—Sí, respondió Lisbeth, con una voz tan débil que el sacerdote apenas la oyó.

Y ella lanzó una mirada hácia el tercer pilar. No vió á nadie.

—Me he engañado, pensó bajando rapidamente los ojos; pero notó que no habia mas que dos flores en su cintura.

La *primavera* habia desaparecido.—¡La dulce flor de la esperanza!

III.

El festin de la boda fué alegre. Los convidados se oprimian al rededor de las largas mesas; un ciervo entero se levantaba en medio del aderezo de la mesa con sus altos cuernos cargados de flores y de frutas; los escuderos trinchaban los cabritos rellenos de alfónsigos, y hacian pasar en platos de plata los faisanes de alas de oro y de cabeza de púrpura. Los vinos generosos

circulaban en las copas espumosas; el rosado vino de Hungría, el blanco de Alemania y el rojo de Francia.

Cuando se habian hecho abundantes libaciones, cuando mas de un convidado, deslizándose suavemente de su silla, yacía debajo de la mesa, trajeron un »*wiedorcomo*« antiguo; era un vaso inmenso adornado de esmaltes de vivos colores, especie de copa de Hércules que contenia la embriaguez de veinte hombres; se le llenó hasta el borde de *tokay* real; y los dos padres brindaron primeramente por la dicha de sus hijos, ¡por la dicha y el amor! Todos los convidados hicieron lo mismo y el *wiedorcomo* volvió á los esposos cargado de votos.

Enrique lo ofreció á su jóven esposa; pero apenas Lisbeth hubo tocado su borde con su rosado lábio, cuando la copa se vació como por un bebedor invisible. Ella se volvió.—¿Qué veria?—Yo no lo sé; pero puso un dedo sobre la boca, con ese gesto que dice; »Silencio y cuidado.«

Y—ni una gota para mí, dijo el esposo con tono de dulce reproche: brindaré, pues, por mi felicidad en una copa vacía.

—La desposada no tiene mas que una flor en su ramillete, dijo una voz entre la multitud.

La *verónica* habia desaparecido; la flor de la fidelidad.

IV.

Llegó la noche: las mesas fueron quitadas; se derramaron perfumes; se encendió la aromática cera sobre los candeleros de hierro dorado; heraldos de armas, grandes como gigantes, inmóviles como rocas, se mantenian en las puertas elevando en sus manos antorchas de resina. Ya las orquestas resuenan y los dulces preludios conmoviendo las almas, invitan al placer.

Se baila.

Todos admiran la inefable gracia de Lisbeth, su talle flexible, sus movimientos armoniosos, y su cuerpo todo obedeciendo á las dulces leyes de la medida y de la cadencia.

Tiene el encanto del ave que vuela. Sus alas no se ven, pero se adivina que las tiene.

Sobre el pavimento luciente dan vuelta sus piés ligeros. Nada puede hacerse sino mirarla; se siente uno feliz. Pero de tiempo en tiempo, con mucha frecuencia quizá, su mirada inquieta se vuelve hácia la puerta de entrada, ó consulta furtivamente la aguja del relój grande, cuyo péndulo de oro va y viene en su caja de madera negra.

El baile estaba en todo su brillo.

Jamas fiesta tan expléndida habia animado el antiguo palacio de los Walder, y nadie, excepto la jóven desposada, y tal vez el esposo, pensaba en que era ya media noche.

Sin embargo, las violas y los oboés preludiaban un wals. Tres ó cuatro caballeros se adelantaron hácia Lisbeth.

—Ni á vos, dijo ella al primero: ni á vos tampoco.. á nadie; he prometido.

Y miró el reloj.

Nadie entró: los jóvenes se retiraron respetuosamente.

La primera de las doce campanadas se dejó oir en el timbre sonoro.

La mirada de Lisbeth brilló y la flor de la sonrisa se abrió en su boca. Pero no eran ni la mirada, ni la sonrisa de los vivos. Se hubiera dicho que sonreia á los ángeles y que miraba al cielo.

Adelantó una mano que ninguno de los convidados se atrevió á tomar, levantóse de la silla, é hizo dos pasos como para ensayar el compás.

La orquesta habia comenzado el wals, y los danzantes, en enlazadas parejas, giraban en armonioso torbellino.

En medio de ellas, la novia se lanzó sola. Con el brazo izquierdo suspendido y apoyado en la espalda de un caballero invisible, la cintura doblada ligeramente, la mano derecha delante, extendida y como abandonada á la blanda presion de una mano amiga.

Walsaba.

Los hombres la admiraban, las mujeres la envidiaban: nunca habia estado mas bella que entonces. Un compas perfecto conducia todos sus movimientos: una expresion celestial trasfiguraba su semblante; habíase tornado etérea y diáfana, como esas hijas del aire que caminan sobre los juncos de los lagos sin inclinarlos siquiera. En lugar de fatigarse, como las otras, en el

rápido círculo, parecia encontrar en él nuevas fuerzas, y sentirse más ligera á cada vuelta que daba. Su talon tocaba de tiempo en tiempo el suelo, que no abandonaba la punta de su pié. Las otras se habian detenido para verla mejor.

Ella walsaba siempre.

Su vestido se levantaba en torno de ella y la seguia, flotando como blanco vapor dejando ver su menudo pié y sus hermosos tobillos; su cabeza volvíase á medias sobre sus espaldas y sus ojos se adormecian en la vaguedad del éxtasis.

Nadie se atrevia á detenerla. El jóven esposo hizo una señal á la orquesta, y en lugar de volver á comenzar el tema del wals sin fin, fué amortiguando poco á poco su compas; los oboés no hicieron oir mas que una nota lánguida y entrecortada por los suspiros, y las violas se extinguieron en un dulce estremecimiento.

Lisbeth volvió á su asiento, y antes de tomarlo hizo una gran reverencia.

Enrique se acercó á ella.

—¿Por qué, le dijo, por qué amor mio, has bailado sola cuando tantos señores te invitaban.

—¿Sola, amigo mio. . . .? Yo he bailado con ese caballero del jubon negro, de la negra toca y de las plumas negras.

—¿En donde está, que no lo veo?

—Allí cerca de la pared; ahora nos mira.

—¡Es extraño yo no lo veo, ni nadie lo ha visto; ¿cómo se llama?

—Se llama Ludwig, dijo Lisbeth ruborizándose.

—¿Ludwig?. . corazon mio, pero Ludwig ha muerto.

—¡Muerto! ¿y cuando. . . en donde?

Ayer á media noche los marineros han encontrado

su cadáver entre las cañas, cerca de la isla de los Cazadores.

Lisbet inclinó la frente, y mirando su cintura percibió que habia perdido su tercera flor. La inmortal, la flor de la constancia.

¡Ah! murmuró con una sonrisa extraviada; Ludwig ha muerto y yo.... tambien estoy muerta.

Y cayó en los brazos de Enrique.

(Traducido por Ignacio M Altamirano.)

JULIA.

JULIA.

"La estrella del amor faltó á mi cielo."
Juan Cárlos Gómez.

I.

—A propósito de noches lluviosas, como esta, debo decirte que me entristecen por una razon mas de las que hay para que nublen el espíritu de los otros.

(Decíame esto hace pocas noches, mi amigo Julian, nombre tras el cual me permito esconder la personalidad de uno de nuestros más distinguidos generales).

¿Cuál es esa razon? le pregunté.

—Vas á saberla me respondió. Es una historia que pertenece al tesoro de recuerdos de mi juventud, á ese archivo que nunca registramos sin emocion y sin pesar. No te encojas de hombros; por desgraciada que pueda haber sido tu juventud, las memorias que ella debe haberte dejado, son gratas hoy para tí, lo aseguro. En la primavera de la vida, hasta las espinas florecen y hasta las penas tienen un sabor de felicidad. Ese es el tiempo en *que baila delante del carro de la vida un cortejo de risueños fantasmas: el Amor con su dulce premio; la Fortuna con su corona de oro; la Gloria con su aureola de estrellas; la Verdad con su brillo de sol*, como dice el poeta Schiller. Entónces hasta los dias negros tienen su rayo de luz; es la esperanza, amigo, la esperanza que no suele alumbrarnos cuando llegamos á la edad madura sino como una estrella pronta á ocultarse en la parda nube de la vejez.

De mí sé decir que nunca evoco los recuerdos de aquellos años que se han ido ¡ay! tan pronto, sin experimentar un sentimiento de agradable tristeza, no de dolor, ni de amargura, porque francamente, como no puedo decir que soy desventurado del todo ahora, así como no puedo envanecerme de haber sido feliz cuando jóven, no tengo derecho de hacer la exclamacion de la *Francesca* del Dante. Siento al recordar las historias de mi juventud algo, como el vago perfume que suele traernos la brisa al dirigir la última mirada á los jardines de que nos alejamos.

—Bien, repliqué; me convences, Julian, tanto mas, cuanto que has apoyado tus razones en poéticas citas que es necesario respetar.

Pero vamos á tu historia.

II.

—Tenia yo veinte años, y era un simple ingeniero de minas. Pobre, huérfano y deseando adquirir por mi trabajo el primer dinero de que me sentia ávido para gastarlo sin el permiso sacramental del viejo tutor, para comprarme vestidos que sustituyeran á mis harapos de colegio, para pensar, en fin, en tener novia, porque me avergonzaba de haber alzado mis atrevidos ojos para mirar á algunas chicuelas, sin tener con que comprar un ramillete; resuelto, lleno de vida y de ambicion procuré colocarme lo mas pronto posible.

La fortuna me favoreció. Un caballero inglés, dueño de una negociacion de minas y amigo de mi tutor, me ofreció emplearme como ingeniero en su empresa. Acepté, como era natural, y salí de México lleno de alborozo, porque me parecia que los dorados sueños con que habia poblado durante muchos años mi cuarto de colegio, iban por fin á realizarse.

Con todo, al decir adios á esta hermosa ciudad, donde habia pasado mis primeros años: al ver por última vez sus numerosas cúpulas y torres, sus extensas arboledas y los risueños pueblecillos que la rodean por todas partes; al trasponer las últimas colinas que en breve iban á ocultarme el Valle de México, sentí que el corazon se me oprimia espantosamente, y ¿lo creerás? lloré. Comenzaba á saber lo que era nostalgia, enfermedad que sin embargo, en la juventud, pasa pronto como una jaqueca.

Era muy justo que me diese pena salir de México. La ciudad en que uno se ha educado, es una segunda madre.

La negociacion de minas se hallaba en Tasco: por consiguiente, me dirigí á Cuernava, poblacion que no hice mas que atravesar para llegar pronto al lugar de mi destino. Me consagré al trabajo, me capté el aprecio de todo el mundo, pero en particular el de mi ingles, que me estimaba grandemente. Mi vida económica me permitió atesorar en pocos meses alguna cantidad. Yo no pensaba mas que en labrar mi fortuna.

Un año hacia que vivia de esta manera, cuando los intereses de la empresa obligaron al inglés á marchar á Puebla precipitadamente y quiso que yo le acompañase. Pasamos por México como dos exhalaciones, y un dia despues, estábamos en la ciudad de los Angeles.

Esto era en Julio de 1854.

III.

Permanecimos en Puebla cuatro dias, y en la noche del cuarto, víspera de nuestro regreso á Tasco, fuimos invitados á comer en casa de unos comerciantes franceses. Concurrimos, en efecto, y tomando sendas tazas de té y apurando buenos vinos, nos estuvimos hasta *media noche, hora en que mi inglés consideró conveniente* que nos retirásemos al hotel de diligencias en que nos habiamos alojado.

La noche habia estado horriblemente lluviosa, y tal

era el ruido que hacia el agua por fuera, que muchas veces apagó los rumores de nuestra alegre conversacion.

Los franceses nos detenian en su casa; pero como era de suponerse, teniamos que arreglar nuestras maletas para partir al dia siguiente. Así es que, contentándonos con aceptar paraguas y unos capotes que entonces se llamaban *Mackintosh*, nos lanzamos á las calles inundadas á la sazon.

Caminábamos apresurados y taciturnos en medio del chubasco, cuando al desembocar á una calle, vimos con no poca sorpresa que una mujer que desembocaba tambien por otra calle, y que parecia venir corriendo se detenia asustada de vernos y procuraba escusarse de nosotros. Creyéndola sospechosa, nos dirigimos á ella, y antes que pudiera escapársenos, la detuvimos y le preguntamos afectuosamente, quién era y por qué corria á esa hora por las calles.

Ella no pudo responder al principio llena de terror. A pesar de las tinieblas, conocimos que era una jóven. Tenia un traje oscuro y desde luego comprendimos que no era una *perdida*; pero tambien sospechamos que podria ser una mujer casada ó hija de familia, que huía de su casa por algun motivo grave, porque en tal noche y tan á deshoras, solo así podria una mujer jóven y decente aventurarse de aquel modo.

La pobre muchacha reponiéndose prontamente luego que conoció por el acento del inglés que su interlocutor era extranjero, respondió aunque todabia tartamudeando:

—Señores, piedad; tengan vds. piedad de una infeliz á quien persigue el hombre mas abominable que hay en el mundo. Soy jóven, huérfana de padre, pertenezco á una familia decente aunque desgraciada, y me ven

vds. huír así porque mi casa es una horrible prision en que se me habia encerrado como á una reclusa desde hace tres meses, para hundirme en un convento..... Pero. . . .alejémonos señores, alejémonos de aquí añadió arrastrándonos consigo, porque tiemblo de que me busquen y tal vez vds. no serian bastante poderosos para librarme de mi perseguidor. ¿Son vds. de aquí?

—No, señorita, somos forasteros; el señor es un inglés rico que ha venido á Puebla á negocios, yo soy empleado en sus minas, mañana debemos salir de Puebla.

—¡Dios mio! exclamó la jóven con desesperacion. De modo que vds. no tienen aquí casa en que darme asilo! ¿Qué haré entonces, Vírgen santa?

—Señorita repliqué: nos hemos alojado en el hotel de Diligencias, allí tenemos dos cuartos y de todas maneras puede vd. contar con un asilo que le ofrecen dos caballeros, al menos por algunas horas. Temprano podremos ver á la autoridad y. . . .

—¡Ah! Dios me libre! repuso vivamente la jóven: la autoridad me haria volver á mi prision.

—Pero ¿cómo es eso? ¿cómo podria la autoridad dejar de amparar á vd?

—Es que vds. no saben que el que me persigue tiene potestad sobre mí y yo no podria tampoco revelar su conducta. . . .es el marido de mi madre ¿lo oyen vds? de mi madre que lo idolatra, á quien es dificil convencer de que él es un infame, y que moriria de pesadumbre si yo lo arrastrase ante los tribunales y revelase los planes que ha puesto en juego para arrebatarme del mundo y despojarme de mis bienes. Prefiero huír, no sé á donde; pero me alejaré siempre de esa casa y de la ciudad, y ya que he encontrado á vds. les pido que me protejan, en nombre de Dios. Yo contaré á vds. toda

mi historia luego que lleguemos; importa que yo pase como una persona de la familia de vds. de lo contrario, todos correriamos peligro.

—¡Extraña aventura! murmuraba en su idioma el inglés, en cuyo brazo iba apoyada la jóven.

Estábamos atónitos efectivamente y el lance no era para menos.

Por fin llegamos al hotel; todo el mundo dormia, como es de suponerse, y nadie reparó en nuestra compañera. Como tomamos dos cuartos la introdujimos en uno de ellos. Yo encendí luz con una impaciencia que no podia disimular. Estaba ansioso de ver el semblante de la jóven desconocida, que se nos echaba en los brazos de una manera tan romanesca. Temia mucho encontrarme con una criatura fea, y por momentos hubiera preferido que la oscuridad no cesase para mantener mi ilusion, oyendo la voz fresca y dulcísima y conmovida de la jóven.

Hacia algunos instantes que al pasar junto á un farol que despedia un fulgor moribundo, habia podido entrever un brazo desnudo de la desconocida, y ese brazo me habia parecido de una blancura y belleza admirables; pero podia haberme engañado y esto era de temerse.

Encendí, pues, una luz, y alcé los ojos tan pronto como pude. El inglés se quedó absorto y con la boca abierta.

La desconocida era hermosa hasta deslumbrar. Figúrate una jóven de diez y ocho años, alta, perfectamente desarrollada, esbelta como una estátua antigua, blanca y pálida porque entonces la emocion habia hecho desaparecer el color de sus mejillas, con ojos rasgados,

negros, y velados por grandes pestañas, una boca divina y un cuello de diosa griega.

No es exageracion de mi fantasía enamorada; aquella mujer era el ideal de un poeta ó de un pintor. Pocas veces habia yo visto reunidas en tan alto grado, la belleza magestuosa, con la gracia que subyuga.

Llevaba un vestido negro de merino y estaba envuelta en un manton igual.

Su cabellera negra y ensortijada caía en desórden por sus hombros y espalda, porque naturalmente con la carrera se habia descompuesto su peinado. Su agitacion la embellecia más en aquel momento, y le daba un tinte poético y extraño. Para nosotros aquello era un sueño delicioso.

Estuvimos contemplando á tan perfecta hermosura algunos minutos, probablemente en una actitud que no debió parecerle ni muy galante, ni muy propia de hombres civilizados: pero no pudimos remediarlo, nos facinaba.

IV.

Le rogamos que tomara asiento, y el inglés volviendo en sí de su éxtasis le dijo:

—No extrañe vd. señora, nuestro asombro; pero esta aventura no tiene nada de comun y menos lo tiene la persona de vd.—Es vd. la hermosa heroina de una novela.

—Soy la desgraciada víctima de una trama infernal, respondió ella deshaciéndose en llanto.

Cuando llevó sus manos al rostro para enjugarse las lágrimas con su pañuelo, pudimos observar que llevaba en un dedo un soberbio anillo de brillantes que lanzaba *fulgores extraordinarios. Aquella era una riquísima* joya que no podia hallarse en poder de una persona que no fuese rica.

—Vdes. son los que deben perdonarme, continuó; estoy casi loca, la desgracia me ha puesto así, y el miedo que tengo al miserable que me persigue me hubiera hecho cometer todavía mayores cosas. Doy gracias á Dios por haberme encontrado con dos personas como vdes., que me compadecerán y me ayudarán á salir de esta situacion.

—Puede vd. contar enteramente con nosotros, le dijimos. Tranquilícese vd. y crea que á nuestro lado nada puede sucederle. Pero si no es indiscrecion, añadió el inglés, desearíamos saber algo más acerca de vd. para poder ayudarle en este trance.

—*En efecto, necesitan vdes. saber quién soy, quién* me persigue y por qué, y voy á decirlo en breves palabras, porque pronto será de dia y antes es preciso que vdes. me aconsejen. Me llamo Julia. . . . y soy hija de un rico propietario que residió aquí y que murió hace ocho años. Mi madre, que es jóven todavía y bella, se enamoró á poco de haber muerto mi padre, de un hombre perverso de aquí, que fué bastante diestro para fingirle una pasion sincera á que mi madre concluyó por corresponder frenéticamente. No bastaron las súplicas de sus amigas, que le hacian advertencias sobre el carácter sospechoso de su amante, *á quien juzgaban, y* con razon, mas bien interesado que realmente afectuoso. Nada importaron mis lágrimas y las de un hermano más pequeño que yo. Mi pobre madre estaba ena-

morada perdidamente y el matrimonio se realizó por fin.

El nuevo marido, como todos los que se hallan en su caso, se manifestó en los primeros dias intachable en su cariño y en su conducta. Parecia idolatrar á mi madre, y como era natural que la halagase el amor que mostrara á sus hijos, el pérfido nos llenaba de caricias, y nos fingia una adoracion tanto mas exagerada, cuanto era mas falsa y servia para esconder sus proyectos.

De esta manera no solo consiguió subyugar el corazon de mi madre; sino apoderarse en el acto de la administracion de todos sus bienes, de modo que á pocos dias de matrimonio, mi madre habia depositado completamente su dicha y sus intereses en manos de aquel hombre, cuyo amor la ocupaba de una manera absoluta.

Así han pasado seis años, tiempo en que el amor de mi madre lejos de disminuirse ha crecido, porque ese hombre, con una habilidad sin igual, ha sabido mostrarse cada dia mas amartelado. Pero yo que desde el primer momento he sentido hácia él una repugnancia invencible, que tambien se ha aumentado cada dia: he creido leer en su semblante la revelacion de sus siniestros proyectos.

Por fortuna ó por desgracia, los esposos han tenido ya dos hijos; y yo no sé, pero que se me figura que esto es lo que ha dado mas empeño al marido de mi madre para poner sus planes en ejecucion. Vds. comprenderán, como yo, que no teniendo él bienes ningunos, los que dejó mi padre debian pasar todos á poder de los hijos del primer matrimonio.

Entre tanto yo habia crecido, y seguramente el no encontrarme fea, fué un motivo para que el miserable pensase en quitarme de enmedio pronto.

Yo no habia amado nunca; pero habia entrado en la edad en que el alma comienza á sentir la imperiosa necesidad de buscar otro cariño que el de la familia. Muchos jóvenes comenzaron á galantearme y á dirijirme cartas. Yo preferí á uno ¡cobarde! ¡qué nunca hubiera pensado en él!

No le amaba con pasion francamente; pero me parecia mas guapo que los demas y me lisonjeaba de que pronto llegaría á quererlo con cariño entrañable.

En las primeras entrevistas que tuvimos en los bailes ó en la casa de algunas familias amigas, porque él no era recibido en la mia, me atreví á confiarle, luego que creí que podia hacerlo, mis penas y las sospechas que tenia acerca de los proyectos que parecia abrigar mi padrastro para hacerme desaparecer.

Mi novio, despues de reflexionar, me confirmó en ellas y me hizo temblar con sus observaciones. Segun él, el peligro que yo corria era inminente y era preciso evitarlo cuanto antes. Lo animé á que me pidiese en matrimonio; pero él, demasiado tímido á pesar de que era mayor que yo lo ménos cinco años, no quizo resolverse. No era pobre, así es que no podia alegar su situacion; era muy querido en su familia, así es que tampoco podia pretextar el disentimiento de sus padres. Lloré sin consuelo cuando sentí la amargura de este desengaño que me hacia mas triste la permanencia en mi casa, y tal me puse, que mi amor ya no fué un secreto ni para mi madre ni para su marido.

Comenzé á sufrir por esta causa; pero despues por consejo de mi novio mismo, finjí que me tranquilizaba y que olvidaba mi decantado amor.

Repentinamente todos los amigos de la casa, todos los viejos y viejas que llevaban relaciones con el mari-

do de mi madre, comenzaron á hablarme de las dulzuras de la vida del convento, de la falsedad de los hombres, de la miseria de los placeres mundanos, de la dificultad de ser feliz con el amor de un marido, de las graves pesadumbres que acarrea el matrimonio. Refiriéronme los ejemplos de cien jóvenes tan bellas como ricas, y que habiéndose casado eran terriblemente desventuradas. Me encarecieron la paz santa del claustro, y aun me aseguraron que si despues de pasados algunos meses en un convento, no me agradaba la existencia que se llevaba allí, podria salir otra vez al mundo. En suma, yo no oía hablar por todas partes mas que de la felicidad que me aguardaba siendo monja.

Yo me arrojaba llorando en los brazos de mi madre pidiéndole consejo, porque el destino que se me estaba encareciendo me repugnaba atrozmente. Pero ella me hacia los mismos razonamientos y procuraba inclinar mi ánimo para sepultarme en el claustro.

Así pasaron algunos meses; pero hace tres, que la conducta que se observa conmigo en mi casa se me ha hecho insoportable, y se me ha puesto en la dura alternativa de escojer entre el convento ó casarme con un sobrino de mi padrastro, un individuo que parece una mómia, enfermo, casi idiota y mas repugnante para mí que el convento mismo.

Lo he pensado bien y mi resolucion ha sido muy premeditada. No acepto ni el convento, ni al idiota, y puesto qne mi herencia es el motivo de que se me quiera condenar á prison perpétua, dejo la casa de mi madre, abandono la tal herencia y me voy en busca de una existencia humilde, pero libre y tranquila.

Esta noche, por su lobreguez y su lluvia, ha sido muy favorable á mi evasion y no he querido perder la opor

tunidad, á pesar de que nada habia prevenido. Salí de mi casa aprovechándome del sueño de todos, y por medio de una llave de que me apoderé momentos antes. Me dirigí luego á la casa de un antiguo criado de mi padre. en cuya honradez y afecto á mí, confiaba mucho; pero desgraciadamente ha abandonado esa casa hace poco tiempo: y entónces desesperada me puse á vagar por las calles, sin saber á donde ir; pero lo repito, resuelta á no volver de ningun modo á mi casa. Yo querria antes morir que volver á la presencia de ese hombre que ademas de ser mi verdugo, ha acabado hasta por arrebatarme el amor de mi pobre madre.

—Y el novio de vd., señorita? me atreví á preguntarle.

—Ese tonto, contestó, despues de haberse negado á pedirme en matrimonio, fué obligado á olvidarme por mi padrastro, que lo intimidó con amenazas de que solo un pacato pudo espantarse. ¡Qué hombre! No merece hoy mas que mi desprecio.

Así habló la hermosa jóven, y silenciosas lágrimas rodaron por sus mejillas.

Era preciso tomar una resolucion pronta para salvarla.

V.

—Vd. no puede quedarse en Puebla de ninguna manera, dije yo. Mañana seria vd. buscada y hallada, la policía es hoy eficaz, y ademas del escándalo que la

evasion de vd. causará en la ciudad, tendrá vd. la mortificacion de volver al lado de su tirano.

—Nunca, nunca, murmuró ella resueltamente.

—Pero, ¿que piensa vd. hacer entonces? me preguntó el inglés en su lengua,

—Llevárnosla, le respondí.

—¿Llevárnosla? ¿y á dónde?

—A México primero y despues veremos; pero dejaremos acaso á esta desgraciada niña entregada á los furores de un malvado, cuando se ha puesto bajo nuestra proteccion?

—¡Hum! murmuró el inglés, esto de robarnos á una hija de una familia distinguida, es algo peligroso, yo no me atrevo.

—Pues yo estoy decidido, repuse.

La jóven que comprendió por la animacion de nuestro diálogo, que vacilábamos, nos dijo:

—Si vdes. que no me conocen, no fian en mi palabra y creen que los engaño, ó bien no quieren exponerse á los peligros de salvarme, no quiero comprometerlos..... déjenme abandonada á mi suerte; pero al menos, recomiéndenme vdes. con alguna familia conocida, que me pueda ocultar y no me denuncie. Yo veré despues que hago. Y se puso de nuevo á llorar.

El inglés se conmovió y acercándose ella.

—No la dejaremos á vd., señorita; Julian, piense vd. que es lo que hemos de hacer: dentro de dos horas amanecerá y no tenemos tiempo que perder.

—Lo he pensado ya, respondí. Los negocios de vd. le obligan á no detenerse en pasar por México. Yo iré solo con esta señorita

—De ninguna modo, replicó él, correremos juntos todo el peligro.

—Pues bien: entonces, hay que salir de aquí á pié, hablando antes al conductor de la diligencia para que sepa que lo aguardamos fuera de la ciudad. Pero vd. tiene una figura muy marcada: quizas se extrañaria no verlo entrar desde aquí en el coche. Yo saldré solo con la señorita y aguardaré en los suburbios.

Mi plan fué aceptado.

Quedábanos la pena de no poder hacer cambiar á la jóven sus vestidos, porque no podiamos pedir otros sin hacernos sospechosos. Hubo que resignarse.

VI.

Un poco antes de las cuatro de la mañana, nos dirijimos Julia y yo al lugar designado.

—No tenemos riesgo aún, me dijo, porque mi fuga no será conocida sino hasta á las ocho. Todos se despiertan en casa muy tarde y hasta entónces, cuando entren en mi cuarto, conocerán lo que ha sucedido y todavía tendrán que preguntar en las casas de nuestros amigos, porque no han de figurarse que he tenido valor para marcharme á México

—Magnífico entonces, dije, y mientras que indagan nosotros llegaremos á México y Dios nos protejerá.

Poco despues de las cuatro de la mañana, la diligencia se acercó, el inglés la hizo detenerse y entramos en ella, habiéndose cubierto perfectamente Julia con su manton negro y ademas con mi *pasamontaña* que le habia hecho ponerse. Así nadie la habria conocido, pues no dejaba ver mas que los ojos. El viaje fué feliz, aunque tuvimos durante él no pocos sobresaltos. A cada paso, en los lugares doude habia una oficina telegráfica, temblábamos de que un *telegrama* de Puebla nos hiciese detener por las autoridades; pero al llegar á México respiramos. Nos habiamos salvado.

El inglés tenia una casa magnífica, pero no se atrevió á alojar en ella á Julia, Así es que tomé para la jóven y para mí dos cuartos en el Hotel del Bazar. En la noche, el inglés vino á vernos y llamandome aparte:

—No conviene, me dijo, que esta señorita siga con nosotros, por su propia honra y por nuestra seguridad. Si por acaso se llega á saber que se ha venido á México, cosa nada difícil porque el conductor de la diligencia mañana llega allá, y contará que una señora ha venido á esperar el coche en los suburbios de la ciudad, mandarán, como es natural, la noticia á México, y se darán órdenes á la policía. Entónces vd. será considerado como raptor, y excusado es decir la suerte que le espera, que será tanto más desagradable cuanto que no tiene vd. la culpa. Así es que procure vd. colocarla con una familia respetable, y aconséjela que llame á un abogado para que la patrocine y la liberte de las amenazas de su familia. Esto es lo razonable.

En efecto era así, ¿pero acaso se hace lo razonable en la juventud? ¿por ventura no suelen salir mejores

los consejos tumultuosos del corazon que los frios cálculos del espíritu.

En esta ocasion tambien influyó mucho la casualidad—la fatalidad diria un musulman.

El inglés añadió:

—No me es posible detenerme más en México; salgo mañana para Tasco, y le doy á vd. solo un dia para que arregle el asunto de esta linda jóven: pasado mañana me seguirá vd.

Yo comprendí que lo que el inglés deseaba era evitarse compromisos y ahorrármelos tambien á mí. Aun no sabia como saldria yo de la situacion en que me habia metido; pero él dejaba á mi confianza juvenil el cuidado de arreglarme, y no gustaba de romperse mas la cabeza.

En cuanto á mí ¿para qué es ocultártelo? Estaba ya profunda, terrible y locamente enamorado de Julia. Antes creia yo que se necesitaban dias, meses, años para apasionarse de una mujer. Esta vez conocí que bastan algunas horas, que basta una mirada. Aunque yo no hubiera sabido de boca de la jóven la historia de sus desgracias, habria desde luego adivinado en su belleza, en su porte, en su mirada, á la mujer de alma ardiente pero de corazon puro. Era demasiado altiva para mentir. El amor podia vencerla; pero la maldad se estrellaría contra su virtud.

El inglés se despidio de ella, diciéndole que ya me habia hecho sus encargos y que en todo procederia de acuerdo con él. Ten presente esto, porque semejante declaracion me hizo sufrir mucho.

Es tiempo ya de decirte que el inglés era un hombre de treinta y cinco años, de hermosa y noble figura, y con ese aspecto magestuoso y digno que tienen todo

los ingleses, aun los de condicion mediana. Su conversacion dificil en español, era sin embargo agradable y delicada, y sus maneras distinguidas predisponian algo en su favor.

Así es, que ese conjunto feliz de figura, carácter y edad, habia hecho una impresion muy perceptible en el ánimo de una jóven tan inteligente, tan distinguida y tan apasionada, como era Julia. Yo lo habia notado desde Puebla, lo confirmé en todo el camino, y no tuve ya duda en México, porque al despedirse el inglés de ella, diciéndola que iba á partir al dia siguiente, le preguntó con ansiedad en que se mezclaba mucho el temor.

—¿Y no volveremos á vernos?

—Es posible, señorita, porque mis negocios requieren mi presencia léjos de aquí y mis viajes á México son muy raros. Pero vd. escribirá á Julian, dándole noticia de sus asuntos, y nosotros mandaremos á vd. nuestros saludos con frecuencia.

Al oir esto la jóven, palideció y sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Lo siento, repuso, balbutiendo como lo hace todo el que está enamorado y teme decir mucho; lo siento y querria volver á ver á vd., pero tal vez es imposible ¡qué hemos de hacer!

—¡Oh! imposible no, dijo el inglés, la vida es larga, el asunto de vd. se arreglará pronto y quiza la veremos á vd. en su casa alguna vez.

El inglés se despidió; Julia se quedó abatida y sofocando sus sollozos. Yo no me quedé tampoco muy feliz. Amaba y estaba seguro de que no se me comprendia, y de que solo se me hacia caso por suponerme dependiente del otro: mas aún, la mujer cuya dicha

hubiera yo comprado á costa de mi vida, amaba á ese otro, que por cierto no se curaba de semejante cariño.

Esto último se explicaba fácilmente. El inglés estaba enamorado tambien, hacia tiempo, de la hija de su sócio, bella y rica heredera, que iba á traerle en su próximo enlace una dote de un par de millones. Así es, que primero por su afecto y luego por temor de que la mas pequeña sombra de calaverada viniese á empañar el cielo de su esperanza, el dicho ingles profesaba á su futura una fidelidad, que hubieran envidiado Leandro y Romeo, Abelardo y Marsilla.

Pero Julia ignoraba esto. La hermosa é inocente jóven, cuyo corazon se abria como una flor de la mañana, ansiosa de recibir el beso de las auras y la luz del sol, se entregaba sin reserva á todos los pensamientos á todos los sueños inefables, á todas las esperanzas que le inspiraba su nuevo amor. Tambien ella, como yo, amaba por la primera vez, y para sentir esa pasion no habia necesitado muchos dias. Vió al jóven inglés y eso bastó.

¿Qué era yo, pues, para ella? ¡gran Dios! este pensamiento me destrozaba el corazon como si fuese una garra de fuego.

Pero ella tenia razon.

En cuanto á ventajas físicas, ya ves que hubiera sido una locura sostener ni por un momento la comparacion con mi rival. Ademas, era yo muy jóven. parecia el segundo siempre, y esto es fatal. Aunque con una carrera noble é independiente, el hecho de recibir un sueldo del rico minero, me ponia una especie de librea que francamente quita mucho de la altivez propia de un hombre. Al menos, de soldado, hijo mio, llevo el uniforme de la patria y soy esclavo de la gloria; pero

entonces. ¡triste me parece decirlo! era yo el *criado sábio* de un hijo de la *pérfida Albion.*

Por todas estas razones Julia me trataba muy bien; pero en su acento, en su sonrisa, en su manera de hablarme, conocia yo que establecia una gran diferencia entre el inglés y yo. Hasta en la confianza que me otorgaba, habia algo de humillante, algo que me parecia decir "*no tengo cuidado de abandonarme á tí, porque tú tienes el deber de respetar á la protegida de tu señor.*"

Esto me desesperaba.

Entre tanto *mi señor* intencionalmente no pensaba en que era preciso gastar algun dinero en la hermosa prófuga. Desde Puebla, yo habia hechado mano de mi tesoro y habia sufragado todos los gastos. En México, sucedió lo mismo; pero esa satisfaccion era la única que me hacia feliz. Julia no llegaria á saberlo, y la consideracion de que atribuiria al inglés todos esos servicios, me producia una especie de amarga voluptuosidad. Y si lo llegara á saber alguna vez, su triste sorpresa, porque seria triste sin duda, me causaba tambien una delicia amarga anticipadamente.

Como Julia se habia venido de Puebla, segun he dicho, solo con su traje negro que estaba echado á perder, por la lluvia, me ocupé en procurarle vestidos y los mejores que pede conseguir de pronto pagando á una modista precios extraordinarios con tal de que en dos dias le arreglase los muy urgentes; le proporcioné tambien ropa blanca finísima, calzado de seda, perfumes, un *neceser*, un *costurero* y todo en fin, lo que necesita una mujer elegante y jóven.

Ella recibió sonriendo todo; pero en su manera de darme las gracias, conocia yo que creia ser deudora de todas esas atenciones al inglés.

El segundo dia de nuestra permanencia en México; me dijo:

—Deseo ver á una familia de parientes mios para saber si quieren recibirme. En la situacion especial en que me hallo, esta presentacion ante mis parientes es demasiado penosa para mí; pero no tengo otro recurso, puesto que el Sr. Bell (llamaremos así al inglés) cree que es preciso arreglar mi asunto, como el dice.

Julia hablaba así con el acento turbado y los ojos húmedos de lágrimas.

Bien hubiera yo querido decirle que el inglés debia tenerla sin cuidado, que yo era su protector y que no tenia necesidad de pasar la vergüenza de ver á la familia de sus parientes; pero ¿como decirle esto? ¿Y si entonces rehusaban mis beneficios? No, no preferí callar y verla afligida. Sin embargo, le pregunté:

—¿Y si esos parientes rehusaran recibir á vd., lo cual es posible?

—Ya se vé que es muy posible; conozco por desgracia á los tales parientes, y sé que no querrian por nada de esta vida atraerse el enojo de mi padrastro; ni de mi mamá. Entonces yo tambien pregunto á vd, ¿qué haremos? El Sr. Bell no ha dado á vd. instrncciones para ese caso?

—Julia, le dije, vea vd. á esa familia, y si no la recibe, no tenga vd. cuidado, ya sabré lo que he ne hacer.

Parece que ella respiró entónces; comprendió que su Providencia no la abandonaria, y ya no tuvo inquietudes sobre su situacion,

—Fácil me seria, añadió, procurarme trabajo como costurera, yo no tengo vergüenza de aceptar esa condicion humilde. Soy rica, pero la pobreza no me espanta

y el trabajo tiene para mí atractivos muy grandes. Sobre todo, seré libre, y conservándome honrada como hasta aquí, no temo el porvenir. Pero ¿estaria yo segura en México? ¿no me perseguiria mi familia? ¿no me harian sufrir nuevos sinsabores?

—No piense vd. en nada de esto, Julia, dije para concluir; acompañaré á vd. á ver á esa familia y veremos.

Un momento despues hice traer un carruaje y nos dirijimos á la casa de los parientes de Julia.

VII.

Al llegar, la jóven bajó y penetró en el patio. Yo la aguardaba en el carruaje.

Un cuarto de hora despues salió de la casa con el rostro descompuesto por la indignacion y el dolor.

—¿Qué pasa, Julia? le pregunté.

—Dé vd. órden de que volvamos al hotel. Ya le diré á vd.

Dí la órden en efecto, el carruaje se puso en marcha y Julia pudo llorar con toda libertad. Comprendí todo. Aquellas gentes habian rehusado recibirla.

—Miserables, dijo Julia, ¡y así entienden estas gentes el parentesco y la caridad! ¿Pues si yo hubiese abandonado mi casa por el olvido de mis deberes, vendria yo á buscar el asilo de una familia? Creen que estoy perdida, y como les he esplicado todo, van á preguntar á Puebla, estoy segura, y ahora sí es preciso tomar precauciones, porque mañana estarán aquí las órdenes para perseguirme.

—Casi me alegro de eso, Julia, porque así no queda otro recurso que el que vd. se vaya con nosotros á Tasco.

—¿Es posible? preguntó ella alborozada, ¿el Sr. Bell no cree eso conveniente?

—Y aunque lo creyera, cedemos á la necesidad.

—Es cierto, á la necesidad; pero mire vd., si tal determinacion disgustara al Sr. Bell preferiria yo quedarme en México y correr todos los peligros de mi mala posicion.

—¡Oh! no, créalo vd.: no no se disgustará.

—Pues entonces acepto, y allá en Tasco, que supongo será una poblacion regular, me pondré á trabajar, no estorbaré á nadie, no seré gravosa, y mi conducta dirá si merezco ó no lo que ha hecho por mí ese hombre generoso.

Debes considerar que cada palabra de estas era una puñalada para mi pobre corazon enamorado; pero yo disimulaba, y en esa especie de resignacion á que lo reduce á uno un amor no comprendido, tenia yo por mejor dejar á Julia, que creyera en la proteccion del inglés para que se prestara á seguirme, que declararle

la verdad y exponerme á que desesperada prefiriese quedar en México, á ser protegida por mí.

Así, todo lo dispuse para el viaje. Al dia siguiente, es decir, al tercero de nuestra permanencia en México, partimos en la diligencia para Cuernavaca.

Llegamos á esta risueña y linda ciudad, en que Julia estuvo loca de contento, primero porque se acercaba á su amado inglés, y luego porque en la brisa embalsamada que respiraba entre los fértiles huertos que embellecen esa poblacion, parecia recibir el aliento de vida del amor y la libertad.

Estaba lejos de sus enemigos, se acercaba al hombre que iba amando con delirio, habia dejado el ruido opresor de las ciudades populosas y encontraba dulce refugio en las modestas poblaciones del campo, que solas pueden ofrecer en su seno la serena alegría de la paz y la virtud.

Las gentes de Cuernavaca que me conocian se quedaban admiradas, viendo á mi lado á una jóven cuya belleza extraordinaria y cuya gracia revelaban desde luego á la mujer superior. Preguntábanme si era mi esposa, y como yo lo negara, se quedaban estupefactos, no sabiendo qué pensar de mí. Pero pronto supieron que era un señorita distinguida que iba á pasar una temporada á Tasco, y se explicaron esta manera de viajar sola por semejantes rumbos, con la introduccion de las costumbres extranjeras en ciertas familias.

Como Julia no habia caminado jamas por aquellas montañas y pudiera serle molesto seguir á caballo, conseguí una litera, y á pesar de ser fastidiosísimo este antiguo vehículo, se resignó á aceptarlo, á falta de otro mejor.

La esperanza le hacia dulce la lentitud del camino

Al segundo dia de haber salido de Cuernavaca, llegamos á Tasco, al oscurecer. Julia, asomándose á las ventanillas de la litera, pudo distinguir desde léjos el gracioso caserío del antiguo mineral, cuyas azoteas desiguales y calles tortuosas y empinadas como las de Guanajuato, Pachuca y todos los pueblos formados en los lugares mineros, presentan un aspecto pintoresco y singular. Tasco es un pueblo simpático, y su temperamento elogiado por el baron de Humboldt, y la circunstancia de haber sido la cuna del gran poeta D. Juan Ruiz de Alarcon, así como la no menos importante de haber derramado en el mundo desde los primeros años de la conquista, la plata de su seno á torrentes, hacen interesantísima para el viajero esta poblacion, escondida entre las arrugas argentíferas de una montaña del Sur.

Tasco á lo lejos y en el crepúsculo de la tarde, con su hermosa iglesia de agudas y esbeltas torres que se eleva gallarda en la cumbre de una colina; con su pardo caserío por entre el que sobresalen las copas agudas de algunos árboles. con las arcadas de sus acueductos y con las sombras que se proyectan en su terreno escarpado y anguloso, parece una enorme estalácmita bajo la bóveda de oscuras nubes que la cubren en las tardes de Julio, ó bien un inmenso grupo de castillos de la Edad Media trepados en las alturas por el genio de la rapiña y de la soledad.

Desde que se sale del risueño pueblecillo de Acamixtla y particularmente al llegar á la cumbre en que está asentada Tasco, un raudal de aromas frescos y delicados acaricia al viajero. Es el que vierte la flor del *Chirimoyo*, abundantísima en aquellos alrededores y bien cultivada en los pequeños pero lindos huertos que circundan al mineral. A diferencia de Guanajuato, Pa-

chuca y demas lugares de minas en cuyo terreno inútil para la vegetacion, apenas se tuerce una que otra yedra y se adormecen tísicos los arbustos. Tasco situado en una zona templada y fértil, ofrece entre sus riscos de plata y oro abundantes pliegues en los que una gruesa costra de tierra vegetal puede sustentar, auxiliada por cien manantiales de agua cristalina, numerosos cármenes y jardincitos, en que se ven crecer juntos el nopal y el naranjo, el membrillo y el limonero, el jirasol y el jazmin. Aun hay en las barrancas que circundan á la poblacion, extensos platanares, como en Cuernavaca y en Tlaltizapam, así como esmaltan las veras del camino y las arrugas del oscuro lomerío, las caléndulas rojas y amarillas que recaman las extensas praderas del vecino y ardiente valle de Iguala.

Tasco es alegre, bullicioso y fértil, y si la paz hubiese permitido á los capitalistas emprender grandes obras para trabajar las viejas minas abandonadas hoy, Tasco, el pueblo que prometió hacer la cúpula de su iglesia de plata, Tasco donde un labrador de los Pirineos, Borda, pudo elevarse un trono de millonario en ménos de una década, volveria á ser el emporio de la riqueza mexicano.

Pero me abandono á digresiones importunas, y he dejado á mi hermosa Julia asomada á las ventanas de su litera y aspirando con voluptuosidad el perfume de los chirimoyos y de los jazmines.

—¿Qué le parece á vd. de su nueva mansion?

—Que estoy encantada: esto es nuevo para mí; hija de los valles de las ciudades populosas. ¡Que hermoso debe ser este retiro, respirando el aire de la libertad y amando y siendo amado!

La comprendí y quedé mudo de dolor y de celos.

Tocaban las oraciones en la parroquia y en el convento de San Diego, cuando llegamos al centro de la poblacion. Despues de seguir por un momento aquel laberinto de calles estrechas y accidentadas, la litera se detuvo frente á una casa de modesta apariencia, y que no tenia más lujo que un jardin, lo cual es bastante en una ciudad minera. Esa casa era la mia, es decir, la que habia alquilado para mi habitacion, no queriendo vivir en la gran casa de los empresarios.

Un criado viejo y honrado y una criadita hija suya, muchacha bonita y honesta, me aguardaban en el umbral, contentísimos de verme. Invité á Julia á salir de su litera y la introduje en la casita, orgulloso de abrigarla bajo mi techo. Pronto el orgullo se tornó en humillacion.

—¿Aquí vive el Sr. Bell? me preguntó la jóven.

—No, Julia, le respondí, el Sr. Bell vive en una casa muy espaciosa y buena que se halla situada al estremo de esta misma calle. Va la verá vd.

—Pues entonces ¿de quién es esta casita?

Es la que yo ocupo, Julia; pero la destinamos á vd. porque en la otra en que vive el Sr. Bell hay mucho ruido, muchas oficinas, allí están los escritorios, allí se alojan todos los dependientes, allí están las caballerizas, etc.; de modo que vd. no viviria contenta, ni se hallaria independiente. Por eso le hemos destinado á vd. esta casa que habitará sola, con esos criados que son honradísimos y que están al servicio de vd. En cuanto á mí que ocupaba la casa, me voy á alojar á la otra con los dependientes; pero la veré á vd. todos los dias para pedir sus ordenes y vigilar porque nada le falte.

—Mil gracias Julian, ahora le pido á vd. el favor de

que avise al Sr. Bell que he llegado y esplíquele vd. todo para que no lo tome á mal.

—Pierda vd. cuidado, Julia, que nada dirá.

Corrí en el acto á la casa de la Direccion.

El inglés me recibió con un abrazo, y justamente al dármelo, me preguntó en voz baja:

—¿Y ella?

—Aquí está, la he traido.

El inglés me rechazó con espanto.

—Muchacho ¿qué ha ido vd. á hacer? me dijo. Por Dios, por Dios, qué tontería!

—No tenia remedio, le respondí; era preciso.

—Vamos á verla, dijo tomando apresuradamente su sombrero.

—Pero ¿conoce vd. jóven el zarzal en que se ha metido? me preguntó cuando estuvimos en la calle.

—Sé, le respondí, que la casualidad impone á veces más sagrados deberes que la propia voluntad. Yo soy ahora la providencia de esa jóven; pero ella cree que está bajo la proteccion de vd. y es preciso no desengañarla para que esté tranquila.

—Siempre que esto no me comprometa, así se hará. ¿Vd. sabe mi situacion?

—Lo sé.

—Pues bien: siempre que no sea un obstáculo para mí, esa hermosa niña creerá que la protejo, pero ella no mas ¿lo entiende vd.? para todo el mundo pasará como la esposa de vd. ó como su hermana. En cambio doy á vd. mi palabra de caballero asegurándole que esa jóven será sagrada para mí. Lo contrario seria querer que vd. aceptase un papel indigno, bajeza que jamas acostumbro con mis amigos, porque no seria tampoco amigo mio quien la soportara.

—Naturalmente, y conociendo el carácter de vd. me parecia inútil hablarle de ello. Nos conocemos bastante para comprendernos.

En esto llegamos á la casa.

Llamamos: el criado abrió la puerta y Julia que se habia recostado en un sofá, al ver al inglés se levantó apresurada y ya sin reserva se arrojó en sus brazos que la estrecharon cordialmente.

Julia no podia hablar: los sollozos agitaban su pecho y un torrente de lágrimas bañaba sus mejillas.

Parecia que el inglés era su esposo ó su amante y que volvia á verlo despues de largos años.

El amor de Julia habia crecido asombrosamente en menos de una semana. Y es que para el amor que nace poderoso, los minutos y las horas son siglos, y en las almas enérgicas la vehemencia suple al tiempo.

VIII.

El inglés pareció sorprendido de aquella extraña manifestacion de Julia, tanto más, cuanto que era de suponerse que habiéndose quedado sola conmigo en Mé-

xico y viajando de la misma manera, debia haberse establecido entre nosotros relaciones de una intimidad demasiado tierna. Ni le vino á la memoria seguramente lo que acababa yo de decirle: esto es, que Julia estaba en la inteligencia de que era protegida por él, y que era preciso no desengañarla.

Con recordar mis palabras se hubiera explicado la causa de la afectuosa acogida de la bella prófuga, de sus miradas llenas de pasion y de sus palabras entrecortadas por los suspiros.

Referimos al inglés todo lo sucedido en México, y nos empeñamos en demostrarle la necesidad en que nos habiamos visto de apelar al recurso de la venida á Tasco, tanto para no dejar en el desamparo á Julia, como para ponerle fuera del alcance de sus perseguidores.

El disimuló perfectamente su disgusto por nuestra loca determinacion, y aseguró á la pobre jóven, que estaba pendiente de su mirada y de su gesto con la mayor ansiedad, que nada tenia que temer ya, y que aprobaba cuanto habiamos hecho, puesto que las circunstancias no habian permitido arreglar mejor sus asuntos, como pudo esperarlo por un momento.

Julia pareció respirar. Ella no habia temido el abandono, pues que en México me indicó su resolucion de trabajar para vivir; pero sí habia temblado de que su presencia desagradase al hombre á quien amaba.

Así es que cuando vió al inglés que la recibia con muestras de exquisita bondad, y aun con la efusion de un amigo cariñoso, el semblante de la jóven perdió la expresion de tristeza y de inquietud que la habia nublado durante el camino, y se iluminó con todos los esplendores de la felicidad.

—No puedo ocultar á vd., le dijo, que he pasado si-

glos de tormento, pensando en que tal vez hubiera vd. desaprobado mi venida á Tasco; pero puesto que vd. es tan bueno como me lo figuré, ahora soy dichosa tanto como antes fuí desgraciada.

—No debia vd. haber dudado de mí ni por un instante, Julia, respondió el inglés. Una feliz casualidad nos hizo encontrarnos: yo bendigo esa casualidad, porque me proporciona la ocasion de ser á vd. útil y de *protejerla contra las asechanzas de sus enemigos.*

Esta fraseología banal, fria, no era en verdad bastante para satisfacer á una mujer menos enamorada que Julia; pero ella atribuyó seguramente la sequedad de semejante estilo, al carácter del inglés, por lo regular muy reservado, y ademas á las dificultades con que luchaba todavía mi rival para expresarse en español.

De manera que Julia se creyó calurosamente aceptada, y no tuvo zozobras respecto del porvenir.

—Ahora, añadió el inglés, lo que importa es arreglar la situacion de vd. y prever todas las eventualidades que pueden ofrecerse. En cuanto á lo primero.....

—En cuanto á lo primero, interrumpió Julia con cierta gravedad, ya he indicado mis intenciones á Juliar A pesar del atolondramiento propio de mi edad y de mi carácter, conozco todo lo delicado y excepcional de mi situacion. He querido emanciparme del poder de mi familia y escapar á una suerte á que otras se someten sin replicar. *Bien sé* que en el mundo mi conducta tendria una calificacion muy severa: ¡una hija de familia que se escapa de su casa! . Esto es un crímen que la sociedad condena fácilmente, tanto más fácilmente, cuanta mayor es la indiferencia con que ve los dolores que devoran el corazon de una mujer infeliz obligada á sepultar una vida llena de ilusiones y de es-

peranzas, en las tinieblas de un convento. El mundo no crée ó aparenta no creer en esas violencias sordas que se ejercen á veces en el seno de una familia opulenta, y por causa de las cuales un huérfano sin defensa se ve forzado á renunciar á sus derechos, á su porvenir, á su cariño, hasta á su vida. Y todo esto con la sonrisa del contento, con el silencio de la resignacion, sin permitirse hacer comprender á los demas que aquel sacrificio cuesta la felicidad; que aquel sacrificio está desmentido en lo íntimo del alma por una protesta desesperada, inútil.

El mundo no comprende semejantes horrores, ó acaso hipócrita, los prefiere á lo que él llama escándalo con una severidad que indica su falta de virtud.

Pues bien: lo he pensado mucho. No tenia más recurso que la fuga, y he apelado á ella sin cuidarme de las opiniones del mundo. Queria mi libertad y mi dicha antes que todo. Sin éstas ¿qué me importaban las consideraciones sociales? En el convento habria sido tenida por una santa, pero ¿de qué me servia eso? Hubiera sido infeliz y hubiera llevado á los altares de Dios una alma devorada por la amargura, atormentada por el infierno de la desesperacion. Una mujer humilde quizás habria acabado por conformarse, por olvidar la vida y por conseguir una tranquilidad poco distante del idiotismo. Pero ¡yo! Yo no tengo organizacion para aceptar el papel de víctima. Abandonada á mí misma desde la niñez, nutrida con los principios de mi padre, y sobre todo, heredera de un carácter impetuoso, firme y resuelto; carácter que habia acabado de formarse con el alimento de mis propias ideas y de robustecerse con las muchas que habia sostenido en el seno de mi familia, yo nunca hubiera doblado el cuello, particularmen

te cuando se trataba de sacrificarme al capricho de un hombre aborrecido y codicioso. Yo, nacida en la riqueza y educada en medio de las comodidades, estaba dispuesta á renunciar á todo eso; pero nunca á mi libertad y á mi dicha. Todavía he hecho más: he renunciado á mi reputacion, porque es indudable que, á esta hora, no se cree en Puebla que me he escapado sola de la casa paterna; que la casualidad, que me ha protegido, me ha hecho encontrarme con dos caballeros como vdes., que con un afecto desinteresado y noble me han dispensado proteccion; sino que va á decirse que un seductor me ha arrancado de mi familia y que me arrastró en pos de sí como á una insensata. ¡Ay! mi nombre á estas horas es la fábula de aquella ciudad mogigata y maldiciente. Lo siento mucho; pero no pudo ser de otra manera. Acudir á la autoridad hubiera sido duplicar el escándalo en perjuicio de mi familia, y quizás no remediar nada. Mi pobre madre tal vez me maldiga, porque con mi conducta inconsiderada he amargado sus dias; pero estoy segura de que esta desgracia ha sido para ella bien menor que la de verse obligada tal vez á perder á su marido, por causa de una acusacion mia. Porque conozco á ese hombre, y sé que en mi infeliz madre habria descargado toda la ira provocada por mis revelaciones; y sé tambien que ella no ha amado á nadie como al malvado que ha conseguido á fuerza de arterías, dominar su corazon de una manera inaudita. Mi madre está apasionada hasta el delirio. Así, pues, la division que hubiera yo provocado, habria tenido espantosas consecuencias; mientras que mi fuga las tendrá menores. porque yo le explicaré cómo y por qué la he llevado á cabo, y sabiendo que me mantengo honrada, sufrirá menos.

He hecho á vdes. una nueva explicacion que les habrá dado, mejor que la primera, la idea de mi carácter. Ahora bien: conozco lo que he hecho y lo que me debo á mí misma de hoy en adelante Que hable el mundo, con tal de que mi conciencia me absuelva; que descargue los golpes de su severidad sobre mi frente; no por eso dejaré de levantarla menos erguida, porque sé que todavía está pura. Soy de esas mujeres excepcionales que no necesitan de su familia para defender su virtud, porque les basta su dignidad. Soy de esas mujeres que piden para vivir tranquilas, la aprobacion de su conciencia, y que desprecian lo demas. Rica, quizás mi posicion me impondria tiránicas exigencias á que tuviera que acceder; pero hoy pobre quedaré mas independiente, y el trabajo me resguardará de todo peligro. Soy jóven, soy fuerte, tengo la energía varonil que he bebido en los consejos de mi padre que era un hombre de corazon; he recibido una educacion esmerada y nada comun, y sobre todo, tengo confianza en Dios! Puedo, merced á la aplicacion con que me he dedicado á aprender varios de los ramos que me han enseñado, no tener necesidad de acudir al mezquino medio de la costura, en una poblacion como esta, peligro que sí tenia en México por mi falta de relaciones y por la abundancia de personas iguales á mí. Así es, que respecto de mi situacion, yo solo rogaré á vdes. que me hagan conocer de algunas familias, y de este modo comenzaré á trabajar, cosa que deseo. . . . . .por vdes. y por mí, incluyó la jóven, mirando tímidamente al inglés.

Este, aunque admirado como yo del carácter singular de Julia, parecia meditabundo, y aun despues de que ella acabó de hablar, se quedó reflexionando en silencio.

En cnanto á mí, no reflexionaba, admiraba. Ya habia tenido ocasion desde que nos encontramos á la hermosa jóven en Puebla de apreciar su valor, la independencia de sus ideas, la originalidad de su talento, y sobre todo, su resolucion, que á su edad y en sus circustancias, era rarísima en una persona de su sexo. Pero á mí no me habia sorprendido tanto todo este conjunto extraordinario de cualidades, porque debo decírtelo francamente, conocia yo á la mujer, por las novelas y no por el trato del mundo, y Julia, á juzgarla segun los tipos romanescos que yo conocia, no era una mujer rara. Despues, cuando he entrado completamente en la vida real, cuando he tratado á las mujeres de México, he podido comprender que Julia era una excepcion. Su tipo es rarísimo y solo de tarde en tarde suele dibujar la crónica uno semejante.

IX.

Como quiera que sea, al acabar de hablar esta vez Julia, yo me sentia mas subyugado aún que antes. Aquella naturaleza enérgica y ardiente influía en mi alma de una manera irresistible, Julia era la mujer de mis sue-

ños, esa mujer hermosa, inteligente, apasionada, que yo habia evocado con frecuencia en mis delirios de jóven y que se me habia aparecido tambien, divina creacion de mi fantasía ardorosa, bañándome con las llamas de su mirada. haciendo estremecer mi pobre corazon con las promesas de su sonrisa, iluminando mi existencia oscura y pobre, con todas las esperanzas del amor y de la felicidad.

¡Oh, sí! Julia era mi ideal: una mujer-leona incapaz de someter su cuello de reina á las cadenas de ninguna servidumbre, incapaz de sacrificar su corazon como una hostia impura, en aras de ningun interés miserable, bastante soberbia para romper y hollar bajo sus piés de diosa esos grillos que se llaman las exigencias del mundo. *Julia queria ceñir su altiva y blanca frente*, no con la corona de oropel que alarga la mano arlequinesca de la preocupacion, sino con la corona de azucenas, que la conciencia invita á aceptar de mano de la virtud verdadera, de esa virtud que desprecia el certificado de la sociedad, porque cuenta con el sello de Dios.

Todo lo tenia para mí esa jóven extraordinaria. Una belleza poética y magestuosa, una inteligencia magnífica y elevada, un corazon ardiente y resuelto, una dignidad que no por estar unida á una dulzura inmensa, era menos firme, una franqueza incapaz de velar sus sentimientos. Esta última cualidad la hacia mas adorable aún, porque la alejaba de esa pobre y vulgar coquetería que obliga á las mujeres á fingir una amabilidad que no tienen, y tambien de esa reserva gazmoña y antipática que las obliga á ocultar sus afectos bajo una máscara de nieve.

Nunca me han agradado las coquetas, amigo mio; y

eso no porque carezcan de ciertos atractivos, sino porque siento junto á ellas algo parecido al perfume alcohólico que exhalan las flores de trapo, á las que se empapa de esencia para darles mayor semejanza con las flores naturales.

Las coquetas son flores de trapo. Prefiero las naturales, como debes suponer.

En cuanto á estas otras mujeres que se imponen por orgullo ó por educacion el deber de reservar sus sentimientos, aunque desborden de su alma, las compadezco, cuando son víctimas; las detesto mas que á las coquetas, cuando hacen sufrir; y me parecen tan infames como el médico que mirase impasible á un enfermo, estando en su mano curarlo; como el nadador que se divirtiese en ver desde la orila del mar á un náufrago perecer entre las olas, por falta de auxilo.

Julia no era así, era incapaz de ser así. La conocia yo hacia pocos dias; pero eso me bastaba para asegurarlo. Ademas, habia en el fondo de su carácter algo de tristeza, dulce y sublime tristeza, eterna compañera de las almas elevadas y de las naturalezas enérgicas.

Así, el semblante de Julia, tan juvenil y fresco, tan radioso y altivo, se nublaba á veces con una expresion de súbita tristeza que le daba un aspecto de una de aquellas heroinas de Byron martirizadas por tremendas pasiones.

¡Ay amigo mio! ¡Qué mujer era Julia para adorarla! Y ¡qué mujer para ser amado por ella!

Comprendo ahora por qué una mujer así, que se encuentra uno en los primeros senderos de la vida, decide fatalmente de nuestros destinos, de nuestras creencias de nuestra dicha. Si ella quiere, si ella nos ama, convierte para nosotros la vida en un paraiso constan

te. Si desecа nuestro corazon con su desprecio ó con su perfidia, hace de la existencia un desierto fastidioso y eterno, del que desea uno salir cuanto antes.

X

Pero me parece que he perdido el hilo de mi narracion.

Te decia que el inglés se quedó reflexionando luego que Julia acabó de hablar.

Pues bien: despues de aquella generosa y franca manifestacion de la jóven, no se podia menos que ser caballeroso y delicado, so pena de pasar por un imbécil ó un miserable. El inglés lo comprendió, y dijo á Julia, sonriendo.

—Estoy admirado de oir hablar á vd. así, Julia, por que sus palabras respiran valor y virtud; pero de ningun modo puedo admitir las resoluciones de vd. ¡Permitirle que trabaje para vivir! Esto es muy noble para vd.; pero seria indigno de nosotros. Los vínculos que nos unen á vd. no son los de la familia; pero son los de la amistad, tan sagrados como aquellos, y por eso nos creemos en el deber de velar por vd. Además, Ju-

lia, si fuésemos pobres, si la subsistencia de una débil criatura, como vd., viniese á disminuir nuestro pan, todavía nos considerariamos afortunados en poder ofrecérselo, aunque vd. tendria mas razon en querer rehusarlo; pero nuestra posicion está fuera de ese peligro; somos ricos, y la obligacion que nos imponemos con vd. nos es tan grata, como poco onerosa. Por lo demas mis relaciones en México son poderosas y bastantes para arreglar sus asuntos de familia, como lo espero, sin dificultad y sin escándalo, poniéndola á vd. fuera del peligro que temia, y asegurándole el porvenir á que tiene vd. derecho por sus virtudes y por su posicion social. Ahora descanse vd. confiada y tranquila, mañana hablaremos mas todavía. Julian se encargará como un hermano de vd., de arreglar todo lo necesario á su bienestar, para que no se hastíe pronto de este destierro, al cual solo los negocios pueden confinar á uno.

Julia pareció conformarse en todo con las intenciones del inglés, y se quedó alegre, feliz y llena de esperanza. Nos despedimos en seguida, y cuando salimos, el inglés me heló con las siguientes observaciones:

—¡Singular muchacha es esta, Julian! me parece que es buena en el fondo; pero Dios quiera que no venga á traernos con su presencia aquí, complicaciones y dificultades que nos hagan maldecir la hora de haberla encontrado, como un fantasma, en las calles de Puebla. Entretanto que yo escribo á Mexico á mis amigos y abogados para que procuren arreglar el asunto con su familia, cuide vd. de que no salga. Su presencia daria lugar á multitud de rumores y comen arios. Se diria que era querida mia ó de vd., y ni á vd. ni á mí puede favorecernos esto. A mí particularmente me perjudicaria en gran manera: el hermano de mi prometi-

da está aquí, como vd. sabe, empleado; llegaria á su noticia la venida de Julia; su hermosura extraordinaria le llamaria la atencion; él es jóven, curioso, se empeñaria en verla, sabria quizás nuestra aventura de su propia boca, conoceria ademas, porque la jóven no lo disimula, que me tiene gran cariño, la malicia completaria sus sospechas, y ¡adios matrimonio! Ni mi futuro suegro, ni mi futura esposa, son personas que pueden dejar de hacer un gran escándalo de ello. Me creerán un libertino, y se disiparán como humo mis proyectos de felicidad. Vea vd. á cuantos peligros me ha expuesto, Julian, con sus ligerezas de jóven. Pero en fin, una vez que no tiene remedio, tratemos de remediarlas en lo posible. Haremos esfuerzos para que pronto se vuelva á México, porque si eso no se pudiera, yo me veria obligado á ir allá para alejar sospechas sobre mi conducta.

—La decidiré, contesté yo al inglés.

Habia yo tomado una resolucion, porque de todas las palabras anteriores habia yo deducido que él preferia expulsarme juntamente con Julia, á correr el peligro de que se desbaratase su matrimonio.

A pesar de todo tenia razon.

Figúrate que tumulto de ideas se levantó en mi alma orgullosa y enamorada! El inglés estaba disgustado de la venida de Julia á Tasco; ella estaba enamorada de él con todo el fuego de su corazon vírgen; yo adoraba á la hermosa jóven con todo el ardor de mis veinte años y de mi corazon vírgen tambien, porque hasta entonces creí que amaba verdaderamente. Ahora bien: era preciso salir de Tasco, y ¿cómo convencer á Julia de que debia seguirme, si no me amaba? Yo no me sentia capaz de herir su alma, revelándole el disgusto

del inglés: esto me lo aconsejaban la dignidad y el temor de hacerla sufrir. Y si á pesar de no amarme, se resolvia á seguirme, ¿adonde podria yo llevarla?

Por fin, me dije: á México, allí la ocultaré y si nos persiguen, mejor; sufriré por ella pero la salvaré. Quizas me tenga por su raptor, para eso sí es preciso preguntarle porque equivaldria á aceptar por compromiso una situacion que le repugnará. Pero era necesario alejarnos á toda costa de Tasco.

Aquella noche no dormí pensando en todas las dificultades que mi amor á Julia habia venido repentinamente á amontonar en el camino llano y alegre de mi vida.

XI

Al dia siguiente fuí á verla. Eran las ocho de la mañana, y ella que se habia despertado muy temprano, se hallaba en el jardincito de la casa y se ocupaba en hacer un ramillete con las flores mas bellas.

¡Qué hermosa estaba! La felicidad habia aumentado sus encantos, y no pude menos que detenerme en el umbral para verla detenidamente y para sofocar los latidos de mi corazon, que parecia salírseme del pecho

La amaba entónces con desesperacion, porque la noche pasada habia acabado de confirmarme en la creencia de que ella amaba á mi rival.

Se hallaba vuelta de espaldas, y tenia un lindo vestido blanco y *fresco*, propio de aquella estacion y de aquel clima. Julia estaba en la florescencia de la juventud; así es que su traje dejaba ver en toda su riqueza y su elegancia las formas de aquel cuerpo ligero y airoso que hubiera envidiado una Vénus antigua.

Cuando acabó de hacer su ramillete se volvió y corrió hácia mí sonriendo.

—Ah! es vd., Julian, me dijo, alargándome la mano; buenos dias, amigo mio; y el Sr. Bell?

—Está bueno, le contesté, y envía á vd. sus saludos; se fué á la mina, pero vendrá á ver á vd. esta tarde.

—¡Cómo esta tarde! ¿y porque así? No hay tanta distancia de la casa de vdes. á esta para dar unos pasitos y venir á darme los buenos dias. . . .

—Tal vez, repliqué, no creia a vd. levantada á la hora en que se fué. Supuso que estaria vd. fatigada y que dormiria hasta muy tarde.

—¡Ah! no, yo me levanto temprano, como vd. ha visto, y aquí no me perdonaria el quedar en la cama, cuando la salida del sol es tan hermosa en Tasco. ¡Qué bello clima! ¡qué bello temperamento! Pero sabe vd. Julian, que este destierro es lindísimo? Yo no se como vdes. se aburren aquí. Pues yo no me figuraba que estaria tan contenta en este pueblo como lo estoy. Sobre todo, qué casita tan graciosa tiene vd.! Es una jaula de canarios, Por donde quiera muebles ligeros y elegantes, aseo y comodidad. Y afuera ese jardincito es un primor. Allí me encuentro muchas flores extranjeras que

ya conocia; pero hay otras que no he visto nunca y que son preciosas.

—Sí, Julia. son flores del país, flores silvestres y desconocidas en México, que yo he recogido en las gargantas de estas montañas y en las llanuras de Iguala, y que cultivo cuidadosamente para trasplantarlas á México. Habrá vd. notado, por ejemplo, que toda la cuesta que está empedrada con enormes peñascos, desde el tiempo de Borda, y que tanto molestó á vd. ayer, está lujosamente decorada por una cerca de bellísimas flores. Pues todas esas se hallan aquí y las he clasificado en mi herbario. En fin, el jardincillo es un puñado, pero él alegra siquiera la humilde ermita del desterrado.

—¡Ah! pero repito que es linda la ermita. Aquí tiene vd. de todo para distraerse. Acabo de registrar los hermosos libros de ese estante.... Ahí hay mucha ciencia que no entiendo; pero tambien hay poetas—yo he leido muchos poetas.

—¿Le agrada á vd. la poesía?

—Es claro: ¿se tiene acaso un carácter como el mio sin haber bebido un poco en esas fuentes? Y están aquí todos los poetas que adoro. El *Dante*, el *Tasso*, *Victor Hugo*, *Lamartine*, *Alfredo de Musset*, *Quintana*, y éstos que son los que traducen en la lengua de fuego de la la América los sentimientos de fuego de nuestras almas ardientes.... *José Mármol*, *Gómez*, *Lozano*, y *Plácido*. Yo adoro á estos poetas, y no extrañe vd. que no conozca á esos otros, porque no sé latin, ni inglés, ni aleman. Harto es ya que me hayan permitido estas lecturas, los que deseaban que no leyese mas que el *Año Cristiano* y los insoportables versos del P. Sartorio.

—En efecto, Julia, veo que tiene vd. una instruccion poco comun en su sexo, y sobre todo, buen gusto.

—Sobre todo, aficion al estudio. . . . tengo sed. ¡Ah! si no hubiera tenido que luchar con las preocupaciones de familia! Pero vamos á otra cosa: he arreglado la casita, porque amigo mio, se notaba desde luego la ausencia de vd. Ya verá vd. en todo, que ha andado por allí la mano de una mujer. Y á propósito, ¿qué empleo tiene vd. aquí, Julian, si no es indiscreto preguntarlo?

—Soy el ingeniero director de la mina, respondí, y el gefe de la casa cuando el Sr. Bell no está aquí, lo que sucede casi todo el año.

—¡Ah! ¿es vd. el ingeniero?. . . . dijo Julia algo sorprendida, y como recordando, y luego añadió: Pues entonces perdóneme vd., amigo mio; quizás le he tratado con poca atencion, creyendo que era vd. un dependiente de un rango subalterno. De ningun modo debí hacerlo así; pero ¿qué quiere vd.? son las preocupaciones con que nos educan. Y luego, es vd. tan jóven, que no creí que pudiera vd. ser un empleado de alta categoría con el Sr. Bell. ¿Y lo quiere á vd. mucho?

—Mucho, es mi amigo ademas de ser mi jefe, y me ha prestado excelentes servicios.

—¿Es verdad; que es muy generoso, muy noble?

—Ciertamente, y muy guapo ademas, y de modales muy distinguidos.

—Es verdad; y. . . . ¿vive aquí solo?

—Es decir, sin familia, porque no la tiene. No es casado, y en cuanto á sus padres y hermanos, parece que están en Inglaterra.

Julia no disimuló su alegría.

Esta era la oportunidad de revelarle lo del próximo

casamiento; pero lo repito, me habia propuesto callar; para no herirla en lo más profundo del alma.

—Julia. . . . dijo con acento turbado, interrumpiendo la meditacion en que parecia haberse sumergido repentinamente.

—Qué, Julian? pero ¿qué tiene vd. que palidece y luego se ruboriza? ¿qué va vd. á decir?

—Nada de particular; pero como es preciso prever todas las eventualidades que pueden ocurrir, me atrevo á preguntarle á vd.: si nos persiguieran hasta aquí, si el cochero de la diligencia de Puebla contara, como habrá contado ya, lo de la escapatoria, y por esa causa nos siguieran la pista y averiguaran, lo que no es difícil, que se habia vd. venido á Tasco, y la autoridad tomara cartas, ¿qué responderiamos en caso de que nos interrogaran? ¿No piensa vd. que me atribuirian á mí el rapto y que me acusarian de ser el seductor de vd.?

Julia se sobresaltó y respondió vivamente.

—No lo quiera Dios, no! es preciso decir la verdad pura. El Sr. Bell y vd. declararian cómo me encontraron y por qué razon me he venido con vdes. Precisamente para evitar toda sospecha, deseaba yo trabajar aquí en una situacion independiente. Insisto en ello y creo mas que nunca que necesito la sombra y el amparo de una familia honrada para que en cualquier caso dé un testimonio fiel de mi conducta. ¡Oh! no, Julian, no tema vd. ser acusado como mi raptor porque yo lo desmentiria en el acto.

¿Lo creerás, amigo? me dió pena que Julia se apresurara á decirme todo esto. Su honra se lo aconsejaba así; pero yo habria deseado que no me lo hubiese dicho tan pronto.

—Hay el peligro entonces, añadí, de que tomen por seductor al Sr. Bell, cosa que lo comprometeria.

—Nunca, nunca, porque yo lo negaré, aceptandc como acepto, la responsabilidad toda de mis actos. Pero ¿acaso teme vd. ó el Sr. Bell que eso llegue á suceder?

—Temerlo no, pero conviene estar preparados. Y qué le parece á vd. de volver á México? Yo creo que allí estaria vd. más á cubierto.

Julia se sobresaltó y preguntó dolorosamente:

—¿El Sr. Bell quiere que yo me vaya?

—No, Julia, nadie quiere eso: pero lo pregunto yo únicamente para saber la opinion de vd.

—Pero ya sabe vd. mi resolucion, quiero quedarme aquí, vivir lejos de mi familia, trabajar tranquilamente. . . . á no ser que vdes. se vuelvan allá, porque entonces tendria que seguirlos para no quedar aquí sin proteccion alguna.

—En cuanto al Sr. Bell es posible que se vuelva. . . . yo me quedo.

—Y ¿será pronto? preguntó con ansiedad Julia, cubierta de uua palidez mortal.

—Tal vez, repuse yo; sus negocios de México exigen su presencia allí. Anoche ha recibido cartas. . . . lo llaman.

—Entonces iré y procuraré vivir oculta.

—Pero no le convendria á vd. mejor quedarse?

—No: decididamente, comprendo las dificultades en que mi presencia ha puesto á vdes., y me resuelvo á sufrir sola las consecuencias de mi conducta. Partiré, Julian, dentro de pocos dias, y yo ruego á vd. que arregle mi viaje.

Julia decia esto sofocando los sollozos que hinchaban su pecho.

—Anoche, añadió, he tenido un momento de felicidad; ¡cuán poco debia durar, Dios mio, pues que esta mañana tan radiante y hermosa se ha trocado para mí en una noche de dolor!

—Pero, Julia, dije acercándome á ella, no se aflija vd. por mis palabras impertinentes. El Sr. Bell nada ha dicho de esto, debe vd. descansar en las seguridades que le dió anoche. Yo soy solo el que, sin pensar afligir á vd., le he dirigido estas preguntas para conocer su voluntad, para saber si estaba vd. contenta aquí.

—Julian, ¿pues para qué me hace vd. sufrir de esta manera? si no les hago mal ¿por qué me atormenta vd. haciéndome sospechar que me rechazan? En mi situacion se vuelve uno susceptible hasta el extremo.

En este momento un caballo se detuvo en el zaguan. El ginete se apeó y penetró en la casa. Era el inglés.

Julia lo recibió risueña y amable; pero en su semblante se notaba la tristeza que nuestra conversacion anterior le habia causado.

—Qué pasa, hija mia, le preguntó el inglés saludándola cariñosamente. La veo á vd. triste. . . . ¿ha pasado vd. mala noche? ¿Está vd. fastidiada en este poblacho?

Entonces yo espliqué todo al inglés, que aparentó reñirme por mi impertinencia, y aseguró á la jóven que nada tenia que temer. Despues le indicó que le seria grato almorzar con ella, y me detuvo para que los acompañase. Acepté, Julia ofreció su pequeño ramillete al inglés y volvió á lucir el sol de la dicha. De manera que yo habia ido á la casa de Julia con la intencion de inclinarla á salir de la posicion humillante en que el desagrado del inglés la colocaba, habia empeorado mi causa y trabajado por la de mi rival.

XII

Así pasaron ocho dias. Yo venia á ver á Julia todas las mañanas, y en las tardes volvia casi siempre con el inglés, que exijia que lo acompañase, seguramente para librarlo de caer en la tentacion de enamorarse de la bella niña, que cada dia adquiria á nuestros ojos nuevos encantos.

Yo no pensaba ya más que en ella, ni queria, ni podia hacer otra cosa. ¡Amarla! Hé aquí reasumida en esta palabra toda mi vida.

De dia, su imágen me impedia consagrarme al trabajo. De noche, su imágen presidia implacable á mi insomnio doloroso. Perdí el apetito, me hice misántropo y se apoderó de mí una tristeza desesperada. Cuando iba á verla, experimentaba una sensacion desconocida, monstruosa mezcla de felicidad y de amargura; brebaje envenenado que, sin embargo, era el único que parecia alimentarme. Dejar de verla hubiera sido morir.

Y sin embargo, yo sabia que no me comprendia ó no queria comprenderme, porque ella á su vez estaba mas enamorada cada dia del jóven inglés. Cada tarde veia yo una nueva prueba de su amor, que el inglés aceptaba con exquisita finura, pero sin conmoverse: cada noche sabia yo por mis criados que ella lloraba cuan-

do nos alejábamos. Hacia constantes preguntas á la criadita sobre el inglés; con respecto á mí, no preguntaba nunca.

Una vez fuí á verla solo en la tarde, y como era mi costumbre, me senté en un sillon de bejuco junto al lugar que ella ocupaba regularmente. La tarde estaba triste: llovia. Como ella estaba en su cuarto y habia mandado decirme que tuviera la bondad de esperarla, me levanté del sillon y fuí á la puerta que daba al patio para ver el jardin. ¡Qué tristes me parecian los árboles inclinando sus copas por la lluvia! parecíome que lloraban. Las pobres flores caian deshojadas, y sus pétalos eran arrastrados por las corrientes que inundaban el pequeño patio. El jardin presentaba un aspecto de desolacion, y era como la imágen de lo que pasaba en mi alma.

Allí permanecí inclinado unos instantes con la frente abatida y las lágrimas hinchando ya los párpados, cuando oí que hablaban cerca de mí, y me volví apresuradamente.

Era Julia.

—¡Que entretenido está vd. con el aguacero! me dijo alargándome una mano cariñosa.

Despues fuímos á sentarnos.

No me preguntó por el inglés, y esto me hizo feliz; ¡que niñeria!

Luego comenzamos á hablar de muchas cosas, de esas muchas cosas que se precipitan en los labios como para ocultar un pensamiento que está en el fondo de la conciencia. Ella tambien parecia distraida. Yo tenia la inesplicable costumbre de hablarle siempre muy bien del inglés; y en mis palabras, éste, que era un hombre *comme il faut*, pero que estaba lejos de ser un

héroe de novela, tomaba proporciones colosales. Mi pasion me daba elocuencia, y la jóven me escuchaba extasiada. Todavía tenia yo una costumbre más singular: como la conocia ya bastante, comprendia sus propensiones, sus afectos, los recuerdos que le eran más caros, y procuraba manifestar mi ódio á todo esto, con una especie de encarnizamiento que debió haberle llamado la atencion. ¿Qué objeto tenia yo? Quizas herirla y hacerme aborrecible á sus ojos; quizás obligarla á que me dijera algo que, ajando mi amor propio, disminuyera mi pasion; en fin, no sé que deseaba á punto fijo; pero yo experimentaba una especie de goce salvaje en ello. Y, como era natural, habia logrado mis deseos. A los ojos de Julia yo era un hombre singular, yo la detestaba. De modo que no podia yo haber escogido mejor manera de elevar ante ella el carácter del inglés. Pues bien, esto me desesperaba. ya que no tenia la mirada bastante penetrante para leer lo que pasaba en mi, estaba resuelto á no decirle nada jamas. Sufria yo mucho, pero no sabia entónces que con este sufrimiento se arranca para siempre un amor, por profundas que sean las raíces que haya echado en el corazon.

Esa tarde, Julia me hablaba con una dulzura singular que me hizo estremecer: sonreia tristemente y me miraba con fijeza, como procurando leer en mi alma.

—Julian, ¿vd. tiene una enfermedad moral, no es esto? me preguntó con un acento tan suave, tan conmovido, que no pude menos de temblar y de sentirme agitado.

Sin embargo, procuré tomar un aire de indiferencia y le respondí:

—No, Julia, no tengo nada que yo sepa. . . . fastidio

de estar aquí, es verdad, me figuré al principio que no extrañaria á México, que me acostumbraria á este trabajo monótono y duro y que el estudio me distraeria.

—Y ¿no ha sido así?

—No; he resistido cerca de un año; pero este tiempo de aguas me ha hecho insoportable la vida aquí. Me muero de aburrimiento. Tengo nostalgia.

—Pero es que México le ínteresa á vd. porque allí ha pasado sus primeros años, ó porque tiene allí algo que afecta especialmente su corazon?

—Le diré á vd., extraño á México no porque tenga allí nada que afecte especialmente mi corazon. Hasta ahora no he amado á nadie. . . Pero México es una ciudad de placeres y yo estoy ávido de ellos. Conozco que mi organizacion exige esa fiebre de goces que aturden y que. . . .

—Y que matan.

—Y que matan en afecto. ¡Qué me importa!

—¡Como! ¿no le importa á vd. morir?

—No mucho, hay veces en que la vida me hastía precisamente porque soy jóven, se me figura que aun me falta que andar mucho, y ese largo camino que tengo frente á mi vista, me causa desaliento.

—¡Oh! no diga vd. eso, Julian: no piense vd. así. . . destierre de su alma esa horrorosa enfermedad de tédio que es peor que la muerte.

—¿Y cómo, Julia?

—Amando, ¿por qué no ama vd?

—¡Ah! porque temo ser despreciado.

—Pero eso no puede ser, tal vez una persona resista á las muestras de amor que otra le dé; pero si ellas son sinceras, el corazon acaba por abrirse conmovido.

—Julia, es vd. muy niña, y no sabe que amar no es

precisamente el mejor medio para ser amado. Si eso fuera....

—Si eso fuera? preguntó sobresaltada Julia.

—Si eso fuera yo no sufriria.

—¿Vd? pero en qué quedamos, ¿ama vd. ó no ama?

—¡Oh, sí amo con delirio, con ceguedad! amo, como se ama solo una vez en la vida, siento que mi alma hace hoy el primero y último esfuerzo.

—¡Julian! me dijo Julia trémula y agitada, y ¿quién es la que inspira semejante amor? ¿quién merece ser amada así?

—Julia, le respondí delirante ya, Julia, no lo ha adivinado vd. todavía? ¿Pues necesito decir á vd. el nombre? ¿necesito confesar á vd. que no tengo ya vida sino para amarla, y que muero de pasion y de tristeza viendo que vd. no me comprende?

Y diciendo esto, estreché convulsivamente una de sus manos entre las mias, y quise apretarla contra mi corazon. ¡Insensato de mí! Habia guardado mi doloroso secreto en la caja de hierro de mi orgullo. Abríla engañado por la ilusion de un momento, y hé aquí que estaba perdido. ¡Maldito instante aquel!

Julia retiró su mano vivamente y se levantó pálida y triste.

—Julian, me dijo, no habia yo comprendido, se lo confieso á vd. con sinceridad. Preocupada con mis propias penas, no habia creido que la tristeza de vd. fuese causada por mí. Es vd. un noble y generoso jóven, digno de ser comprendido y amado. Pero yo.... no puedo amar á vd. ya.... la fatalidad lo ha dispuesto de otro modo.

—Todo lo sé, Julia, dije volviendo en mí, otra vez

conducido al terreno de la razon por mi orgullo traicionado hacia un momento.

—Todo lo sé, continué. . . . vd, ama á Bell. . . . ¿no es así?

—Sí, Julian, me respondió deshaciéndose en llanto, tambien yo merezco piedad, tambien yo soy infeliz, le amo mas que á mi vida!

Hubo un momento de silencio. Despues Julia enjugó sus lágrimas, procuró serenarse y sonreir, y alargándome una mano, me dijo: Pero seamos razonables. Nuestras almas no pueden unirse con los lazos del amor; pero sí pueden estarlo con los lazos de la amistad. Seré amiga de vd., seré su hermana. . . . ¿Acepta vd. esta amistad tierna? ¿quiere vd. ser mi amigo único?

. . . . . .

¿Has amado alguna vez, hijo mio, y al declarar tu amor te han respondido ofreciéndote amistad? Si es así, te compadezco, y puedes comprender lo que sufrí; si no te ha sucedido esa desgracia inmensa, entónces no puedes tener idea de la mia, como un hombre que no tiene hijos no puede tener idea de lo que se sufre cuando muere uno de ellos. *¡Amistad!* Esta palabra resonó lúgubre en mi alma, llena de tinieblas en aquellos momentos en que acababa de ponerse en ella para siempre el sol de la esperanza. *¡Amistad!* Esta palabra tan dulce y tan consoladora en la boca de un amigo, es áspera y amarga en los labios de la mujer á quien se ama. Es de preferirse la indiferencia ó el ódio. La *amistad* es entonces la limosna de la compasion, así como la compasion es la limosna del alma.

Así, pues, aquella palabra sublevó mi orgullo y me dió una fuerza suprema, porque me sentia desfallecer. Entónces, arrancando una voz firme, aunque débil, de mí

garganta anudada, y soltando aquellas manos hermosas que estrechaban las mias, respondí á la jóven que me miraba con los ojos húmedos de lágrimas:

—Gracias, Julia; pero no la acepto. El amor se paga con amor. La amistad lo profanaria. ¡Adios! ¡perdóneme vd!

Y me levante vacilando y me dirigí hácia la puerta. Julia me detuvo suplicante.

XIII

No quise escucharla y casi loco me lancé á la calle. Seguia lloviendo á cántaros; pero apenas pude advertirlo y llegué á mi alojamiento sin hablar á nadie. Una vez que estuve en mi cuarto, caí á los piés de mi cama acometido de un acceso de desesperacion. Hubiera deseado derramar lágrimas á torrentes para aliviar mi corazon que sentia estallar; pero no pude y creí morir por el violento dolor que sufria.

Era yo jóven, amaba por la primera vez, y así se explica la vehemencia de mis sentimientos. Si eso me

hubiese acontecido ahora, habria yo parecido risible aun á mis propios ojos.

En un estado próximo á la insensibilidad debí haber permanecido mucho tiempo, porque hasta llegada la noche y cuando mi criado vino á mi cuarto á encender luz, y notó con sorpresa que me hallaba tendido á los pies de mi cama, recuerdo haber cambiado de situacion. El pobre criado me creyó enfermo, me levantó del suelo, me hizo meter en la cama y llamó al médico.

Este declaró que era yo presa de una fiebre violenta, cuya causa se atribuyó al aguacero que habia yo recibido.

La enfermedad fué tan terrible, que no volví á recobrar el sentido sino hasta cuatro ó cinco dias despues, y eso con tal debilidad, que apenas podia darme cuenta de lo que me pasaba.

En vano preguntaba yo con voz moribunda que era lo que tenia y porque me hallaba así. Nadie queria responderme sino para recomendarme el silencio, del que no salia yo por fin sino para ser acometido de un delirio penosísimo para los que me escuchaban y para mí mismo, porque me fatigaba.

Por último, merced á los esfuerzos y á la inteligencia del médico que me asistia, pude salvarme, y á los doce dias estaba convaleciente, aunque incapaz de hablar ni de pensar. El aniquilamiento de mis fuerzas era sumo, y mi horror á toda clase de alimentos lo prolongaba.

Al fin comencé á recordar y á ver con lucidez las cosas: pero aun no me atreví á preguntar nada particularmente acerca de Julia, de miedo de revelar el estado de mi alma, estado que, sin embargo, era conoci-

do de todos, á causa de las palabras que se me habian escapado durante mis delirios.

A los veinte dias me creyeron capaz de leer mi correspondencia de México, y me la entregaron. Abrí varias cartas y las dejé porque eran largas y hablaban de negocios; pero al tomar una en mis manos no sé por que me estremecí. La letra del sobrescrito era de mujer y desconocida para mí. Abríla temblando. Era de Julia y estaba fechada en México. No pude reprimir un grito y caí desfallecido en las almohadas. ¡Julia en México! ¿Qué habia pasado, pues, durante mi enfermedad?

Recobrado á pocos momentos, volví á tomar la carta y la devoré en un segundo. Julia me decia que el Sr. Bell me diria todo lo que habia pasado; que se habia visto obligada á partir con la pena de dejarme enfermo gravemente, y tal vez por causa suya; que sabia que estaba yo fuera de peligro; pero que deseaba que la perdonase y que no conservara de ella un recuerdo doloroso.

Quise saberlo todo y llamé.

El inglés se presentó y vino á abrazarme.

—Tal vez hice mal en creer, me dijo, que estaba vd ya capaz de leer esta carta; pero consulté con el médico y él me aseguró que no habia peligro en eseñársela. Sé cual ha sido la causa de la enfermedad de vd. porque en su delirio nos la ha hecho conocer. Ahora bien: era preciso que supiera vd. de una vez lo que ha pasado con Julia, esa carta debia dar la ocasion para referírselo.

—Diga vd., diga vd. contesté yo con viva ansiedad.

—Pues bien: cosa de ocho dias despues de que vd. cayó enfermo, dos parientes respetables de Julia se

presentaron aquí con cartas que traian para mí y para otras personas de Tasco. Ya sabia vd., que yo habia procurado con empeño que se arreglaran las dificultades que habia entre esta jóven y su familia. La cosa no fué difícil, pues la madre de Julia habia llegado á México en seguimiento de ella, sabiendo que se habia venido acompañada de nosotros. Por fortuna no se pensó mal de esta compañía; no se creia que habiamos cometido un rapto como me lo temí, sino que se dió á la fuga de Julia su verdadero carácter, de lo que debemos felicitarnos. La señora fué á mi casa; habló á mis amigos, que justamente tenian ya encargo de explicar á la familia de Julia todo, y de procurar con ella un arreglo; la señora supo que su hija, cuyo carácter conoce perfectamente, no creyéndose segura en México, habia continuado bajo nuestra proteccion hasta aquí; al mismo tiempo recibió una carta de la jóven bastante explícita, y como debe vd. suponer el arreglo no fué difícil. La señora misma se adelantó hasta proponer á mi abogado condiciones muy favorables para Julia, en vista de su repugnancia para permanecer con su familia y de su resolucion manifestada tan enérgicamente. Así es que la jóven vivirá en México con una familia de parientes suyos; se le nombrará un curador que administre los bienes, que le pertenecen por su herencia paterna, y de este modo no habrá ya disgustos ni dificultades.

Vea vd, Julian, que ventajas ha obtenido nuestra hermosa heroina con su conducta, que mucho temí la hubiera perdido para siempre. Su padrastro bien hubiera querido aprovecharse de la inconsiderada fuga de la jóven para arruinarla, y aún procuró trabajar en ese sentido; pero debemos hacer justicia á la madre

ella no lo consintió y aquel amor maternal, un tiempo apagado, volvió á encenderse de nuevo, con la ausencia, haciendo que la señora comprendiese cuál era su deber.

Entonces fué cuando la señora, en compañía de dos parientes suyos, uno de los cuales es ahora el curador de Julia, se dirigieron á Cuernavaca; allí la señora aguardó á su hija y ellos vinieron á llevarla. Como debe vd. comprender, Julia se sorprendió de este arreglo, no lo podia esperar tan ventajoso. Así es, que aunque triste por separarse de sus amigos y más triste aún porque dejaba á vd. enfermo, partió sin poder despedirse de vd. porque justamente en esos dias se hallaba vd. más grave. Ahora, amigo mio, acabe de aliviarse, trabaje, y yo creo que los proyectos de vd. respecto de ella, se arreglarán á pedir de boca; porque vd. la ama, Julian, ¿no es así?

—Es verdad, le respondí, todavía distraido por los pensamientos que me habia sugerido la narracion del inglés.

—Pues bien, valor, y que la esperanza termine pronto esa convalecencia que aun me admira. Sepa vd. que hubo momentos en que no contamos para nada con su vida. Fué una fiebre tremenda de que no lo ha salvado á vd. mas que su juventud.

—Y es lástima, repuse, porque no valia la pena vivir: ella no me ama.

—¿Cómo es eso? ¿Julia no amar á vd.?

—Amigo mio, demasiado lo conoce vd. y aun me lo pregunta!. . . . Julia no ama sino á vd. con toda su alma.

—¿A mí? ¿es posible?

—¿No lo ha visto vd. claramente en todas sus accio-

nes, en todas sus palabras? Pero hombre. . . . entonces vd. no sabe leer en el corazon?

—Confieso á vd., Julian, que he tenido mis sospechas acerca de ello, pero que luego las he desechado, reflexionando sobre el carácter original de Julia y más que todo en la intimidad de vd. con ella, intimidad que yo habia creido establecida por el amor. Vdes. eran jóvenes de la misma edad, vd. ha hecho por ella lo que solo un amante ó un hermano habrian podido; vd. habia arrostrado todos los peligros para salvarla, y ademas la habia acompañado solo de México á Tasco; ¿cómo dudar de que sus corazones hubieran permanecido tranquilos? Así es que las manifestaciones á veces demasiado extrañas, que advertí en Julia, si bien me dieron en qué pensar, no me decidieron á darles otro orígen que el de una amistad entusiasta y juvenil. Cuando un hombre ha salido de los primeros años de la juventud, como yo, no puede tener ya esa tan consoladora como estéril presuncion que hace al adolescente creerse idolatrado, porque se le concede una sonrisa comun, ó porque se contempla con atencion la corbata que se lleva ó el chaleco que estrenó. Ademas, yo siempre fuí por carácter y por educacion frio y desconfiado. Natural era que por todo lo que he dicho á vd. no me fijara largo tiempo en las acciones de Julia, ni adivinara su orígen. Pero ciertamente ¿vd. lo sabe?

—Ella es quien me lo ha confesado.

Entonces referí en pocas palabras al inglés todo lo que habia pasado aquella tarde fatal en que caí enfermo. Mi amigo se sorprendió grandemente y concluyó diciéndome:

—Más vale que yo haya ignorado la pasion de esa pobre niña. Habria yo sufrido sin poder hacerla feliz.

Yo amo á otra, vd. lo sabe, y mi próximo matrimonio, formado por el afecto, por los intereses y por compromisos sagrados, habria fracasado, lo cual hubiera sido un golpe espantoso para mí. Julia es hermosa, diez veces más hermosa que mi novia, es inteligente y amable, pero ¿qué quiere vd. amigo mio? En mi corazon y en mi pensamiento ya no hay lugar mas que para la mujer á quien estoy unido por promesas inviolables desde hace tres años. Todavía más: vd. no puede comprender cuál fué mi temor al ver llegar á Julia á Tasco. Me creí perdido, y ha sido necesaria toda mi inteligencia ayudada de la intimidad de vd. con Julia, para hacer entender á mi maligno cuñado que la bella Elena no era para mí. Con todo, su venida provocó explicaciones sérias de parte de mi novia, indagaciones de parte de mi suegro, y hablillas entre los parientes, aspirantes y toda esa corte que rodea siempre á las familias como á la de mi futura. Pero han quedado satisfechos todos y la ida de Julia á México ha puesto punto á la historia.

Todavía seguimos hablando el inglés y yo por espacio de una hora, y cuándo me dejó, animándome siempre con reflexiones consoladoras, me sentí aliviado de un gran peso.

Julia habia partido; pero era feliz. Yo procuraria olvidarla, lo creia difícil, pero iba á hacer esfuerzos y me lisonjeaba de antemano de poder triunfar de aquella pasion tan dominadora como funesta.

A pocos dias estaba yo en pié y procuraba olvidar mis penas en el trabajo.

XIV.

Pero el amor desgraciado impide trabajar ó hace destallecer pronto. Ademas, el trabajo es impotente para producir el olvido. Es una desdicha; pero el bálsamo bendito del trabajo no cura las heridas del alma. Yo me rio de todos esos consejeros inexpertos que recomiendan á los que han sufrido alguna gran desventura de amor, que se refugien en el trabajo. Eso está bueno para las novelas, y aun cuando suele ser un remedio eficaz, solo puede aplicarse á ciertas gentes.

Los que aman como yo, no se curan así. Es preciso que otra gran pasion tan dominadora como la que nos ha abatido, venga á levantarnos de nuevo en el camino triste de la existencia. Y esta gran pasion tiene que ser diversa del amor, porque será mentira para los que tienen un corazon *por partida doble*, pero yo creo que el árbol del amor no florece mas que una vez en la vida. Despues suelen brotar en él algunos retoños; pero caen marchitos al nacer.

Se puede ser D. Juan muchas veces, pero Romeo... solo una! Eso explica quizá la existencia de los libertinos y de los descorazonados.

Algo pensé de esto, por aquellos dias; pero me consagré al trabajo con asiduidad. Al cabo de dos meses me aburrí.

Mi pasion crecia, mi tédio á la vida me daba miedo, el insomnio me quitaba la salud; pensaba en Julia en todos los instantes: y cuando en las altas horas de la noche, sin haber cerrado los ojos, la veia aparecer delante de mí más hermosa que nunca, rechazándome triste, como aquella tarde fatal, te confieso que más de una vez descolgué mi *revólver* de la cabecera y acaricié el gatillo con cierta alegría febril. Allí estaba el fin de mis padecimientos.

Pero la esperanza me hacia soltar el arma. ¡Esperanza! ¿en qué? me preguntarás. Pues bien: sí, esperanza, *no en Julia, sino en la patria. Gracias al cielo, comenzaba* á romper las tinieblas de mi alma algo parecido á un fulgor cada vez más creciente. Era el amor á la libertad. En mis paseos solitarios por los alrededores de Tasco, en mis horas de silencio en mi casa, mezclados á los recuerdos de Julia, solian cruzar por mi mente pensamientos extraños y que me habian asaltado otras veces en mis tiempos de estudiante. Ya sabes que los alumnos de la escuela de Minería siempre fueron liberales. Yo habia pensado algunas veces en el *pueblo*, en su opresion, en sus miserias; como yo era hijo de su seno, me identificaba con él en sus dolores y en sus ódios. Pero el género de mis estudios, la juventud, las distracciones me impedian dejar crecer estos pensamientos en mi espíritu y pronto los olvidaba.

Yo no sé por qué en aquellos dias de sufrimiento para mí, tales ideas se renovaron con una fuerza extraordinaria. Tal vez contribuyó á esto en mucha parte la circunstancia de hallarse entonces la guerra del Sur en

todo su furor. Las tropas del dictador Santa-Anna atravesaban frecuentemente por nuestro rumbo, y las noticias de la campaña nos ocupaban sin cesar.

Tal vez la situacion especial de mi espíritu, que me hacia buscar en emociones fuertes el olvido de mis dolores íntimos, fué la verdadera causa; ó más bien la esperanza, aunque remota, de abrirme paso á una posicion mejor por medio de la gloria. Yo no sé; pero lo que al principio fué una vaga preocupacion, despues tomó creces y rivalizó en mi espíritu con el amor de Julia.

Como te he dicho, al cabo de dos meses me aburrí y dije al inglés que no podia continuar en la mina, que mi salud quebrantada me obligaba ir á México y que tal vez no volveria.

El inglés lo sintió mucho; pero sospechando quizás que lo que me obligaba á salir de Tasco era verdaderamente mi pasion por la hermosa joven, me dejó partir.

XV.

Llegué á México y me propuse no preguntar nada acerca de Julia. Pero el primer dia que salí, que fué el segundo despues de mi llegada, iba yo bien triste por

cierto, atravesando á eso de las tres de la tarde, el espacio que hay de la que es hoy esquina del café de la Concordia á la esquina de la Profesa, cuando tuve que detenerme para dejar pasar un magnífico carruaje tirado por dos caballos frisones y que venia de la calle de San José el Real con direccion á la del Espíritu Santo. Miré como era natural á las personas que venian dentro, y el corazon me dió un salto. Allí venia Julia, hermosa como un ángel, lujosa como una reina. Bajé los ojos y me aparté estremeciéndome, como si tuviera miedo. Ella me vió tambien y dejó escapar un ligero grito: los caballos iban con rapidez; pero Julia se asomó á la portezuela para mirarme, y en el momento en que yo volvia la cabeza para seguir con la vista el carruaje, ella me saludó; un momento despues ví que el carruaje se detenia, pero sea por un sentimiento de orgullo ó de temor, yo atravesé á pasos apresurados la calle de la Profesa y dí vuelta en el momento por el callejon de Santa Clara. Como era de suponerse, no me siguieron.

Pero aquel incidente me hizo olvidar mi propósito y entonces comencé á preguntar á mis amigos lo que sabian acerca de Julia. Contáronme que la jóven era á la sazon una de las *lionas* de México; que se sabia que era hija de una familia opulenta de Puebla, que por ciertos disgustos con su padrasto se habia venido á vivir á esta ciudad en compañía de otra familia de parientes suyos (lo de la fuga y la ida á Tasco se ignoraba); que frecuentaba los mejores círculos asistia á los grandes bailes, concurria al teatro y estaba rodeada de adoradores, atraidos tanto por su belleza como por la fama de su herencia. Esto se comprendia fácilmente. Aquí como en todas partes, apenas aparece una mujer

que se dice, es rica heredera, cuando se precipitan á sus plantas los muchachos ricos y los muchachos simplemente buenos mozos, que todos son una especie de *catadores de minas*, sin corazon, para quienes la virtud y la belleza consisten nada mas que en el filon de oro. Julia era rica, y hé aquí que, prévio cálculo sobre su dote, la rodeaban é idolatraban dos docenas de tontos vestidos á la *dernière*. Sin embargo, parecia que ella no habia preferido á ninguno de ellos.

Estas noticias me helaron. Hoy menos que nunca podia acercarme á la jóven que no era ya la modesta habitante de mi casita de Tasco, sino la opulenta hija de una casa aristocrática, que vivia rodeada de una corte de pretendientes y de lacayos.

Poco despues del encuentro que he referido, fuí una noche al teatro Nacional. Entré ya comenzada la pieza, y apenas tomé asiento en mi luneta junto á un amigo, cuando éste que revistaba todos los palcos con su anteojo, me dijo:

—Chico, del palco que está á nuestra derecha te está mirando con mucha atencion una muchacha linda como un cielo.

Alcé la vista y volví á bajarla apresuradamente. Era Julia que me veia con sus gemelos. Estaba radiante de belleza.

Yo no podia quedar tranquilo. Sentia sobre mi semblante algo abrasador y terrible; era su mirada.

—¡Qué bárbaro eres! volvió á decirme mi amigo; esa señorita te saluda y tú te portas como un payo miserable. Alza la cara.

—Déjame, le respondí, déjame tú no sabes lo que me pasa.

Concluido el acto, salí del salon y me fuí á mi alojamiento á pensar y á sufrir.

Al dia siguiente me paseaba en la Alameda, en nuestra hermosa y poética Alameda hoy tan desdeñada por las gentes que no buscan las bellezas naturales, sino las miradas del concurso. Era una tibia y tranquila tarde de otoño, pues estábamos en Noviembre; los árboles comenzaban á cubrirse con un manto de hojas amarillentas, la brisa arrastraba suavemente á nuestros piés las hojas secas, el sol se ponia, y todo me obligaba á pensar en mis esperanzas desvanecidas, en mi juventud herida de muerte, en mis sueños de amor perdidos, cuando de repente ví aparecer al extremo de una calle y en direccion á la glorieta principal, á un grupo de señoras que platicaban alegremente.

Conocí una vez fresca y argentina, no podia engañarme: era tambien Julia, que venia, que iba á encontrarme, que me habia visto ya pasearme meditabundo y abatido.

Inmediatamente dí la vuelta y fuí á perderme en otra calle, me dirijí á una de las puertas y salí de la Alameda corriendo.

Si seguia por otros dias aún en México, era yo perdido. Sentia ya el huracan de la pasion rugir dentro de mi alma. Era preciso huir.

Así es que escuchando los consejos de un excelente amigo mio, que es hoy uno de los mas altos personajes del Estado y que entonces trabajaba contra el dictador y en favor de la revolucion, dejé á México y fuí á unirme en el Estado de Veracruz á las fuerzas que acaudilladas por el valiente general La Llave enarbolaban la bandera de la libertad.

XVI.

Habia encargado en México á un amigo que me trasmitiera las noticias que juzgara importantes, que recibiera mi correspondencia, y sobre todo, que me hablara algo de Julia. Era una debilidad bien perdonable en quien se alejaba para tomar parte en los peligros y para no volver quizas.

Este amigo me escribió algunos meses despues diciéndome: que tenia para mí una carta importantísima de Julia; pero que ignorando mi paradero, no creia conveniente aventurarla: que se habia visto obligado á hablar con ella y que tenia tambien cosas interesantes que comunicarme, y que si podia venir á México, lo hiciera.

Pero esto sí era difícil: estaba yo demasiado comprometido para que mi venida á México fuese segura para mí: ademas, francamente, la guerra, mis nuevas esperanzas, mis nuevos pensamientos habian amortiguado mucho mi amor y no me quedaban, por decirlo así sino los dejos amarguísimos de aquella pasion que habia comenzado á envenenarme.

Por fin la guerra concluyó, el dictador se fué y ocupamos á México. Entónces vine á esta ciudad en Diciembre de 1855, y tan pronto como pude fuí á casa de mi amigo y le pedí la carta. Me la alargó diciéndome:

—No es con todo lo más interesante, pero lee.

La carta decia esto:

"Julian: Hace tiempo que no veo á vd., y no comprendo porque huye de mí. Estoy curada ya de aquella pasion que me arrepiento de haberle confesado. Conozco toda la nobleza de la conducta de vd. para conmigo, que habia ignorado hasta aquí. Venga vd. á verme y hablaremos. No pronunciaré, lo prometo, la palabra *amistad.*—JULIA.

Esta carta me hubiera enloquecido de gozo un año antes. Entonces no me produjo sino una alegría mediana: ¿qué me habia sucedido?

Despues mi amigo me refirió lo siguiente: Julia en aquellos tiempos en que vivió entre la mejor sociedad de México, tuvo oportunidad de conocer y aun de relacionarse con la novia del inglés, quien por su parte tambien procuraba conocer á la que por algunos dias le causó celos. Ya entonces, y poco antes de que yo viniera á México la madre de Julia habia escrito al inglés manifestándole su profundo agradecimiento por los servicios que habia prestado á su hija; pero el inglés, sincero antes que todo, habia contestado á la señora que, en verdad, no era él quien habia prestado los mejores servicios á Julia, sino yo que desde Puebla me habia resuelto á protejerla á toda costa; de modo que para no atribuirse un mérito que no tenia, declaraba que yo habia obrado en eso con entera independencia de él, y que habia llevado mi delicadeza hasta el pun-

BIBLIOTECA NACIONAL
MEXICO

to de no haber acudido á su bolsillo para nada. Pero advertia, que siendo yo demasiado susceptible en esta materia, no era conveniente hablarme nada de ello. Tal fué la razon que hubo para no escribirme entonces y Julia se limitó á procurar que yo la viese, para manifestarme que sabia cuanto yo habia hecho por ella.

Despues, como indiqué al principio, se hizo amiga de la novia del inglés, y esta, en una de sus conversaciones, le refirió las explicaciones que aquel le habia dado á propósito de sus celos, explicaciones que la dejaron satisfecha, porque su novio la convenció de que nada tenia que temer. Con este motivo la amiga habia enseñado a Julia una carta del inglés, en que éste ponia en claro la conducta de la jóven prófuga, y que sé yo que frases contendria la carta, que indignaron á Julia y le dieron á conocer cuales eran las opiniones del inglés acerca de ella. Lo cierto es que la malignidad de la novia de mi rival, enseñando la carta á Julia, produjo su efecto. Julia que aun conservaba en silencio y sin esperanza un amor leal y apasionado al inglés, quedó curada de él instantáneamente y no volvió á mencionar su nombre.

Entonces fué cuando se me escribió.

—¡Ah! ya comprendo, interrumpí yo disgustado. Queria vengarse; el despecho la hacia buscarme y queria dar celos al inglés, haciéndome instrumento de su venganza....

—No, replicó mi amigo, no seas ni injusto ni lijero. Julia no queria hacerte instrumento de venganza ninguna. Julia es demasiado noble y demasiado ingénua para engañarte. Y para que te convenzas escúchame hasta el fin. Hace cinco meses, y cuando nadie sabia paradero, ni se tenia por segura la conclusion de la

guerra, hubo un gran suceso que vino á poner en claro los sentimientos de Julia.

El socio del inglés y padre de su novia, quebró y quedó arruinado; de modo que la muchacha, cuyo dote importaba antes unos dos millones, quedó reducida á una condicion tan mediocre, que apenas podia ofrecer con su blanca mano lo suficiente para no morir de miseria. El golpe fué terrible para el inglés, pues por la sociedad que tenia con su futuro suegro, sus intereses tenian que sufrir, y ademas perdia la esperanza de una pingue dote, como la que esperaba con su novia. Por lo tanto el matrimonio se desbarató. El inglés fué quien renunció á la mano de la pobre niña. Justamente en esos dias, y por una singular coincidencia, el padrastro de Julia murió, dejándola por eso en plena posesion de sus cuantiosos bienes, sin que nadie le pusiera ya obstáculos. Debes suponer que al saberse esto en México, la linda jóven se vió literalmente asediada por los pretendientes; ¡como la importunaron!

Pero lo particular fué, que el inglés que antes la hacia desdeñado por la heredera de dos millones, ahora viéndola como mejor partido que su antigua novia empobrecida; con la frente alta y la mirada de conquistador, se dirijió á ella, fiado en el conocimiento que tenia acerca del amor que la jóven le habia profesado.

El fracaso del inglés no pudo ser más completo, Julia le contestó con mucha amabilidad, pero con una frialdad glacial: que no lo amaba y que no podia por lo mismo otorgarle su mano.

—Pues ¿á quien ama vd., Julia; entonces? le preguntó el inglés; porque nuestro amigo Julian me ha asegurado que vd. mismo el reveló que yono le era á vd.

indiferente y aun que era vd. desgraciada á causa de mi reserva.

—Es verdad, contestó Julia: así era entónces: tal vez consistió en que no conocia á fondo el carácter de Julian y en que no veia claro el estado de mi propio corazon. Hoy sé á que atenerme y aseguro á vd. que me pasa lo contrario.

—¿Es posible? De modo que hoy ama vd. á Julian?

—Tal vez, repuso Julia.

Como era natural el inglés no volvió: de modo que por esto comprenderás si Julia te ama.

Yo me quedé pensativo y callado, como si esperase oir la voz de esa síbila que se llama la conciencia.

—Veremos, contesté, ¿y adonde está ahora Julia?

—En Puebla, ¿irás á verla?

—Mas tarde, por ahora voy á los Estados Unidos en comision del gobierno y luego vendré á sentarme en la cámara de diputados, segun todo me lo hace esperar.

Partí en efecto á la vecina república, en seguida á Europa, despues vine al congreso de 1857, primero constitucional, y que apenas comenzó á celebrar sus sesiones cuando fué disuelto por el golpe de Estado del general Comonfort.

XVII.

Comenzó entonces la guerra terrible de los tres años contra la reaccion. Yo estaba completamente consa-

grado á la política. No pensé, pues, mas que en la campaña y sufrí todas sus vicisitudes, hasta concluir. En 1861 era yo coronel de ingenieros. Ocupado en comisiones importantes, y aún en empleos de muy elevada categoria, me encontró la guerra extranjera. Serví en ella durante el hermoso año de 1862, y en 1863 trabajé en la fortificacion de la plaza de Puebla, y tome parte en su defensa heróica. Concluida esta como todo el mundo sabe, y conocida la resolucion de entregarnos prisioneros á los franceses, yo no quice aceptar ese sacrificio y me resolví á arriesgar mi vida, mas bien que caer en manos de nuestros enemigos de semejante manera.

Estaba gravemente herido y hacia cuatro dias que luchaba con la muerte, cuando llegó la hora de entregarnos. Los amigos me avisaron en el hospital: yo me levanté desesperado, y sin escuchar consejos, salí arrastrándo; y mientras que los franceses entraban a la plaza por una parte, yo procuraba buscar asilo en la casa de algun vecino pobre y oscuro, á fin de poder salir de Puebla despues aunque fuera con peligro.

Pero mi energía era inferior á mis fuerzas: habia andado apenas dos ó tres calles cuando me acometió un vértigo y caí en el empedrado. Un carpintero generoso vino á levantarme, conoció por mi uniforme que era yo un oficial superior y aventurándolo todo, me llevó ayudado de un hijo suyo á su miserable vivienda, que era una accesoria incómoda y malsana. Su mujer le dijo que podria yo estar mejor en la gran casa vecina cuyos dueños eran muy bondadosos, y yo para evitar un compromiso á aquellos pobres artesanos, me dejé conducir.

Llegamos al zaguan, el carpintero tocó, abriéronle y

fué á hablar á las señoras, llevando mi tarjeta para que supiesen de quien se trataba. Yo estaba desfallecido y no podia hablar, ni tenia fuerzas para nada. El carpintero volvió furioso.

—Mal hayan estos ricos! dijo, no tienen entrañas, ni quieren á sus paisanos, ni sirven para nada! Pues en mi pobre vivienda estará vd., mi gefe, y aunque pobres le serviremos á vd. hasta morir.

Me conmoví ante el patriotismo del generoso artesano y volvimos á la accesoria, en donde me tendí en un pobre jergon, deseando morir para dar fin á mis penas y á las molestias de aquellos infelices.

No podia yo soportar aquel horrible estado. Oía el galope de los caballos franceses, oía la confusa gritería del ejército enemigo, cada rumor era para mí un tormento, y la cólera, el dolor físico y el aniquilamiento moral me hacian ansiar la muerte.

Estaba yo postrado y delirante, pero recuerdo que dos ó tres horas despues llamaron á la puerta de la vivienda. El carpintero y su mujer fueron á ver quien era, y apenas habian entreabierto la puerta cuando se precipitó por ella una señora muy hermosa y muy bien vestida, preguntando con una ansiedad dolorosa:

—¿Dónde está ¿dónde está?

Los artesanos señalaron el lugar en que me hallaba, apenas alumbrado por la débil claridad de una ventanilla medio cerrada, y cuando la dama me vió se arrodilló y tomándome las manos entre las suyas, dijo llorando:

—¡Ah! por fin! por fin!

Era Julia, Julia, ya no la tierna jóven de 1854, sino la mujer, una mujer de veintisiete años, en todo el brillo de su helleza; pero con la melancólica gravedad que

imprimen en el semblante de una mujer inteligente los sufrimientos de una vida agitada y la energía de un espíritu independiente y firme.

Julia estaba hermosa é imponia respeto. Yo la ví en medio de mi abatimiento, como la aparicion de una madre ó de una hermana,

—Gracias, Dios mio, añadió Julia, gracias que he encontrado á vd. y que puedo velar á su cabecera, como debí hacerlo en otro tiempo.

Luego explicó que cuando los artesanos me llevaron á su casa, ella no estaba allí, y que su familia sin saber quien era yo, me habia rechazado; pero que al volver ella y ver mi tarjeta, todo lo habia comprendido y habia volado á reparar la falta de su familia.

XVIII.

Desde luego quiso llevarme á su casa; pero aquellos artesanos se resistieron tanto, y yo por mi parte les estaba tan agradecido, que por fin se decidió que me quedaria y que solo se me enviarian medicinas, hilas y todo, de la casa de Julia.

Así se hizo, y ella venia á sentarse junto á mi cama largas horas en compañía de sus hermanos y de sus criadas. Pasaron dos meses. Mi convalecencia, gracias á los cuidados que se me prodigaron, fué rápida y buena. El cirujano que me asistia, declaró que ya podia yo caminar, y que con ciertas precauciones podia ir á San Luis Potosí, donde se hallaba á la sazon el gobierno de la república, ó á Querétaro y Guanajuato donde estaban nuestras tropas todavía.

Comuniqué mi resolucion á Julia. Ella la escuchó con profunda tristeza.

—Julian, me dijo, nada me ha dicho vd. en nuestras horas de conversacion de cierta carta que debe vd. haber recibido en México, si es que no la recibió en el Estado de Veracruz en 1855; ¿la vió vd?

—Sí la ví, Julia.

—Y bien ¿por qué no procuró vd. verme?

—No pude, Julia, el gobierno me envió á varias comisiones; despues vino la guerra, mi suerte estaba enteramente identificada con la política, me envolví en ese torbellino y sobre todo. . . .¿que quiere vd.? deseaba aturdirme, y olvidar mis pesares de Tasco.

—¡Olvidar! Pero tenia vd. acaso necesidad de olvidarlos en la guerra? ¿No creia vd. que podia haberlos olvidado mas pronto cerca de mí?. . . . concluyó Julia ruborizada.

—¡Ah! no, repuse yo, cerca de vd. hubiera vuelto á nacer mi pasion con mayor intensidad y ¿que habria yo logrado con eso? Una nueva humillacion me hubiera matado.

—¡Nueva humillacion! ¿Que quiere vd. decir? Si en Tasco no habia comprendido á vd. y un sentimiento

que me duele mucho haber abrigado en el alma por algun tiempo, me ponia una venda en los ojos, ¿no creia vd. posible que eso se terminara? ¿No era bastante decir á vd. que estaba arrepentida? No adivinaba vd. en las palabras de mi carta el cambio que se habia operado en mis pensamientos?. . . .

—Julia, perdóneme vd.; no lo comprendí.

—Oh! eso no es posible: qué clase de corazon tiene vd. si no comprende esas cosas? Qué mas queria vd. que le dijera?

Yo sentia que me iba conmoviendo de una manera alarmante.

—Julia, le dije, ahora comprendo que fuí desconfiado en demasia. Habia sufrido tanto!

—No recuerde vd. aquello, Julian; me hace vd. mal y es vd. injusto. Pero en fin, amigo mio, solo hay la circunstancia de que soy menos jóven; pero soy libre, soy rica y no he amado á nadie despues de vd... Los sentimientos que abrigaba vd. hácia mí hace nueve años, habrán cambiado por ventura?

Yo quedé en silencio unos instantes; pero al oir aquella palabra *amigo mio*, que me recordaba la *odiosa amistad* que se me ofreció en Tasco; al oir esa otra: *no he amado á nadie despues de vd.* que me traia á la memoria el *le amo mas que á mi vida*, hablando de mi rival; al pensar que Julia pudo, en efecto, no haber amado á ninguno despues de mí; pero que sí amó con pasion antes, y solo se curó por un desprecio que le hizo el inglés: sobre todo, al sentir esa palabra, al sentir esa frase que Julia pronunció indiscretamente: *soy rica*; se despertó mi orgullo, mi indomable orgullo que no se sacrifica ante nada. Tomé, pues, una resolucion:

—Julia, le dije estrechándole las manos, vea vd. cuan desgraciado soy en no poder tocar la felicidad que el amor de vd. me ofrece.

—¿Por qué? preguntó ella asustada y palideciendo.

—Porque es tarde, Julia, es tarde ya; estoy casado!

—¡Casado! pudo apenas balbutir Julia. Dios mio!... Y contuvo los sollozos que la ahogaban, haciendo un supremo esfuerzo. Entónces se levantó pálida, y procurando sonreir tristemente añadió.

—La fatalidad se atravesó entre nosotros desde un principio; ¡no hay mas que resignarse! ¡Ay qué triste es la vida así! Cómo decide una palabra de la felicidad ó de la desdicha! Es por palabras, Julian, por simples palabras que nos ha separado la suerte.

Y tenia razon: *palabras que hieren el amor propio:* hé aquí la clave misteriosa de muchas desgracias.

—En fin, Julian, adios; que el cielo le ampare á vd. y que sea feliz en su viaje.... no nos veremos más.... adios, concluyó la jóven ya sin poder contener el llanto. Y se salió, echándose el manto sobre la cabeza y cubriéndose los ojos con el pañuelo.

—Pobre señorita! dijeron el carpintero y su mujer. Y vea vd., jefe, tiene fama de muy orgullosa.

Yo me entristecí tambien. Los sacrificios que impone el orgullo cuestan á veces la vida.

Al dia siguiente salí de Puebla y ocho dias despues me hallaba en San Luis Potosí.

XIX.

—Pero sepamos, pregunté yo á Julian, ¿por qué dijiste á Julia que eras casado? ¿es que realmente lo estabas?

—No, hombre, me respondió, ¡qué casado! yo soy incapaz de cometer esa debilidad. No has comprendido que dije eso para destruir de una vez toda probabilidad de union entre Julia y yo.

Es preciso que leas bien en ciertas almas: Julia amada por mí con una pasion frenética, terrible, la única de mi vida, me hizo en un momento de coquetería confesarle lo que yo guardaba en silencio por no exponerme á una humillacion. Yo engañado por sus palabras, en las que creí vislumbrar una esperanza, abrí mi corazon y recibí una herida en mi amor propio. Esa mujer se sorprendió de que yo la amara: luego le parecia imposible que me atreviera á tanto, ¿por qué? Despues me confesó que amaba á mi rival *más que á su vida*, y eso era mucho para un orgulloso como yo. Ella lo ha-

cia, llorando de pena tambien; pero aun esa pena parecia humillante para mí.

Sufrí mucho á consecuencia de tal desengaño, estuve próximo á morir; luché largos dias con mi pasion; pero eso acaba con la fuerza del alma, con la sávia juvenil que se necesita para seguir amando. La hoguera ardió voraz, pero se convirtió en ceniza prontamente. Corazon herido, corazon muerto.

Más tarde no quedan mas que los sentidos. Verdad espantosa, pero indudable. La novela puede decir otra cosa, pero la vida real no admite esos fantasmas de la imaginacion.

Así, pues, yo habia dejado de amar á Julia. Los amores ligeros de soldado que he tenido han sido mariposas que han agotado la poca esencia que pudo haberme quedado en el cáliz del alma. Ahora no puedo amar.

Por otra parte, la consideracion de que ella dejó de amar al inglés por una frase desdeñosa que vió en una carta de éste, era tambien una consideracion desconsoladora. Yo hubiera querido deber la preferencia, á mi amor, no al orgulloso desprecio de mi antagonista.

¿Y la riqueza de Julia? Yo no estoy organizado para cometer el *acto de abnegacion* que consiste en casarse uno, siendo pobre, con una rica, lo cual da á la coyunda matrimonial el aspecto de una librea. Si Julia hubiera sido pobre, no habria vacilado á pesar de las otras consideraciones; ¡pero rica!—no: jamas!

Hé aquí lo que me ha hecho apartar de mis labios voluntariamente la copa de la felicidad.

XX.

Ahora para concluir: hace cuatro años que Julia se casó, dicen que todavía apesadumbrada y llevando al lado de su marido su virtud intachable, pero su corazon despedazado.

Dicen que él la adora: que ella es buena mujer y que cumple con sus deberes noblemente. Yo no entiendo así las cosas. No me alegraría de estrechar contra mi pecho un corazon que latiese al recuerdo de otro hombre.

Y agregan que la pobre Julia ha sabido perfectamente que yo no era casado. La cosa pasó de esta manera:

Díjose hace tres años que iba á casarme con una señorita, que habia yo dado en visitar (solamente para practicar el inglés que ella hablaba como su lengua). Pues bien: un dia se platicaba acerca de esto en casa de Julia.

—¿Saben vdes., dijo uno, que se casa el general R..... con la señorita S....?

—¡Como! exclamó Julia asombrada, si ese caballero es casado!

—No, señora, no es casado, ¿quién le ha dicho á vd. semejante cosa?

—No sé quién; pero me lo han asegurado.

—Pues no hay tal, yo soy su amigo íntimo y puedo asegurar á vd. que no se ha casado nunca y que ni siquiera le hemos conocido un amor formal. Parece que tuvo una pasion de jóven y que fué desgraciado: desde entonces no tiene corazon.

Me han contado que Julia se puso pensativa, que estuvo sombría durante la tertulia y que se retiro pronto, pretestando un fuerte dolor de cabeza.

Yo estoy seguro de que á esta hora me ódia mortalmente.

En cuanto á mí, ni la amo ya, ni la aborrezco; pero le estoy agradecido porque me curó en mis primeros años de esa horrible enfermedad del amor que acosa mucho en la edad madura. El amor es como el vómito—se cura la primera vez y no vuelve á atacar nunca.

LA NAVIDAD.

(EN LAS MONTAÑAS).

LA NAVIDAD.

(EN LAS MONTAÑAS).

I

El sol se ocultaba ya: las nieblas ascendian del profundo seno de los valles: detenianse un momento entre los oscuros bosques y las negras gargantas de la cordillera, como un rebaño gigantesco, despues avanzaban con rapidez hácia las cumbres; se desprendian magestuosas de las agudas copas de los abetos é iban por úl-

timo á envolver la soberbia frente de las rocas, titánicos guardianes de la montaña que habian desafiado allí, durante millares de siglos, las tempestades del cielo y las agitaciones de la tierra.

Los últimos rayos del sol poniente franjaban de oro y de púrpura estos enormes turbantes formados por la niebla, parecian incendiar las nubes agrupadas en el horizonte, rielaban débiles en las aguas tranquilas del remoto lago, temblaban al retirarse de las llanuras invadidas ya por la sombra, y desaparecian despues de iluminar con su última caricia la oscura cresta de aquella oleada de pórfido.

Los postreros rumores del dia anunciaban por donde quiera la proximidad del silencio. A lo léjos, en los valles, en las faldas de las colinas, á las orillas de los arroyos, veíanse reposando quietas y silenciosas las vacadas; los ciervos cruzaban como sombras entre los árboles, en busca de sus ocultas guaridas; las aves habian entonado ya sus himnos de la tarde, y descansaban en sus lechos de ramas; en las *rozas* se encendia la elegre hoguera de pino, y el viento glacial del invierno comenzaba á agitarse entre las hojas.

II

La noche se acercaba tranquila y hermosa: era el 24 de Diciembre, es decir, que pronto la noche de Navi-

dad cubriria nuestro hemisferio con su sombra sagrada y animaria á los pueblos cristianos con sus alegrías íntimas. ¿Quién que ha nacido cristiano y que ha oído renovar cada año, en su infancia, la poética leyenda del Nacimiento de Jesus, no siente en semejante noche avivarse los más tiernos recuerdos de los primeros dias de la vida.

Yo ¡ay de mí! al pensar que me hallaba, en este dia solemne, en medio del silencio de aquellos bosques magestuosos, aun en presencia del magnífico espectáculo que se presentaba á mi vista absorviendo mis sentidos embargados poco há por la admiracion que causa la sublimidad de la naturaleza, no pude ménos que interrumpir mi dolorosa meditacion, y encerrándome en un religioso recogimiento, evoqué todas las dulces y tiernas memorias de mis años juveniles. Ellas se despertaron alegres como un enjambre de bulliciosas abejas y me trasportaron á otros tiempos, á otros lugares; ora al seno de mi familia humilde y piadosa, ora al centro de populosas ciudades, donde el amor, la amistad y el placer en delicioso concierto, habian hecho siempre grata para mi corazon esa noche bendita.

Recordaba mi pueblo, mi pueblo querido, cuyos alegres habitantes celebraban á porfia con bailes, cantos y modestos banquetes la Nochebuena. Parecíame ver aquellas pobres casas adornadas con sus *Nacimientos* y animadas por la alegría de la familia: recordaba la pequeña iglesia iluminada, dejando ver desde el pórtico el precioso *Belen*, curiosamente levantado en el altar mayor: parecíame oir los armoniosos repiques que resonaban en el campanario, medio derruido, convocando á los fieles á la *misa de gallo*, y aun escuchaba con

el corazon palpitante, la dulce voz de mi pobre y virtuoso padre, excitándonos á mis hermanos y á mí á arreglarnos pronto para dirigirnos á la iglesia, á fin de llegar á tiempo; y aun sentia la mano de mi buena y santa madre tomar la mia para conducirme al oficio. Despues me parecia llegar, penetrar por entre el gentío que se precipitaba en la humilde nave, avanzar hasta el pié del presbiterio, y allí arrodillarme, admirando la hermosura de las imágenes, el portal resplandeciente con la escarcha, el semblante risueño de los *pastores*, el lujo deslumbrador de los *Reyes magos*, y la iluminacion espléndida del altar. Aspiraba con delicia el fresco y sabroso aroma de las ramas de pino, y del heno que se enredaba en ellas, que cubria el barandal del presbiterio y que ocultaba el pié de los blandones. Veía despues aparecer al sacerdote revestido con su alba bordada, con su casulla de brocado, y seguido de los acólitos, vestidos de rojo con sobrepellices blanquísimas. Y luego, á la voz del celebrante, que se elevaba sonora entre los devotos murmullos del concurso, cuando comenzaban á ascender las primeras columnas de incienso, de aquel incienso recogido en los hermosos árboles de mis bosques nativos, y que me traía con su perfume algo como el perfume de la infancia, resonaban todavía en mis oídos los alegrísimos sones populares con que los tañedores de arpas, de bandolinas y de flautas, saludaban el nacimiento del Salvador. *El Gloria in excelsis*, ese cántico que la religion cristiana poéticamente supone entonado por ángeles y por niños, acompañado por alegres repiques, por el ruido de los petardos y por la fresca voz de los muchachos de coro, parecia trasportarme con una ilusion encantadora al lado de mi madre, que

lloraba de emocion, de mis hermanitos que reían, y de mi padre, cuyo semblante severo y triste, parecia iluminado por la piedad religiosa.

III

Y despues de un momento en que consagraba mi alma al culto absoluto de mis recuerdos de niño, por una transicion lenta y penosa, me trasladaba á México, al lugar depositario de mis impresiones de jóven.

Aquel era un cuadro diverso. Ya no era la familia; estaba entre extraños; pero extraños que eran mis amigos, la bella jóven por quien sentí la vez primera palpitar mi corazon enamorado, la familia dulce y buena que procuró con su cariño atenuar la ausencia de la mia.

Eran las *posadas* con sus inocentes placeres y con su devocion mundana y bulliciosa; era la cena de Navidad con sus manjares tradicionales y con sus sabrosas golosinas; era México, en fin, con su gente cantadora y entusiasmada, que hormiguea esa noche en las calles *corriendo gallo*; con su Plaza de armas llena de puestos de

dulces; con sus portales resplandecientes; con sus dulcerias francesas, que muestran en los aparadores iluminados con gas, un mundo de juguetes y de confituras preciosas; eran los suntuosos palacios derramando por sus ventanas torrentes de luz y de armonía. Era una fiesta que aun me causaba vértigo.

IV.

Pero volviendo de aquel encantado mundo de los recuerdos á la realidad que me rodeaba por todas partes, un sentimiento de tristeza se apoderó de mí.

!Ay¡ habia repasado en mi mente aquellos hermosos cuadros de la infancia y de la juventud; pero ésta se alejaba de mí á pasos rápidos, y el tiempo que pasó al darme su poético adios hacia mas amarga mi situacion actual.

¿En dónde estaba yo? ¿que era entónces? ¿adonde iba? Y un snspiro de angustia respondia á cada una de estas preguntas que me hacia, soltando las riendas á mi caballo, que continuaba su camino lentamente.

Me hallaba perdido entónces enmedio de aquel océano de montañas solitarias y salvajes; era yo un proscrito, una víctima de las pasiones políticas, é iba tal vez en pos de la muerte, que los partidarios en la guerra civil tan fácilmente decretan contra sus enemigos.

Ese dia cruzaba un sendero estrecho y escabroso, flanqueado por enormes abismos y por bosques colosales, cuya sombra interceptaba ya la débil luz crepuscular. Se me habia dicho que terminaria mi jornada en un pueblecillo de montañeses hospitalarios y pobres, que vivian del producto de la agricultura, y que disfrutaban de un bienestar relativo, merced á su alejamiento de los grandes centros populosos, y á la bondad de sus costumbres patriarcales.

Ya se me figuraba hallarme cerca del lugar tan deseado, despues de un dia de marcha fatigosa: el sendero iba haciéndose más practicable, y parecia descender suavemente al fondo de una de las gargantas de la sierra, que presentaba el aspecto de un valle risueño, á juzgar por los sitios que comenzaba á distinguir: por los riachuelos que atravesaba; por las cabañas de pastores y de vaqueros que se levantaban á cada paso al costado del camino; y en fin, por ese aspecto singular que todo viajero sabe apreciar aun al traves de las sombras de la noche.

Algo me anunciaba que pronto estaria dulcemente abrigado bajo el techo de una choza hospitalaria, calentando mis miembros ateridos por el aire de la montaña, al amor de una lumbre bienhechora, y agasajado por aquella gente ruda, pero sencilla y buena, á cuya virtud debia yo desde hacia tiempo inolvidables servicios.

Mi criado, soldado viejo, y por lo tanto acostumbrado á las largas marchas y al fastidio de las soledades, habia procurado distraerse durante el dia, ora cazando al paso, ora cantando, y no pocas veces hablando á solas, como si hubiese evocado los fantasmas de sus camaradas del regimiento.

Entonces se habia adelantado á alguna distancia para explorar el terreno, y sobre todo, para abandonarme con toda libertad á mis tristes reflexiones.

Repentinamente lo ví volver á galope, como portador de una noticia extraordinaria.

—¿Qué hay, Gonzalez? le pregunté.

—Nada, mi capitan, sino que habiendo visto á unas personas que iban á caballo delante de nosotros, me avancé á reconocerlas y á tomar informes, y me encontré con que eran el cura del pueblo adonde vamos, y su mozo, que vienen de una confesion y van al pueblo á celebrar la Noche-buena. Cuando les dije que mi capitan venia á retaguardia, el señor cura me mandó que viniera á ofrecerle de su parte el alojamiento, y allí hizo alto para esperarnos.

—¿Y le diste las gracias?

—Es claro, mi capitan, y aun le dije que bien necesitábamos de todos sus auxilios, porque venimos cansados y no hemos encontrado en todo el dia un triste rancho donde comer y descansar.

—¿Y qué tal? ¿parece buen sugeto el cura?

—Es español, mi capitan, y creo que es todo un hombre.

—¡Español! me dije yo: eso sí me alarma; yo no he conocido clérigos españoles mas que jesuitas ó carlistas, y todos malos. En fin, con no promover disputas polí-

ticas, me evitaré cualquier disgusto y pasaré una noche agradable. Vamos, Gonzalez, á reunirnos al cura.

Diciendo esto, puse mi caballo á galope, y un minuto despues llegamos adonde nos aguardaban el eclesiásco y su mozo.

Adelantóse el primero con exquisita finura, y quitándose su sombrero de paja me saludó cortesmente.

—Señor capitan, me dijo, en todo tiempo tengo el mayor placer en ofrecer mi humilde hospitalidad á los peregrinos que una rara casualidad suele traer á estas montañas; pero en esta noche, es doble mi regocijo, porque es una noche sagrada para los corazones cristianos, y en la cual el deber há de cumplirse con entusiasmo: es la Noche-buena, señor.

Dí las gracias al buen sacerdote por su afectuosidad, y acepté desde luego oferta tan lisonjera.

Tengo una casa cural muy modesta, añadió, como que es la casa de un cura de aldea, y de aldea pobrísima. Mis feligreses viven con el producto de un trabajo ímprobo y no siempre fecundo. Son labradores y ganaderos, y á veces su cosecha y sus ganados apenas les sirven para sustentarse. Así es que mantener á su pastor es una carga demasiado pesada para ellos; y aunque yo procuro aligerarla lo más que me es posible, no alcanzan á darme todo lo que quisieran, aunque por mi parte tengo todo lo que necesito y aun me sobra. Sin embargo, me es preciso anticipar á vd. esto, señor capitan, para que disimule mi escasez, que, con todo, no será tanta que no pueda yo ofrecer á vd. una buena lumbre, una blanda cama y una cena hoy muy apetitosa, gracias á la fiesta.

—Yo soy soldado, señor cura, y encontraré demasia-

do bueno cuanto usted me ofrezca, acostumbrado como estoy á la intemperie y á las privaciones. Ya sabe usted lo que es esta dura profesion de las armas y por eso omito un discurso que ya antes hizo D. Quijote en un estilo que me seria imposible imitar.

Sonrió el cura al escuchar aquella alusion al libro inmortal que siempre será caro á los españoles y á sus descendientes, y así en buen amor y compañía continuamos nuestros camino, platicando sabrosamente.

Cuando nuestra conversacion se habia hecho más confidencial, díjele que tendria gusto en saber, si no habia inconveniente en decírmelo, cómo habia venido á México, y por qué él, español y que parecia educado esmeradamente, se habia resignado á vivir en medio de aquellas soledades, trabajando con tal rudeza y no teniendo por premio sino una situacion que rayaba en miseria.

Contestóme que con mucho placer satisfaria mi curiosidad, pues no habia nada en su vida que debiera ocultarse; y que por el contrario, justamente para deshacer en mi ánimo la prevencion desfavorable que pudiera haberme producido el saber que era español y cura, pues conocia bastantemente nuestras preocupaciones, á ese respecto, muy justas algunas veces, se alegraba de poder referirme en los primeros instantes de nuestro conocimiento algo de su vida, mientras llegábamos al pueblecillo, que ya estaba próximo.

V.

—Vine al país de usted, me dijo, muy jóven y destinado al comercio, como muchos de mis compatriotas. Tenia yo un tio en México bastante acomodado, el cual me colocó en una tienda de ropas; pero notando algunos meses despues de mi llegada que aquella ocupacion me repugnaba sobre manera, y que me consagraba con más gusto á la lectura, sacrificando á esta inclinacion aun las horas de reposo, preguntóme un dia si no me sentia yo con más vocacion para los estudios. Le respondí, que en efecto la carrera de las letras me agradaba más; que desde pequeño soñaba yo con ser sacerdote, y que si no hubiese tenido la desgracia de quedar huérfano de padre y madre en España, habria quizás logrado los medios de alcanzar allá la realizacion de mis deseos. Debo decir á vd. que soy oriundo de la provincia de Alava, una de las tres vascongadas, y mis padres fueron honradísimos labradores, que murieron

teniendo yo muy pocos años, razon por la cual una tia á cuyo cargo quedé se apresuró á enviarme á México, donde sabia que mi susodicho tio habia reunido, merced á su trabajo, una regular fortuna. Este generoso tio escuchó con sensatez mi manifestacion, y se apresuró á colocarme con arreglo á mis inclinaciones. Entré en un colegio, donde, á sus expensas, hice mis primeros estudios con algun provecho. Despues, teniendo una alta idea de la vida monacal, que hasta allí solo conocia por los elogias interesados que de ella se hacian y por la poética descripcion que veia en los libros religiosos, que eran mis predilectos, me puse á pensar sériamente en la eleccion que iba á hacer de la Orden regular en que debia consagrarme á las tareas apostólicas, sueño acariciado de mi juventud; y despues de un detenido exámen me decidí á entrar en la religion de los Carmelitas descalzos. Comuniqué mi proyecto á mi tio, quien lo aprobó y me ayudó á dar los pasos necesarios para arreglar mi aceptacion en la citada Orden. A los pocos meses era yo fraile; y previo el noviciado de rigor, profesé y recibí las órdenes sacerdotales, tomando el nombre de fray José de San Gregorio; nombre que hice estimar, señor capitan, de mis prelados y de mis hermanos todos, durante los años que permanecí en mi Orden, que fueron pocos.

Residí en varios conventos, y con gran placer recuerdo los hermosos dias de soledad que pasé en el pintoresco Desierto de Tenancingo, en donde solo me inquietaba la amarga pena de ver que perdia en el ócio una vida inútil, el vigor juvenil que siempre habia deseado consagrar á los trabajos de la propaganda evangélica.

Conocí entonces, como usted supondrá, lo que verdaderamente valian las órdenes religiosas en México; comprendí, con dolor, que habian acabado ya los bellos tiempos en que el convento era el plantel de heróicos misioneros que á riesgo de su vida se lanzaban á regiones remotas á llevar con la palabra cristiana la luz de la civilizacion, y en que el fraile era, no el sacerdote ocioso que veia trascurrir alegremente sus dias en las comodidades de una vida sedentaria y regalada, sino el apóstol laborioso que iba á la mision lejana á ceñirse la corona de las victorias evangelicas, reduciendo al cristianismo á los pueblos salvajes, ó la del martirio, en cumplimiento de los preceptos de Jesus.

Varias veces rogué á mis superiores que me permitieran consagrarme á esta santa empresa, y en tantas obtuve contestaciones negativas y aun extrañamientos, porque se suponian opuestos á la regla de obediencia mis entusiastas propósitos. Cansado de inútiles súplicas, y aconsejado por piadosos amigos, acudí á Roma pidiendo mi exclaustracion, y al cabo de algun tiempo el Papa me la concedió en un Breve, que tendré el placer de enseñar á vd.

Por fin iba á realizar la constante idea de mi juventud; por fin iba á ser misionero y mártir de la civilizacion cristiana. Pero ¡ay! el Breve pontificio llegó en un tiempo en que atacado de una enfermedad que me impedia hacer largos viajes, solo me dejaba la esperanza de diferir mi empresa para cuando hubiese conseguido la salud.

Esto hace tres años. Los médicos opinaron que en este tiempo podia yo sin peligro inmediato consagrarme á las misiones lejanas, y entretanto, me aconsejaron

que dedicándome á trabajos menos fatigosos, como los de la cura de almas en un pueblo pequeño y en un clima frio, procurase conjurar el riesgo de una muerte próxima.

Por eso mi nuevo prelado secular me envió á esta aldea, donde he procurado trabajar cuanto me ha sido posible, consolándome de no realizar aun mis proyectos, con la idea de que en estas montañas tambien soy misionero, pues sus habitantes vivian, antes de que yo viniese, en un estado muy semejante á la idolatría y á la barbarie. Yo soy aquí cura y maestro de escuela, y médico y consejero municipal. Dedicadas estas pobres gentes á la agricultura y á la ganadería, solo conocian los principios que una rutina ignorante les habia trasmitido, y que no era bastante para sacarlos de la indigencia en que necesariamente debian vivir, porque el terreno por su clima es ingrato, y por su situacion léjos de los grandes mercados, no les produce lo que era de desear. Yo les he dado nuevas ideas, que se han puesto en práctica con gran provecho, y el pueblo va saliendo poco á poco de su antigua postracion. Las costumbres, ya de suyo inocentes, se han mejorado: hemos fundado escuelas, que no habia, para niños y para adultos: se ha introducido el cultivo de algunas artes mecánicas, y puedo asegurar á usted, que sin la guerra que ha asolado á toda la comarca, y que aun la amenaza por algun tiempo, si el cielo no se apiada de nosotros, mi humilde pueblecito llegará á disfrutar de un bienestar que ántes se creia imposible.

En cuanto á mí, señor, vivo feliz, cuanto puede serlo un hombre, en medio de gentes que me aman como á un hermano; me creo muy recompensado de mis po-

bres trabajos con su cariño, y tengo la conciencia de no serles gravoso, porque vivo de mi trabajo, no como cura, sino como cultivador y artesano; tengo poquísimas necesidades y Dios provée á ellas con lo que me producen mis afanes. Sin embargo, seria ingrato si no reconociese el favor que me hacen mis feligreses en auxilar mi pobreza con donativos de semillas y de otros efectos que, sin embargo, procuro que ni sean frecuentes ni costosos, para no causarles con ellos un gravámen que justamente he querido evitar, suprimiendo las obvenciones parroquiales, usadas generalmente.

—¿De manera, señor cura, le pregunté, que usted no recibe dinero por bautizos, casamientos, misas y entierros?

—No, señor, no recibo nada, como va usted á saberlo de boca de los mismos habitantes. Yo tengo mis ideas, que ciertamente no son las generales; pero que practico religiosamente. Yo tengo para mí que hay algo de simonía en estas exigencias pecuniarias, y si conozco que un sacerdote que se consagra á la cura de almas, debe vivir de algo, considero tambien que puede vivir sin exigir nada, y contentándose con esperar que la generosidad de los fieles venga en auxilio de sus necesidades. Así creo que lo quiso Jesucristo, y así vivió él; ¿por qué, pues, sus apóstoles no habian de contentarse con imitar á su Maestro, dándose por muy felices de poder decir que son tan ricos como él?

Y no pude contenerme al oir esto; y deteniéndo mi caballo, quitándome el sombrero, y no ocultándo mi emocion, que llegaba hasta las lágrimas, alargué una mano al buen cura, y le dije:

—Venga esa mano, señor, usted no es un fraile, si-

no un apóstol de Jesus. . . .Me ha ensanchado usted el corazon; me ha hecho usted llorar. No creia yo que existiera un solo sacerdote así en México; jamás he oido hablar á un hombre de sotana ó de hábito, como usted acaba de hacerlo. Señor, le diré á usted francamente y con mi rudeza militar y republicana, yo he detestado desde mi juventud á los frailes y á los clérigos; les he hecho la guerra; la estoy haciendo todavia en favor de la Reforma, por que he creido que eran una peste; pero si todos ellos, fuesen como usted, señor, ¿quién seria el insensato que se atreviese, no digo á esgrimir su espada contra ellos, pero ni aun á dejar de adorarlos? ¡Oh, señor! yo soy lo que el clero llama un herege, un impío, un sansculote; pero yo aquí digo á usted, en presencia de Dios, que respeto las verdaderas virtudes cristianas, como jamás las ha respetado fanático ó sayon reaccionario alguno. Así, venero la religion de Jesucristo, como usted la practica, es decir, como él la enseñó, y no como la practican en todas partes. ¡Bendita Navidad esta que me reservaba la mayor dicha de mi vida, y es el haber encontrado á un discípulo del sublime Misionero, cuya venida al mundo se celebra hoy! Y ¡yo venia triste, recordando las Navidades pasadas en mi infancia y en mi juventud, y sintiéndome desgraciado por verme en estas montañas solo con mis recuerdos! ¿Qué valen aquellas fiestas de mi niñez, solo gratas por la alegria tradicional y por la presencia de la familia? ¿Qué valen los profanos regocijos de la gran ciudad, que no dejan en el espíritu sino una pasajera impresion de placer? ¿Qué vale todo eso en comparacion de la inmensa dicha de encontrar la virtud cristiana, la buena, la santa, la modesta, la

práctica, la fecunda en beneficios? Señor cura, permítame usted apearme y darle un abrazo y protestarle que amo al cristianismo cuando lo encuentro tan puro como en los primeros y hermosos dias del Evangelio.

El cura se bajó tambien de su pobre caballejo, y me abrazó llórando y sorprendido de mi arranque de sincera franqueza. No podia hablar por su emocion, y apenas pudo murmurar, al estrecharme contra su corazon:

—Pero, señor capitan. . . .yo no merezco. . . .yo creo que cumplo. . . .esto es muy natural; yo no soy nada..... ¡qué he de ser yo! ¡Jesucristo! ¡Dios! ¡el pueblo!

VI.

Después de este abrazo volvimos á montar á caballo, y continuamos nuestro camino en silencio, porque la emocion nos embargaba la voz.

La oscuridad se habia hecho mas densa; pero yo veia en el cura, cuyo semblante aun no conocia, algo lumi-

noso; tan cierto es que la simpatia y la admiracion se complacen en revestir á la persona simpática y admirada con los atractivos de la Divinidad.

Iba yo repasando en mi memoria los hermosos tipos ideales del buen sacerdote moderno, que conocia solo en las leyendas, y á los cuales se parecia mi compañero de camino, y no recordaba mas que á dos con los cuales tuviera una extraña semejanza. El uno era el virtuoso *Vicario de Aldea*, de Enrique Zschokke, cuyo diario habia leido siempre con lágrimas, porque el ilustre escritor suizo ha sabido depositar en él raudales de imnensa ternura y de dulcísima resignacion.

El otro era el *P. Gabriel*, de Eugenio Süe, que este fecundo novelista ha sabido hacer popular en el mundo entero con su famoso *Judio Errante*. En aquella época aun no habia publicado Victor Hugo sus *Miserables*, y por consiguiente no habia yo admirado la hermosa personificacion de Monseñor Myriel, que tantas lágrimas de cariño ha hecho derramar despues. Verdad es que conocia la historia de varios célebres misioneros cuyas virtudes honraban al cristianismo; pero siempre encontraba en su carácter un lunar que me hacia perder en parte mi entusiasta veneracion hácia ellos. Solo habia podido, pues, admirar en toda su plenitud á los personajes ideales que he mencionado. Así es que el haber encontrado en medio de aquellas montañas al hombre que realizaba el sueño de los poetas cristianos y al verdadero imitador de Jesus, me parecia una agradabilísima pero fugaz ilusion, hija de mi imaginacion solitaria y entristecida por los recuerdos. Y sin embargo, no era así; el sacerdote existia, me habia hablado, caminaba junto á mí, y pronto iba á confirmar con mis

propias observaciones la idea que acababa de darme de su carácter asombroso, en pocas palabras dichas con una sencillez y una sinceridad tanto más incuestionables, cuanto que ningun interes podia tener en aparecer de tal modo á los ojos de un viajero pobre, militar subalterno é insignificante. Cansado estaba yo, al contrario de encontrarme por ahí en los diversos pueblos que habia recorrido con las tropas ó solo, con párrocos alegres y vividores, de esos que se llaman á sí mismos *campechanos*, que habian creido halagarme, en mi calidad de soldado y de hombre de mundo, haciéndome participar de las dulzuras y placeres de una vida profana, alegre y libertina. Nada, pues, tenia de comun el carácter de este buen sacerdote con los que yo habia conocido por donde quiera. Todas estas razones produjeron en mi ánimo la estupefaccion que es de suponerse y que me hacia caminar al lado del cura con una alegria mezclada de incredulidad: si álguien hubiese venido á contarme que existia en un rincon de la República, á la sazon agitada por las pasiones del clero, un sacerdote como el que yo me habia encontrado, francamente, lo habria creído con suma dificultad. [1]

1 El carácter cuyo bosquejo he diseñado en este artículo, es rigurosamente histórico, y lo declaro aquí para que no se me acuse de haber querido crear á mi vez un personaje fantástico, semejante en algo á los que menciono arriba y que son tan conocidos en el mundo civilizado. El virtuosísimo sacerdote, cuyo nombre en la religion del Cármen fué el mismo que yo he escrito, y que dejó en el seno de aquella religion, hoy extinguida, los más santos recuerdos, volvió á tomar, al secularizarse, su nombre de fami-

VII

De repente, y al desembocar de un pequeño cañon que formaban dos colinas, el pueblecillo se apareció á nuestra vista, como una faja de rojas estrellas en medio de la oscuridad, y el viento de invierno pareció suavizarse para traernos en sus alas el vago aroma de los huertos, el rumor de las gentes y el simpático ladrido de los perros, ladrido que siempre escucha el caminante durante la noche con intensa alegría.

—Ahí tiene vd. mi pueblo, señor capitan, me dijo el cura.

lia que creo conveniente no revelar por hoy, hasta que publique yo un estudio biográfico que tengo escrito hace algunos años. El digno cura ha muerto hace tiempo; pero su memoria vive venerada cada dia más en el corazon de los que supieron apreciar sus rarísimas virtudes.

—Me parece muy pintoresco, le contesté, á juzgar por la posicion de las luces, y por el aire balsámico que nos llega y que revela que allí hay pequeños jardines.

—Sí, señor; los hay muy bonitos. Como el clima es muy frio y el terreno bastante ingrato, los habitantes se limitaban, ántes de que yo llegara aquí, á cultivar algunos pobres árboles que no les servian mas que para darles sombra: unas cuantas y tristes flores nacian enfermizas en los cercados, y en vano se hubiera buscado en las casas la mas comun hortaliza para una ensalada ó para un puchero. Los alimentos se reducian á tortillas de maíz, frijol, carne y queso; lo bastante para no morirse de hambre, y aun para vivir con salud; pero no para hacer más agradable la vida con algunas comodidades tan útiles como inocentes.

Yo les insinué algunas mejoras en el cultivo; hice traer semillas y plantas propias para el clima, y como los vecinos son laboriosísimos, ellos hicieron lo demas. Jamas un hombre fué mejor comprendido que lo fuí yo; y era de verse, el primer año, cómo hombres, mujeres, ancianos y niños, á porfia, cambiaban el aspecto de sus casas, ensanchaban sus corrales, plantaban árboles en sus huertos, y aprovechaban hasta los mas humildes rincones de tierra vegetal para sembrar allí las mas hermosas flores y las mas raras hortalizas.

Un año despues, el pueblecito, ántes árido y triste, presentaba un aspecto risueño. Hubiérase dicho que se tenia á la vista una de esas alegres aldeas de la Saboya ó de mis queridos Pirineos, con sus cabañas de paja ó con sus techos rojos de teja, sus ventanas azules y sus paredes adornadas con cortinas de trepadoras, sus patios llenos de árboles frutales, sus callecitas si-

nuosas, pero aseadas, sus granjas, sus queseras y su gracioso molino. Su iglesita pobre y linda, si bien está escasa de adornos de piedra y de altivos pórticos, tiene en cambio en su pequeño atrio, esbeltos y coposos árboles; las mas bellas parietarias enguirnaldan su humilde campanario con sus flores azules y blancas; su techo de paja presenta con su color oscuro, salpicado por el musgo, una vista agradable; la cerca del atrio es un rústico enverjado formado por los vecinos con troncos de encina, en los que se ostentan familias enteras de orquideas, que hubieran regocijado al buen baron de Humboldt y al modesto y sabio Bompland; y el suelo ostenta una rica alfombra de caléndulas silvestres, que fueron á buscarse entre las mas preciosas de la montaña. En fin, señor, la vegetacion, esa incomparable arquitectura de Dios, se ha encargado de embellecer esa casa de oracion, en la que el alma debe encontrar por todas partes motivos de agradecimiento y de admiracion hácia el Creador.

De este modo, el trabajo lo ha cambiado todo en el pueblo; y sin la guerra, que ha hecho sentir hasta estos desiertos su devastadora influencia, ya mis pobres feligreses, menos escasos de recursos, habrian mejorado completamente de situacion; sus cosechas les habrian producido mas, sus ganados, notablemente superiores á los demas del rumbo, habrian tenido más valor en los mercados, y la recompensa habria hecho nacer el estímulo en toda la comarca, todavía demasiado pobre.

Pero ¿qué quiere vd? Los trigos que comienzan á cultivarse en nuestro pequeño valle, necesitan un mercado próximo para progresar, pues hasta ahora la cosecha

que se ha levantado, solo ha servido para el alimento de los vecinos.

Yo estoy contento, sin embargo, con este progreso, y la primera vez que comí un pan de trigo y maíz, como en mi tierra natal, lloré de placer, no solo porque eso me traia á la memoria los tiernos recuerdos de la patria, sino porque comprendí que con este pan, más sano que la tortilla, la condicion física de estos pueblos iba á mejorar tambien: ¿no opina vd. lo mismo?

—Seguramente: yo creo, como todo el que tiene buen sentido, que la buena y sana alimentacion es ya un elemento de progreso.

—Pues bien, continuó el cura; yo, con el objeto de establecer aquí esa importantísima mejora, he procurado que hubiese un pequeño molino, suficiente, por lo pronto, para las necesidades del pueblo. Uno de los vecinos más acomodados tomó por su cuenta realizar mi idea. El molino se hizo, y mis feligreses comen hoy pan de trigo y de maíz. De esta manera he logrado abolir para siempre esa horrible tortura que se imponian las pobres mujeres, moliendo el maíz en la piedra que se llama *metate;* tortura que las fatiga durante la mayor parte del dia, robándoles muchas horas que podian consagrar á otros trabajos, y ocasionándoles muchas veces enfermedades dolorosas, aparte de la incomodidad que sufren cuando se hallan en cinta ó aun criando á sus niños.

Al principio he encontrado resistencias, provenidas de la costumbre inveterada, y aun del amor propio de las mujeres, que no querian aparecer como perezosas, pues aquí, como en todo los pueblos pobres de México, y particularmente los índigenas, una de las grandes

recomendaciones de una doncella que va á casarse, es la de que *sepa moler*, y esta será tanto mayor, cuanta mayor sea la cantidad de maíz que la infeliz reduzca á tortillas. Así se dice: *Fulana es muy mujercita, pues muele un almud ó dos almudes, sin levantarse.* Ya usted supondrá que las pobres jóvenes, por obtener semejante elogio, se esfuerzan en tamaña tarea, que llevan á cabo sin duda alguna, merced al vigor de su edad, pero que no hay organizacion que resista á semejante trabajo, y sobre todo, á la penosa posicion en que se ejecuta. La cabeza, el pulmon, el estómago, se resienten de esa inclinacion constante de la *molendera*, el cuerpo se deforma y hay otras mil consecuencias que el menos perspicaz conoce. Así es que mi molino ha sido el redentor de estas infelices vecinas, y ellas lo bendicen cada dia, al verse hoy libres de su antiguo sacrificio, cuyos funestos resultados comprenden hasta ahora, al observar el estado de su salud, y al aprovechar el tiempo en otros trabajos.

Como el cultivo del trigo, se ha introducido el de otros cereales no menos útiles, y con igual prontitud. He traido tambien *pacholes* de algunas *leguminosas* que he encontrado en la montaña, y con las cuales la benéfica naturaleza nos habia favorecido, sin que estos habitantes hubiesen pensado en aprovecharlas.

En cuanto á árboles frutales, ya los verá vd. mañana. Tenemos manzanas, perales, cerezos, albaricoqueros, castaños, nogales y almendros, y eso en casi todas las casas: algunos vecinos han plantado pequeños viñedos, y yo estoy ensayando ahora una plantacion de moreras y de madroños, para saber si podrá establecerse el cultivo de los gusanos de seda. En fin, se ha hecho lo po-

sible; y no contento yo con realizar mis propias ideas, pregunto á las personas sensatas, y escucho sus opiniones con gusto y respeto. Usted se servirá darme la suya despues de visitar mi pueblo.

—Con mucho gusto, señor, á pesar de mi ignorancia suma. Mi buen sentido y mi experiencia por mis viajes son lo único que puede permitirme hacer á vd. algunas indicaciones ¿Y en cuanto á ganados?

—Estos montañeses los poseian en pequeña cantidad, y en su mayor parte vacuno. Ahora se consagran con más empeño al ganado menor. Se han traido algunos merinos; se han propagado fácilmente, y ya existen rebaños bastante numerosos, que se aumentan cada dia en razon de que no se consumen para el alimento diario.

—¿No gusta aquí esa carne?

—Poco: diré á vd. francamente, soy yo quien no gusta de comer carne; y como mis pobres feligreses se han acostumbrado por simpatía á amoldarse á mis gustos, ellos tambien van quitándose la costumbre, sin que por eso les diga yo sobre ello una sola palabra. Por eso verá usted tambien en el pueblo, relativamente, pocas aves de corral. Pongo yo poco empeño en la propagacion de esas desgraciadas victimas del apetito humano. En general, yo prefiero la agricultura, y solo cuido con esmero á los animales que ayudan al hombre en los rudos y santos trabajos del campo. Así, los bueyes que hay en el pueblo son quizás los más robustos y los mejores del rumbo, porque son tambien los mejor cuidados. Los mulos y los caballos son ligeros y robustos, como conviene á un país montañoso; aunque á decir verdad, hay más de los primeros que de los segundos,

porque sirven aquellos para cargar las mieses que se conducen por nuestros escabrosos caminos; pero estos no son útiles mas que para algunos enfermos como yo, ó para las mujeres, pues los habitantes prefieren andar á pié, en lo cual hacen muy bien.

—Señor cura, le dije, estoy muy contento de oir á usted, y me parece admirable la rapidez con que usted ha cambiado la faz de estos pobres lugares.

—La religion, señor capitan, la religion me ha servido de mucho para hacer todo esto. Sin mi carácter religioso quizás no habria yo sido escuchado ni comprendido. Verdad es que yo no he propuesto todas esas reformas en nombre de Dios, ni fingiéndome inspirado por él: mi dignidad se opone á esta supercheria; pero evidentemente mi carácter de sacerdote y de cura, daba una autoridad á mis palabras, que los montañeses no habrian encontrado en la boca de una persona de otra clase.

Ademas, ellos han tenido ocasion todos los dias de conocer la sinceridad de mis consejos, y esto me ha servido muchísimo para lograr mi principal objeto, que es el de formar su carácter moral; porque yo no pierdo de vista que soy, ante todo, el misionero evangélico. Solo que yo comprendo así mi cristiana mision: Debo procurar el bien de mis semejantes por todos los medios honrados; á ese fin debo invocar la religion de Jesus como causa, para tener la civilizacion y la virtud como resultado preciso: el Evangelio no solo es la Buena-Nueva bajo el sentido de la conciencia religiosa y moral, sino tambien bajo el punto de vista de bienestar social. La bella y santa idea de la Fraternidad humana en todas sus aplicaciones, debe encontrar en el

misionero evángelico su más entusiasta progandista; y así es como este apóstol logrará llevar á los altares de un Dios de paz á un pueblo dócil, regenerado por el trabajo y por la virtud, al campo y al taller, á un pueblo inspirado por la idea religiosa que le ha impuesto, como una ley santa, la ley del trabajo y de la hermandad.

—Señor cura, volví á decir entusiasmado, usted es un demócrata verdadero!

El cura me miró sonriendo á la luz de la primera fogata que los alegres vecinos habian encendido á la entrada del pueblo y que atizaban á la sazon tres chicuelos.

—Demócrata ó discípulo de Jesus, ¿no es acaso la misma cosa?.... me contestó.

—¡Oh! tiene usted razon, tiene usted razon; pero no es así como se piensa allá en otras partes. ¡Dios mio! ¡qué bendita Navidad esta que me ha hecho encontrar lo que me habia parecido un sueño de mi juventud entusiasta!

VIII.

Pero los chicos, luego que vieron al cura, vinieron á saludarlo alegremente, y luego corrieron al centro del pueblecillo gritando:

—¡El hermano cura! ¡el hermano cura!

—¡El hermano cura! repetí yo con extrañeza; ¡qué raro! ¿Es así como llaman aquí á su párroco?

—No, señor, me respondió el sacerdote, antes le llamaban aquí, como en todas partes, el *señor cura;* pero á mí me desagrada esa fórmula, demasiado altisonante, y he rogado á todos que me llamen el *hermano cura:* esto me da mayor placer.

—Es usted completo. ¡Y yo que he venido llamando á usted el señor cura!

—Pues bien: está vd. perdonado, con tal de que siga llamándome su amigo nada más.

Yo apreté la mano de aquel hombre honrado y humilde, y me aparté un poco para dejar á la gente que habia acudido á su encuentro, saludarlo á todo su sabor. De paso noté que esta gente no mostraba en su respeto hácia el cura esa bajeza servil, que una costumbre idólatra ha establecido en casi todos los pueblos. Los ancianos le abrazaban (pues se habia bajado del caballo) con ternura paternal, y él era quien los saludaba con veneracion; los hombres le hablaban como á un hermano, y los chicos como á un maestro. En todos se notaba una afectuosa y sincera familiaridad.

Al llegar á su casita, que estaba, como es costumbre, junto á la pequeña iglesia parroquial, y en lo que podia llamarse placita, el cura, enseñándome una bella casa grande, la más bella quizás del pueblo, me dijo:

—¡Ahí tiene usted nuestra escuela!

Y como yo me mostrara un poco admirado de verla tan bonita y aseada, revelando luego que era el edificio predilecto de los vecinos, observé en éstos, al felicitar-

los, un sentimiento de justísimo orgullo. El más viejo de los que estaban cerca, me dijo:

—Señor, es *él* quien merece la enhorabuena; por *él* la tenemos, y por *él* saben leer nuestros hijos. Cuando nosotros la levantamos, aconsejados por él, y la concluimos, al verla tan nueva y tan linda, le propusimos que se fuera á vivir en ella, porque le debemos muchos beneficios, y que nos dejara el curato para la escuela pero se enfadó con nosotros y nos preguntó que si él valia acaso más que los niños del pueblo, y que si necesitaba ocupar tantas piezas él solo. Nos avergonzamos y conocimos nuestro disparate. Es muy bueno el hermano cura, ¿no le parece á usted?

Yo fuí á abrazar al cura en silencio y más conmovido que nunca.

Entramos por fin en la casa del curato, que era pequeña y modesta; pero muy aseada y embellecida con un jardincillo, provista de una cuadra y de un corral. La gente se detuvo en la puerta. Dentro aguardaban al cura, el alcalde con algunos ancianos y algunas mujeres de edad. El cura se quitó el sombrero delante del alcalde, dando así un ejemplo del constante respeto que debe tenerse á la autoridad, emanada del pueblo; saludó cariñosamente á las viejas vecinas, y entró conmigo y los hombres á su saloncito, que no era más grande que un cuarto comun. Pero antes de entrar, una de las viejas, robusta y venerable vecina, que revelaba en su semblante bondadoso una grande pena, detuvo al cura, y le preguntó en voz baja:

—Hermano cura, ¿lo ha visto vd. por fin? ¿Está más aliviado? ¿vendrá esta noche?

—¡Ah! sí, Gertrúdis, respondió el cura; se me olvi-

daba.... lo ví, hablé con él, está triste, muy triste; pero vendrá, me lo ha prometido.

—Pues voy á avisárselo á Cármen para que se alegre, replicó la anciana.... ¡si viera usted cómo ha llorado, hermano cura, temiendo que no viniera! ¡Pobre muchacha!

—Que no tenga cuidado, Gertrúdis, que no tenga cuidado.

—Aquí hay algo de amor, amigo mio, me atreví á decir al cura.

—Sí, me dijo éste con aire tranquilo: ya lo sabrá usted esta noche: es una pequeña novela de aldea, un idilio inocente como una flor de la montaña; pero en el que se mezcla el sufrimiento que está atormentando dos corazones. Usted me ayudará á llevar á buen término el desenlace de esa historia esta misma noche.

—¡Oh! con mucho gusto: nada podria halagar tanto mi corazon; tambien yo he amado y he sufrido, dije acordándome súbitamente de lo que habia olvidado durante tantas horas, merced á los recuerdos de Navidad y á la conversacion del cura. ¡Yo tambien llevo en el alma un mundo de recuerdos y de penas! ¡Yo tambien he amado! repetí.

—Es natural.... dijo tambien suspirando el cura, é inclinando con melancolía su frente pensadora, surcada por arrugas precoces.

Aquello me puso silencioso, y así tomé asiento junto á un buen fuego que ardia en la humilde chimenea del saloncito.

IX.

Hasta entonces pude examinar completamente la persona del cura. Parecia tener como treinta y seis años; pero quizás sus enfermedades, sus fatigas y sus penas eran causa de que en su semblante, franco y notable por su belleza varonil, se advirtiese un no sé qué de triste, que no alcanzaban á disipar ni la dulzura de su sonrisa, ni la tranquilidad de su acento, hecho para conmover y para convencer.

Quizás yo me engaño en esto, y mi preocupacion haya sido la que puso para mis ojos, en la frente y en la mirada del cura, esa nube de melancolía de que acabo de hablar.

Es que yo no puedo figurarme jamas á un pensador, sin suponerlo desgraciado en el fondo. Para mí el talento elevado, siempre es presa de dolores íntimos, por más que ellos se oculten en los recónditos pliegues de un carácter sereno. La energia moral, por victoriosa que salga de sus luchas con los obstáculos de la suerte y con las pasiones de los hombres, siempre queda he-

rida de esa enfermedad incurable que se llama la tristeza; enfermedad que no siempre conocemos, porque no nos es dado contemplar á veces á los grandes caractéres en sus momentos de soledad, cuando dejan descubierta el alma en la sombra del misterio.

El cura era indudablemente uno de esos personajes raros en el mundo, y por eso yo no lo creia feliz. Hubiera sido imposible para mí, despues de haberlo escuchado, considerarlo como una de esas medianías que encuentran motivos de dicha en todas partes.

Continuando mi exámen, ví que era robusto, más bien por el ejercicio que por la alimentacion. Sus miembros eran musculosos, y su cuerpo, en general, conservaba la ligereza de la juventud. Sobre todo, lo que llamaba mi atencion de una manera particular, era su frente elevada y pensativa, como la frente de un profeta, y que aun estaba coronada por espesos cabellos de un rubio pálido: era la mirada tranquila y dulce de sus ojos azules, que parecian estar contemplando siempre el mundo de lo ideal: era su nariz, ligeramente aguileña, y que revelaba una gran firmeza de carácter. Todo este conjunto de facciones acentuadas y de un aspecto extraordinario, estaba corregido por una frecuente sonrisa, que apareciendo en unos labios bermejos y ligeramente sombreados por la barba, y de unos dientes blanquísimos, daba al semblante de aquel hombre un aire profundamente simpático, pero netamente humano.

Su traje era modestísimo, casi pobre, y se limitaba á chaqueta, chaleco y pantalon negros, de paño ordinario, sobre todo lo cual vestia, quizás á causa de la estacion, un redingote de paño más grueso y del mismo color.

Cuando acabó de hablar con el alcalde, se levantó,

y haciéndome una seña me presentó á aquel honrado personaje, á quien no solamente saludé, sino que, en cumplimiento de mis deberes militares, me presenté oficialmente; habiéndome excusado él con suma bondad de la fórmula de presentacion en la casa municipal esa noche, aunque ofrecí poner en sus manos mi pasaporte al dia siguiente.

Despues, el cura me presentó á un sugeto que habia estado hablando con él, juntamente con el alcalde, y cuya inteligente fisonomía me habia llamado ya la atencion.

—El señor, me dijo el cura, es el preceptor del pueblo, de quien yo soy ayudante; pero todavía más, amigo intimo, hermano.

—Es mi maestro, señor capitan, se apresuró á añadir el preceptor. Yo le debo lo poco que sé; y le debo más, la vida.

—Chist. . . . replicó el cura; usted es bueno y exagera los oficios de mi amistad. Pero usted está fatigado, capitan, y preciso será tomar un refrigerio, sea que quiera usted dormir, ó bien acompañarmos en la cena de Navidad. Yo no lo acompañaré á usted, porque tengo que decir la *misa de gallo:* ya sabe usted, costumbres viejas, y que no encuentro inconveniente en conservar, puesto que no son dañosas. Aquí no hay desórdenes á propósito de la gran fiesta cristiana y de la misa. Nos alegramos como verdaderos cristianos.

Guióme entonces el cura á un pequeño comedor, en el que tambien ardia un agradable fuego, y allí nos acompañó al preceptor y á mí mientras que tomábamos una merienda frugal, pues no quise privarme del

placer de hacer los honores á la tradicional cena de Navidad.

Despues, dejándome reposar un rato, salió con el preceptor á preparar en la iglesia todo lo necesario para el oficio.

Cuando volvió, me invitó á dar una vuelta por la placita, en que se habia reunido alguna gente en derredor de los tocadores de arpa, y al amor de las hermosas hogueras de pino que se habian encendido de trecho en trecho.

La plazoleta presentaba un aspecto de animacíon y de alegria que producian una impresion grata. Los arpistas tocaban sonatas populares y los mancebos bailaban con las muchachas del pueblo. Las vendedoras de buñuelos y de bollos con miel y castañas confitadas, atraian á los compradores con sus gritos frecuentes, miéntras que los muchachos de la escuela formaban grandes corros para cantar villancicos, acompañándose de panderetas y pitos, delante de los pastores de las cercanías y demas montañeses que habian acudido al pueblo para pasar la fiesta.

Nos acercamos al más grande de estos corros, y á la luz de la hoguera pude ver rostros y personajes verdaderamente dignos de Belen, y que me recordaron el hermoso cuadro del *Nacimiento de Jesus*, de nuestro Cabrera, que decora la sacristía de Tasco. En efecto, esas cabezas rudas, morenas y enérgicamente acentuadas, con sus flotantes cabelleras grises y sus largas barbas; esas sonrisas bonachonas y esos brazos nervudos apoyándose en el cayado, parecen ser el modelo que sirvió á nuestro famoso pintor para su *Adoracion de los Pastores.* Y junto á ellos, y haciendo contraste, las mu-

chachas del pueblo con su fisonomía dulce, sus mejillas sonrosadas y su traje pintoresco; y los niños con su semblante alegre, sus carrillos hinchados para tocar los pitos, ó sus bracitos agitados tocando los panderos; todo aquello me pareció un sueño de Navidad.

El cura notó mi curiosidad y me dijo:

—Esos hombres son en efecto pastores de las cercanías, y pastores verdaderos, como los que aparecen en los idilios de Teócrito y en las Eglogas de Virgilio y de Garcilaso. Hacen una vida enteramente bucólica, y no vienen á poblado sino en las grandes fiestas, como la presente. A pocas leguas de aquí están apacentándose hoy sus numerosos rebaños, en los terrenos que les arriendan los pueblos cercanos. Estos rebaños se llaman *haciendas flotantes;* pertenecen á ricos propietarios de las ciudades, y muchas veces á un rico pastor que en persona viene á cuidar su ganado. Estos hombres son dependientes de esas haciendas y viven comunmente en las majadas que establecen en las gargantas de la sierra. Hoy han venido en mayor número, porque, como usted supondrá, la Noche-buena es su fiesta de familia. Ellos traen tambien sus arpas de una cuerda, sus zampoñas y sus tamboriles, y cantan con buena y robusta voz sus villancicos en la iglesia, aquí en la plaza y en la cena que es costumbre que dé el alcalde en su casa esta noche: justamente van á cantar, oígalos usted.

En efecto, los pastores se ponian de acuerdo con los muchachos para cantar sus villancicos, y preludiaban en sus instrumentos. Uno de los chicuelos cantaba un verso, y despues los pastores y los demas muchachos lo repetian acompañados de la zampoña, de la guitarra montañesa y de los panderos.

Hé aquí los que recuerdo, y que son conocidísimos y se han trasmitido de padres á hijos durante cien generaciones:

Pastores, venid, venid,
Veréis lo que no habeis visto,
En el portal de Belen,
El nacimiento de Cristo.

Los pastores daban saltos
Y bailaban de contento,
Al par que los angelitos
Tocaban los instrumentos.

Los pastores y zagalas
Caminan hácia el portal,
Llevando llenos de frutas
El cesto y el delantal.

Los pastores de Belen
Todos juntos van por leña
Para calentar al Niño
Que nació la Noche-buena.

La Vírgen iba á Belen;
Le dió el parto en el camino,
Y entre la mula y el buey
Nació el Cordero divino.

A las doce de una noche,
Que más feliz no se vió,

Nació en un Ave-María
Sin romper el alba, el Sol.

Un pastor, comiendo sopas,
En el aire divisó
Un angel que le decia:
Ya ha nacido el Redentor.

Todos le llevan al Niño;
Yo no tengo que llevarle;
Las alas del corazon
Que le sirvan de pañales.

Todos le llevan al Niño,
Yo tambien le llevaré
Una torta de manteca
Y un jarro de blanca miel.

Una pandereta suena,
Yo no sé por dónde va,
Camina para Belen
Hasta llegar el portal.

Al rüido que llevaba,
El Santo Jose salió;
No me desperteis al Niño
Que ahora poco se durmió.

Pero los siguientes, por su carácter melancólico, me agradaron mucho:

Una gitana se acerca
Al pié de la Vírgen pura,
Hincó la rodilla en tierra
Y le dijo la ventura.

"Madre del Amor hermoso,
Así le dice á María,
A Egipto irás con el Niño
Y José en tu compañía.

Saldrás á la media noche,
Ocultando al Sol divino;
Pasaréis muchos trabajos
Durante todo el camino.

Os irá bien con mi gente,
Os tratarán con cariño;
Los ídolos, cuando entréis,
Caerán al suelo rendidos.

Mirando al Niño divino
Le decia enternecida:
¡Cuánto tienes que pasar,
Lucerito de mi vida!

La cabeza de este Niño,
Tan hermosa y agraciada,
Luego la hemos de ver
Con espinas traspasada.

Las manitas de este Niño,
Tan blancas y torneadas,

Luego las hemos de ver
En una cruz enclavadas.

Los piececitos del Niño
Tan chicos y sonrosados,
Luego los hemos de ver
Con un clavo taladrados.

Andarás de monte en monte
Haciendo mil maravillas,
En uno sudarás sangre,
En otro darás la vida.

La mas cruel de tus penas
Te la predigo con llanto,
Será que en tus redimidos,
Señor, hallarás ingratos.

No parece sino que el poeta popular y desconocido que compuso este villancico de la gitanilla, quiso, á propósito del Niño Jesus, encerrar en una triste prediccion, la que ante la cuna de todos los niños puede hacerse de los sufrimientos que los esperan en la vida.

Y despues de versos tan melancólicos, los cantares concluyeron con éste que lo era más aún:

" La Noche-buena se viene,
La Noche-buena se va,
Y nosotros nos irémos
Y no volveremos más. "

—Todos estos villancicos antiguos son de origen español, dijo el cura, y yo advierto que la tradicion los conserva aquí constantemente como en mi país.[1] Respetables por su antigüedad y por ser hijos de la ternura cristiana, tal vez de una madre, poetisa desconocida del pueblo; tal vez de un niño, tal vez de infelices ciegos, pero de seguro, de esos trovadores oscuros que se pierden en el torbellino de los desgraciados, yo los oígo siempre con cariño, porque me recuerdan mi infancia. Pero desearia de buena gana que los sustituyeran con otros mas filosóficos, mas adecuados á nuestras ideas religiosas actuales, mas propios para inspirar en las masas, en esta noche, sentimientos no de una alegría ó de una ternura inútiles, sino de una caridad y una esperanza siempre fecundas en la conciencia de los pueblos. Pero no hay quien se consagre á esta hermosa poesía popular, tan sencilla como bella, y ademas seria preciso que el pueblo la aceptase gustoso, para que se pudiera generalizar y perpetuar.

1 En efecto, en casi todos los pueblos de la República se cantan en la Noche-buena estos villancicos, que ciertamente son de origen español. Puede verse todos reunidos en la preciosa coleccion de Cantos Pupulares, que ha publicado D. Emilio Lafuente Alcántara, académico de la Historia, con el título de *Cancionero popular*. Madrid—1865.

X.

—Pero hé ahí las once y media, dijo el cura al oir el alegre repique que anunciaba la *misa de gallo*. Si usted gusta, nos dirigirémos á la iglesia, que no tardará en llenarse de gente.

Así lo hicimos: el cura se separó de mí para ir á la sacristía á ponerse sus vestidos sacerdotales. Yo penetré en la pequeña nave por la puerta principal, y me acomodé, en un rincon, desde donde pude examinarlo todo. El templo, en efecto, era pequeño como me lo habia anunciado el cura: era una verdadera capilla rústica, pero me agradó sobremanera. El techo era de paja, pero las delgadas vigas que lo sostenian, colocadas simétricamente, y el tejido de blancos juncos que adhería á ellas la paja, estaba hecho con tal maestría por los montañeses, que presentaba un aspecto verdaderamente artístico. Las paredes eran blancas y lisas, y en las laterales, ademas de dos puertas de entrada, habia una hilera de grandes ventanas, todo lo cual proporcionaba la necesaria ventilacion. Yo me sorprendí mucho de no encontrar en esta iglesia de pueblo, lo que habia visto en todos los demas de su especie, y aun en las de las ciudadades populosas y cultas, á saber: esa aglome-

racion de altares de malísimo gusto, sobrecargados de ídolos, casi siempre deformes, que una piedad ignorante adora con el nombre de santos, y cuyo culto no es, en verdad, el menor de los obstáculos para la práctica del verdadero cristianismo.

En casi todos los pueblos que habia yo recorrido hasta entónces, habia tenido el disgusto de encontrar de tal manera arraigada esta idolatría, que habia acabado por desalentarme, pensando que la religion de Jesus, no era mas que la cubierta falaz de este culto, cuyo mantenimiento consume los mejores productos del trabajo de las clases pobres, que impide la llegada de la civilizacion y que requiere todos los esfuerzos de un gobierno ilustrado, para ser destruido prontamente. *La Reforma*, me decia yo, debe comenzar tambien por aquí, y los hombres pensadores que la proclaman y defienden, no deben descansar hasta no aplicarla á un objeto tan interesante, porque creer que las teorías se desarrollarán solas en un pueblo que tiene costumbres inveteradas, es no conocer el espíritu humano, y no comprender la historia. Se ha promulgado ya la ley de *Libertad de cultos*, es verdad, y desde luego se autoriza con ella la adoracion de tales santos; pero si el legislador descendiera hasta examinar atentamente lo que pasa en los pueblos con motivo de este culto idólatra, veria que la simple sancion de la libertad de conciencia, no basta para desterrar los abusos, para ilustrar á las masas y para hacer realizable la idea filosófica de los hombres modernos, que es la de fundar, si es posible, sobre los principios religiosos libres, el edificio de la prosperidad publica.

Se necesita, pues, en México una disposicion esen-

cialmente *práctica*, que sin estar en pugna con la libertad religiosa otorgada por la ley, facilite, al contrario, su ejecucion, depure las costumbres paganas creadas por el fanatismo unas veces, y otras por la necesidad de complacer á los pueblos idólatras recien conquistados; y por último, que favorezca y garantice la libertad de todos en la profesion de la fe religiosa.

De otro modo la *libertad de conciencia* podrá ponerse en práctica en los grandes centros populosos y cultos; pero difícilmente, casi nunca, en las pequeñas poblaciones poco civilizadas que constituyen el mayor número en nuestro país. Y me decia yo esto, por que habia visto en centenares de pueblos pequeños, y particularmente en los de indígenas, establecido este culto, que malamente se llama cristiano, de una manera que causaria profundo dolor al mismo Fundador del cristianismo.

Pueblos hay en los que las doctrinas evangélicas son absolutamente desconocidas, porque allí no se adora mas que á San Nicolás, San Antonio, San Pedro ó San Bartolomé, y estos santos eclipsan con su divinidad aun á la misma personalidad de Jesus. El dogma de esos pueblos infelices consiste en la narracion fabulosa de los milagros de su ídolo; milagros que por supuesto creen obrados por el ídolo mismo, sin intervencion de divinidades superiores. Y por eso, nada es mas comun que ver esas larguísimas caravanas de peregrinos indígenas que, con todo y familia, se dirigen á pueblos lejanos, abandonando los trabajos agrícolas, en busca del *santo* famoso á quien van á dejar el producto de sus miserables trabajos de un año.

Abolir estas prácticas; fundar la religion sobre principios mas sanos y mas útiles; es obra de la instruccion

popular: pero ¡ay! esta obra tiene que ser muy lenta; si el Estado ha de realizarla solo por medio de esos apóstoles no siempre ilustrados que se llaman *maestros de escuela*; porque éstos, muchas veces, por no pugnar con el espíritu del pueblo que los sostiene y con los intereses de los curas, se plegan á las costumbres viciosas, y son, por desgracia, sus eficaces propagadores en la niñez, que será mañana, el pueblo heredero de las tradiciones.

Pero en la iglesia de aquel pueblecillo afortunado, y en presencia de aquel cura virtuoso y esclarecido, comprendí de súbito que lo que yo habia creído difícil, largo y peligroso, no era sino fácil, breve y seguro, siempre que un clero ilustrado y que comprendiese los verdaderos intereses cristianos, viniese en ayuda del gobernante,

Hé ahí á un sacerdote que habia realizado en tres años lo que la autoridad civil sola no podrá realizar en medio siglo pacíficamente. Allí no hay *santos*; allí no veía yo mas que una casa de oracion y no un templo de idólatras; allí el espíritu, inspirado por la piedad, podia elevarse, sin distracciones, ni encomendándose á medianeros horrorosos, hácia el Criador para darle gracias y para tributarle un homenaje de adoracion.

En efecto, la pequeña iglesia no contenia mas altares que el que estaba en el fondo, y que se hallaba á la sazon adornado con un Belen; concesion que tal vez habia hecho el cura á la tierna imaginacion de sus feligreses, aun no enteramente libre de sus antiguas aficiones.

Las paredes, por todas partes, estaban lisas, y, entónces, los vecinos las habian decorado profusamente con

grandes ramas de pino y de encina, con guirnaldas de flores y con bellas cortinas de heno, salpicadas de escarcha.

Noté, ademas, que, contra el uso comun de las iglesias mexicanas, en ésta habia bancas para los asistentes, bancas que entónces se habian duplicado para que cupiese toda la concurrencia, de modo que ninguno de los fieles se veía obligado á sentarse en el suelo sobre el frio pavimento de ladrillo. Un órgano pequeño estaba colocado á la puerta de entrada de la nave, y pulsado por un vecino, iba á acompañar los coros de niños y de mancebos que allí se hallaban ya, esperando que comenzara el oficio.

El altar mayor era sencillo y bello. Un poco mas elevado que el pavimento; lo dividia de éste un barandal de cantería pintado de blanco. Seguia el altar, en el que ardian cuatro hermosos cirios sobre candeleros de madera, y en el fondo estaba el *Nacimiento*, es decir, un portalito rústico, con las imágenes, bastante bellas, de San José, de la Virgen y del Niño Jesus, con sus indispensables mula y toro, y pequeños corderos; todo rodeado de piedras llenas de musgo, de ramas de pino, de encina, de parásitas muy vistosas, de heno y de escarcha, que es, como se sabe, el adorno obligado de todo altar de Noche-buena

Tanto este altar, como la iglesia toda, estaban bien iluminados con candelabros, repartidos de trecho en trecho, y con dos lámparas rústicas, pendientes de la techumbre.

A las doce, y al sonoro repique á vuelo de las campanas, y á los acentos melodiosos del órgano, el oficio se comenzó. El cura, revestido con una alba muy be-

lla y una casulla modesta, y acompañado de dos acólitos vestidos de blanco, comenzó la misa. El incienso, que era compuesto de gomas olorosísimas que se recogian en los bosques de la tierra caliente, comenzó á envolver con sus nubes el hermoso cuadro del altar; la voz del sacerdote se elevó suave y dulce enmedio del concurso, y el órgano comenzó á acompañar las graves y melancólicas notas del canto llano, con su acento sonoro y conmovedor.

Yo no habia asistido á una misa desde mi juventud, y habia perdido con la costumbre de mi niñez, la uncion que inspiran los sentimientos de la infancia, el ejemplo de piedad de los padres y la fe sencilla de los primeros años.

Así es que habia desdeñado despues asistir á estas funciones; profesando ya otras ideas y no hallando en mi alma la disposicion que me hacia amarlas en otro tiempo.

Pero entónces, allí, en presencia de un cuadro que me recordaba toda mi niñez, viendo en el altar á un sacerdote digno y virtuoso, aspirando el perfume de una religion pura y buena, juzgué digno aquel lugar, de la Divinidad: el recuerdo de la infancia volvió á mi memoria con su dulcísimo prestigio, y con su cortejo de sentimientos inocentes; mi espíritu desplegó sus alas en las regiones misticas de la oracion, y oré, como cuando era niño.

Parecia que me me habia rejuvenecido; y es que cuando uno se figura que vuelven aquellos serenos dias de la niñez, siente algo que hace revivir las ilusiones perdidas, como sienten nueva vida las flores marchitas al recibir de nuevo el rocío de la mañana.

Tal rabbellisce le smarrite foglie
Ai mattutine geli arido fiore.

como dijo el Tasso.

La misa, por lo demas, nada tuvo de particular para mí. Los pastores cantaron nuevos villancicos, alternando con los coros de niños que acompañaba el organo.

El cura, una vez concluido el oficio, vino á hacer en lengua vulgar, delante del concurso, la narracion sencilla del Evangelio sobre el nacimiento de Jesus. Supo acompañarla de algunas reflexiones consoladoras y elocuentes, sirviéndole siempre de tema la fraternidad humana y la caridad, y se alejó del presbiterio, dejando conmovidos á sus oyentes.

El pueblo salió de la iglesia, y un gran número de personas se dirigió á la casa del alcalde. Yo me dirigí tambien allá con el cura.

XI.

La casa del alcalde era ámplia, hermosa é indicaba el bienestar de su dueño. En el patio, rodeado de rústicos corredores, y plantado de castaños y nogales, se

habian extendido numerosas esteras. Para los ancianos y enfermos se habia reservado el lugar que estaba al abrigo del frio, y para los demás se habia destinado la parte despejada del patio, en el centro del cual ardia una hermosa hoguera. Allí la gente robusta de la montaña podia cenar alegremente, teniendo por toldo el bellísimo cielo de invierno, que ostentaba á la sazon, en su fondo oscuro y sereno, su ejército infinito de estrellas.

La casa estaba coquetamente decorada con el adorno propio del dia. El heno colgaba de los árboles, entónces despojados de hojas, se enredaba en las columnas de madera de los corredores, formaba cortinas en las puertas, se tendia como alfombra en el patio, y cubria casi enteramente las rústicas mesas. Este adorno es el favorito en estas fiestas del invierno en todas partes. Parece que la poética imaginacion popular lo escoge de preferencia en semejantes dias para representar con él las últimas pompas de la vegetacion. El heno representa la vejez del año, como las rosas representan su juventud.

El alcalde, honrado y buen anciano, padre de una numerosa familia, labrador acomodado del pueblo, presidia la cena, como un patriarca de los antiguos tiempos. Junto á él nos sentábamos nosotros, es decir, el cura, el maestro de escuela y yo.

La cena fué abundante y sana. Algunos pescados, algunos pavos, la tradicional ensalada de frutas, á las que dá color el rojo betabel, algunos dulces, un *puding* hecho con harina de trigo, de maíz y pasas, y todo acompañado con el famoso y blanco pan del pueblo, hé ahí lo que constituyó ese banquete, tan variado en

otras partes. Se repartió algun vino; los pastores tomaron una copa de aguardieute á la salud del alcalde y del cura, y á mí me obesquiaron con una botella de Jerez seco, muy regular para aquellos rumbos.

Concluida que fué la cena, el maestro de escuela llamó por su nonbre á uno de los niños, sus alumnos, y le indicó que recitara el romance de Navidad que habia aprendido ese año. El niño fué á tomar lugar enmedio de la concurrencia, y con gran despejo y buena declamacion, recitó lo siguiente:

Repastaban sus ganados
A las espaldas de un monte
De la torre de Belen,
Los soñolientos pastores.

Alrededor de los troncos
De unos encendidos robles,
Que restallando á los aires
Daban claridad al bosque;
En los nudosos rediles
Las ovejuelas se encogen,
La escarcha en la yerba helada
Beben, pensando que comen.

No léjos, los lobos fieros
Con sus aullidos feroces
Desafian los mastines,
Que adonde suenan responden,
Cuando las obscuras nubes
De sol coronado rompe

Un capitan celestial
De sus ejercitos nobles.

Atónitos se derriban
De si mismos los pastores,
Y por la lumbre las manos
Sobre los ojos se ponen.

Los perros alzan las frentes,
Y las ovejuelas corren,
Unas por otras turbadas
Con balidos desconformes,
Cuando el nuncio soberano
Las plumas de oro descoge,
Y enamorando los aires
Les dice tales razones:
«Gloria á Dios en las alturas,
Paz en la tierra á los hombres;
Dios ha nacido en Belen
En esta dichosa noche.

Nació de una pura Vírgen:
Buscadle, pues sabeis donde,
Que en sus brazos le hallaréis
Envuelto en mantillas pobres.»

Dijo, y las celestes aves
En un aplauso conformes,
Acompañando su vuelo
Dieron al aire colores.

Los pastores convocando
Con dulces y alegres sones
Toda la tierra, derriban
Palmas y laureles nobles.

Ramos en las manos llevan,
Y coronados de flores,
Por la nieve forman sendas
Cantando alegres canciones.

Llegan al portal dichoso;
Y aunque juntos le coronen
Racimos de serafines,
Quieren que laurel le adorne.

La pura y hermosa Vírgen
Hallan diciéndole amores
Al Niño recien-nacido
Que Hombre y Dios tiene por nombre.

El santo viejo los lleva
Adonde los piés le adoren,
Que por las cortas mantillas
Los mostraba el Niño entónces.

Todos lloran de placer;
Pero ¿qué mucho que lloren
Lágrimas de gloria y pena,
Si llora el Sol por dos soles?
El Santo Niño los mira,
Y para que se enamoren

Se rie enmedio del llanto,
Y ellos le ofrecen sus dones.

Alma, ofrecedle los vuestros;
Y porque el Niño los tome,
Sabed que se envuelve bien
En telas de corazones."

Todos aplaudieron al Niño; el cura me preguntó:

—¿Conoce usted ese romance, capitan?

—Francamente, no; pero me agrada por su fluidez, por su correccion, y por sus imágenes risueñas y deliciosas.

—Es del famoso Lope deVega, [1] capitan. Yo, desde hace tres años, he hecho que uno de los chicos de la escuela recite, despues del banquete de esta noche, una de estas buenas compocisiones poéticas españolas, en lugar de los malísimos versos que habia costumbre de recitar y que se tomaban de los cuadernitos que imprimen en México y que vienen á vender por aquí los mercaderes ambulantes. Esos versillos solian ser, además de muy malos, obscenos, así como los *misterios ó pastorelas* que se representaban, mas bien para poner en ridículo la escena evangélica, que para honrarla en la fiesta que la recuerda. De este modo, los niños van enriqueciendo su memoria con buenas piezas, que se hacen despues populares, y se ejercitan en la declama-

1 Lope de Vega Carpio—*Rimas sacras*. Puede verse tambien en el *Romancero y Cancionero sagrados* qne forma el tomo 35 de la *Biblioteca de autores españoles*, de Rivadeneyra, donde lleva este romance el nú nero 233

cion, dirigidos por mi amigo y su maestro, que es muy hábil en ella.

—Señor, respondió el maestro de escuela, dirigiéndose á mí: ya he dicho á vd. que todo lo que sé, lo debo al hermano cura; y ahora añadiré, por que es para mí muy grato recordarlo esta noche, que hoy hace justamente tres años.... Permítame vd., hermano, que yo lo refiera; se lo ruego á vd., añadió, contestando al cura que le pedia se callase: hoy hace tres años que iba yo á ser víctima del fanatismo religioso. Era yo un infeliz preceptor de un pueblo cercano, que habiendo recibido una educacion imperfecta, me dediqué sin embargo, por necesidad, á la enseñanza primaria, recibiendo en cambio una mezquina retribucion de doce pesos. Servia yo, ademas, de notario al cura y de secretario al alcalde, y trabajaba mucho. Pero en las horas de descanso procuraba yo ilustrar mi pobre espíritu con útiles lecturas que me proporcionaba encargando libros ó adquiriéndolos de los viajeros que solian pasar, y que, mirando mi aficion, me regalaban algunos que traían por casualidad. De este modo pasé catorce años; y como es natural, á fuerza de perseverancia, llegué á reunir algunos conocimientos, que por imperfectos que fuesen me hicieron superior á los vecinos del lugar, que me escuchaban siempre con atencion y á veces con simpatía y participando de mis opiniones. Entónces acertó á llegar de cura á este pueblo, sustituyendo al antiguo que habia muerto, un clérigo codicioso y de carácter terrible. Comenzó á resuscitar costumbres que iban olvidándose, y á imponer gabelas que no existian; todo, por supuesto invocando la religion. Trató desde luego de ponerme bajo su inspeccion; desaprobó mi

método de enseñanza; me ordenó suspender las clases de lectura, escritura, geografía y gramática que habia establecido, reduciéndome á enseñar solo la doctrina, y acabó por querer tambien asesorar á la autoridad municipal en todos sus asuntos, pero en su propio interés, y tanto, que con motivo de las nuevas leyes dadas por el gobierno liberal, predicó la desobediencia y aun se puso de acuerdo con las partidas de rebeldes que por ese rumbo aparecieron luchando contra la *Constitucion.* Yo entónces creí conveniente advertir á la autoridad el peligro que habia en escuchar las sugestiones del cura, y me manifesté opuesto á sujetarme á sus órdenes en cuanto á la enseñanza de mis niños. Por otra parte, como él inventaba fiestecitas y sacaba á luz nuevos santos con el objeto de aprovecharse de los donativos, que por diversos motivos adquiria además, pues no administraba los sacramentos sin recibir en cambio reses, semillas ó dinero; yo, inspirado de un sentimiento de rectitud, me manifesté disgustado y hablé sobre ello á los vecinos; pero el cura habia trabajado con habilidad en la conciencia de esos infelices, y haciendo mérito de varias opiniones mias opuestas al fanatismo y á la idolatria que reinaban de antemano allí, me presentó como un hereje, como un maldito de Dios y como un hombre abominable. Yo nada pude hacer para contrarestar aquella hostilidad; las autoridades no me sostenian, subyugadas por el cura como lo estaban, y me resigné á los peligros que me traía mi independencia de carácter. No aguardé mucho tiempo. Al llegar la Noche Buena de hace tres años, el pueblo, embriagado y excitado por un sermon del cura, se dirigió á mi casa, me sacó de ella y me llevó á una barranca cercana

á esta poblacion para matarme. ¡Figúrese vd. la afliccion de mi mujer y de mis hijos! Pero el mas grandecito de ellos, iluminado por una idea feliz, corrió á este pueblo, donde hacia poco habia llegado el hermano cura aquí presente y que me habia dado muestras de amistad las diversas veces que habia ido á ver mi escuela. Mi hijo le avisó del peligro que yo corria, y no se necesitó más; vino á salvarme. En manos de aquellos furiosos caminaba yo maniatado, y ya habia llegado á la barranca, con el corazon presa de una angustia espantosa, por mi familia; ya aquellos hombres, ébrios y engañados se precipitaban á darme la muerte por hereje y maldito, cuando se detuvieron llenos de un terror y de un respeto solo comparables á su ferocidad. Iba á amanecer, y la indecisa luz de la madrugada alumbraba aquel cuadro de muerte, cuando de súbito se apareció en lo alto de una pequeña colina cercana, un sacerdote, vestido de negro, que hacia señas y que se acercaba al grupo apresuradamente. Seguíanle este mismo señor alcalde, que entonces lo era tambien, y un gran grupo de vecinos. El hermano cura llegó, se encaró con mis verdugos y les preguntó porque iban á matarme.

—Por hereje, señor cura, le respondieron: este hombre no cree en Dios, ni es cristiano, ni va á misa, ni respeta á nuestros santos, y es enemigo del *padrecito* de nuestro pueblo, y éste nos ha dicho que era bueno que lo matáramos, para quitarnos este diablo de la poblacion que se está *salando* con su presencia.

Ya supondrá vd., capitan, lo que el hermano cura les diria. Su voz indignada, pero tranquila, resonaba en aquel momento como una voz del cielo. Les echó en

cara su crímen; los humilló; los hizo temblar; los convenció, y los obligó á ponerse de rodillas para pedir perdon por su delito. Yo creo que temian que un rayo los redujera á cenizas. Se apresuraron á desatarme; me entregaron libre al cura, quien me abrazó llorando de emocion; vinieron á suplicarme que los perdonara y en ese momento apareció mi infeliz mujer, jadeando de fatiga, gritando y mostrando en sus brazos á mi hijo mas pequeño, implorando piedad para mí. Al verme libre; al ver á un cura, á quien reconoció desde luego, lo comprendió todo: corrió á mis brazos, y no pudiendo más, perdió el sentido. Aquella gente estaba atónita; el hermano cura que habia recibido en sus brazos á mi pequeña criatura, lloraba en silencio, y todo el mundo se habia arrodillado. En ese momento salió el sol, y parecia que Dios fijaba en nosotros su mirada inmensa.

¡Ah, señor capitan! ¡como olvidar semejante noche! La tengo grabada en el alma de una manera constante; y si alguna vez he creido ver la sublime imágen de Jesucristo sobre la tierra, ha sido esa, en que el hermano cura me salvó á mí de la muerte, á toda una familia infeliz de la orfandad, y á aquellos desgraciados fanáticos, del infierno de los remordimientos.

—Y nosotros, dijo el alcalde, llorando con una voz conmovida pero resuelta, y dirigiéndose al concurso que escuchaba enternecido; nosotros allí mismo hemos jurado no permitir jamás, aun á costa de nuestras vidas, que se mate á nadie: no digo á un inocente, pero ni á un criminal, ni á un salteador, ni á un asesino. El hermano cura nos convenció para siempre de que los hombres no tenemos derecho de privar de la vida á

ninguno de nuestros semejantes; de manera que si la ley manda ajusticiar á alguno por sus delitos, que ella lo haga, pero fuera de nuestro pueblo: aquí hemos de procurar que nunca se haga tal cosa, porque el pueblo se mancharía; y para no vernos en esa vergüenza y en ese conflicto, lo que tenemos que hacer es ser honrados siempre.

—¡Siempre! ¡siempre! resonó por todas partes, pronunciado hasta por la voz de los niños.

El cura me apretaba la mano fuertemente, y yo besé la suya, que regué con unas lágrimas que hacia años no habia podido derramar.

Cuando hubo pasado aquel momento de profunda emocion, el cura se apresuró á presentarme á dos personas respetabilísimas, sentadas cerca de nosotros y que no habian sido las que ménos se conmovieran con el relato del maestro de escuela. Estas dos personas eran un anciano vestido pobremente y de estatura pequeña, pero en cuyo semblante, en que podian descubrirse todos los signos de la raza indígena pura, habia un no sé qué que inspiraba profundo respeto. La mirada era humilde y serena; estaba casi ciego, y la melancolía del indio parecia de tal manera característica á ese rostro, qus se hubiera dicho que jamas una sonrisa habia podido iluminarlo.

Los cabellos del anciano eran negros, largos y lustrosos, á pesar de la edad; la frente elevada y pensativa; la nariz aguileña; la barba poquísima y la boca severa. El tipo, en fin, era el del habitante antiguo de aquellos lugares, no mezclado para nada con la raza conquistadora. Llamábanle el tio Francisco. Era el modelo de los esposos y de los padres de familia. Ha-

bia sido acomodado en su juventud; y aunque ciego despues y combatido por la más grande miseria, habia opuesto á estas dos calamidades tal resignacion, tal fuerza de espíritu y tal constancia en el trabajo, que se habia hecho notable entre los montañeses, quienes le señalaban como el modelo del varon fuerte. La rectitud de su conciencia, y su instruccion no vulgar entre aquellas gentes, así como su piedad acrisolada, le habian hecho el consultor nato del pueblo, y á tal punto se llevaba el respeto por sus decisiones, que se tenia por inapelable el fallo que pronunciaba el tio Francisco en las cuestiones sometidas á su arbitraje patriarcal. No pocas veces las autoridades acudian á él en las graves dificultades que se les ofrecian; y su pobre cabaña en la que se abrigaba su numerosa familia, sujeta casi siempre á grandes privaciones, estaba enriquecida por la virtud y santificada por el respeto popular. El anciano indígena era el único, ántes de la llegada del cura, que dirimia las controversias sobre tierras, á quien se llevaban las quejas de las familias, las consultas sobre matrimonios y sobre asuntos *de conciencia*, y jamas un vecino tuvo que lamentarse de su decision, siempre basada en un riguroso principio de justicia. Despues de la llegada del cura, éste habia hallado en el tio Francisco su mas eficaz auxiliar en las mejoras introducidas en el pueblo, así como su mas decidido y virtuoso amigo. En cambio, el patriarca montañes profesaba al cura un cariño y una admiracion extraordinarios; gustaba mucho de oírle hablar sobre religion, y se consolaba en las penas que le ocasionaban su ceguera y su pobreza, escuchando las dulces y santas palabras del jóven sacerdote.

La otra persona era la mujer del tio Francisco, una virtuosísima anciana, indígena tambien y tan resignada, tan llena de piedad como su marido, á cuyas virtudes añadia las de un corazon tan lleno de bondad, de una laboriosidad tan extremada, de una ternura maternal tan ejemplar y de una caridad tan ardiente, que hacian de aquella singular matrona una santa, un angel. El pueblo entero la reputaba como su joya mas preciada, y tiempo hacia que su nombre se pronunciaba en aquellos lugares como el nombre de un genio benéfico. Se llamaba la tia Juana, y tenia siete hijos.

El cura, que me daba todos estos informes, me decia:

—No conocí á mi virtuosa madre; pero tengo la ilusion de que debió parecerse á esta señora en el carácter, y de que si hubiera vivido habria tenido la misma serena y santa vejez que me hace ver en derredor de esa cabeza venerable una especie de aureola. Note vd. qué dulzura de mirada, qué corazon tan puro revela esa sonrisa, qué alegria y resignacion en medio de la miseria y de las espantosas privaciones que parecen perseguir á estos dos ancianos. Y esta pobre mujer, envejecida más por los trabajos y las enfermedades que por la edad; flaca y pálida ahora, fué una jóven dotada de esa gracia sencilla y humilde de las montañesas de este rumbo, y que ellas conservan, como vd. ha podido ver, cuando no la destruyen los trabajos, las penas y las lágrimas.

Sin embargo, el cielo, que ha querido afligir á estos desventurados y virtuosos viejos con tantas pruebas, les reserva una esperanza. Su hijo mayor está estudiando en un colegio, hace tiempo; y como el muchacho se

halla dotado de una energía de voluntad verdaderamente extraordinaria, á pesar de los obstáculos de la miseria y del desamparo en que comenzó sus estudios, pronto podrá ver el resultado de sus afanes y traer al seno de su familia la ventura, tan largo tiempo esperada por sus padres. Tan dulce confianza alegra los dias de esa familia infeliz, digna de mejor suerte.

Al acabar de decirme esto el cura, se acercó á él la misma señora de edad que lo habia llamado aparte y hablándole cuando llegamos al pueblo. Iba seguida de una jóven hermosísima, la mas hermosa tal vez de la aldea. La examiné con tanta atencion, cuanto que la suponia, como era cierto, la heroina de la historia de amor que iba á desenlazarse esa noche, segun me anunció el cura.

Tenia como veinte años, y era alta, blanca, gallarda y esbelta como un junco de sus montañas. Vestía una finísima camisa adornada con encajes, segun el estilo del país, enaguas de seda de color oscuro; llevaba una pañoleta de seda encarnada sobre el pecho, y se envolvia en un rebozo fino, de seda tambien, con larguísimos flecos morados. Llevaba ademas, pendientes de oro; adornaba su cuello con una sarta de corales y calzaba zapatos de seda muy bonitos. Revelaba, en fin, á la jóven labradora, hija de padres acomodados. Este traje gracioso de la vírgen montañesa, la hizo mas bella á mis ojos, y me la representó por un instante como la Ruth del idilio bíblico, ó como la esposa del *Cantar de los Cantares.*

La jóven bajaba á la sazon los ojos, é inclinaba el semblante llena de rubor; pero cuando lo alzó para saludarnos, pude admirar sus ojos negros, aterciopelados

y que velaban largas pestañas, así como sus mejillas color de rosa, su nariz fina y sus labios rojos, frescos y sensuales. ¡Era muy linda!

¿Qué penas podria tener aquella encantadora montañesa? Pronto iba á saberlo, y á fé que estaba lleno de curiosidad.

La señora mayor se acercó al cura y le dijo:

—Hermano vd. nos habia prometido que Pablo vendria. . . . ¡y no ha venido! La señora concluyó esta frase con la mas grande afliccion.

—Sí: ¡no ha venido! repitió la jóven, y dos gruesas lágrimas rodaron por sus mejillas.

Pero el cura se apresuró á responderles.

—Hijas mias, yo he hecho lo posible, y tenia su palabra; pero ¿acaso no está entre los muchachos?

—No, señor, no está, replicó la jóven; ya lo he buscado con los ojos y no lo veo.

—Pero, Cármen, hija, añadió el alcalde, no te apesadumbres, si el hermano cura te responde, tú hablarás con Pablo.

—Sí, tio; pero me habia dicho que seria hoy, y lo deseaba yo, porque vd. recuerda que hoy hace tres años que se lo llevaron, y como me cree culpable, deseaba yo en este dia pedirle perdon. . . . ¡Harto ha padecido el pobrecito!

—Amigo mio, dije yo al cura, ¿podria vd. decirme qué pena aflige á esta hermosa niña y por qué desea ver á esa persona? Vd. me habia prometido contarme esto, y mi curiosidad está impaciente.

—¡Oh! es muy fácil, contestó el sacerdote; y no creo que ellas se incomoden. Se trata de una historia muy sencilla, y que referiré á vd. en dos palabras, porque la

sé por esta muchacha y por el mancebo en cuestion. Siéntense vdes,, hijas mias, mientras refiero estas cosas al señor capitan, añadió el cura, dirigiéndose á la señora y á Cármen, quienes tomaron asiento junto al alcalde.

—Pablo era un jóven huérfano de este pueblo, y desde su niñez habia quedado al encargo de una tia muy anciana, que murió hace cuatro años. El muchacho era trabajador, valiente, audaz y simpático, y por eso lo querian los muchachos del pueblo; pero él se enamoró perdidamente de esta niña Carmen, que es la sobrina del señor alcalde, y una de las jóvenes mas virtuosas de toda la comarca.

Cármen no correspondió al afecto de Pablo, sea por que su educacion, extremadamente recatada, la hiciese muy tímida todavía para los asuntos amorosos, sea, lo que yo creo mas probable, que la asustaba la lijereza de carácter del jóven, muy dado á galanteos, y que habia ya tenido varias novias á quienes habia dejado por los mas lijeros motivos.

Pero la esquivez de Cármen no hizo mas que avivar el amor de Pablo, ya bastante profundo, y que él ni podia ni trataba de dominar.

Seguia á la muchacha por todas partes, aunque sin asediarla con importunas manifestaciones. Recogia las mas exquisitas y bellas flores de la montaña, y venia á colocarlas todas las mañanas en la puerta de la casa de Cármen, quien se encontraba al levantarse con estos hermosos ramilletes, adivinando por supuesto qué mano los habia colocado allí. Pero todo era en vano: Cármen permanecia esquiva y aun aparentaba no comprender que ella era el objeto de la pasion del jóven.

Este, al cabo de algun tiempo de inútil afan, se apesadumbró, y quizás para olvidar, tomó un mal camino, muy mal camino.

Abandonó el trabajo, contentóse con ganar lo suficiente para alimentarse y se entregó á la bebida y al desórden. Desde entónces aquel muchacho tan juicioso ántes, tan laborioso, y á quien no se le podia echar en cara mas que ser algo ligero, se convirtió en un perdido. Perezoso, afecto á la embriaguez, irascible, camorrista y valiente como era, comenzó á turbar con frecuencia la paz de este pueblo, tan tranquilo siempre, y no pocas veces, con sus escándolas y pendencias, puso en alarma á los habitantes y dio que hacer á sus autoridades. En fin, era insufrible, y naturalmente se atrajo la malevolencia de los vecinos, y con ella la frialdad, mayor todavía, de Cármen, que si compadecia su suerte, no daba muestras ningunas de interesarse por cambiarla, otorgándole su cariño.

Por aquellos dias justamente llegué al pueblo, y como es de suponerse, procuré conocer á los vecinos todos. El señor alcalde presente, que lo era entónces tambien, me dió los mas verídicos informes, y desde luego me alegré mucho de no encontrarme sino con buenas gentes, entre quienes, por sus buenas costumbres, no tendria trabajo en realizar mis pensamientos. Pero el alcalde, aunque con el mayor pesar, me dijo que no tenia mas que un mal informe que añadir á los buenos que me habia comunicado, y era sobre un muchacho huérfano, antes trabajador y juicioso, pero entónces muy perdido, y que ademas estaba causando al pueblo el grave mal de arrastrar á otros muchachos de su edad por el camino del vicio. Respondí al alcalde

que ese pobre jóven corria de mi cuenta, y que procuraria traerlo á la razon.

En efecto, lo hice llamar, lo traté con amistad, le dí excelentes consejos; él se conmovió de verse trado así; pero me contestó que su mal no tenia remedio, y que habia resuelto mejor desterrarse para no seguir siendo el blanco de los odios del pueblo; pero que era difícil para él cambiar de conducta.

La obstinacion de Pablo, cuyo orígen comprendia yo, me causó pena, porque me reveló un carácter apasionado y enérgico, en el que la contrariedad, lejos de estimularle, le causaba desaliento, y en el que el desaliento producia la desesperacion. Fueron, pues, vanos mis esfuerzos.

Yo sabia muy bien lo que Pablo necesitaba para volver á ser lo que habia sido. La esperanza en su amor habria hecho lo que no podia hacer la exhortacion más elocuente; pero esta esperanza no se le concedia, ni era fácil que se le concediese, pues cada dia que pasaba, Cármen se mostraba mas severa con él, á lo que se agregaba que la señora madre de ella y el alcalde su tio, no cesaban de abominar la conducta del muchacho, y decian frecuentemente que primero querian ver muerta á su hija y sobrina, que saber que ella le profesaba el menor cariño.

Ademas, como los mancebos mas acomodados del pueblo deseaban casarse con Cármen, y solo los contenia para hacer sus propuestas el miedo que tenian á Pablo, cuyo valor era conocido y cuya desesperacion le hacia capaz de cualquiera locura, se hacia urgente tomar una providencia para desemberazarse de un sugeto tan pernicioso.

Pronto se presentó una oportunidad para realizar este deseo de los deudos de Cármen. Habia estallado la guerra civil, y el gobierno habia pedido á los distritos de este Estado un cierto número de reclutas para formar nuevos batallones. Los prefectos los pidieron á su vez á los pueblos, y como éste es pequeño, su gente muy honrada y laboriosa, la autoridad solo exigió al alcalde que le mandase á los vagos y viciosos. Ya conoce vd. la costumbre de tener el servicio de las armas como una pena, y de condenar á él á la gente perdida. Es una desgracia.

—Y muy grande, respondí: semejante costumbre es nociva, y yo deseo que concluya cuanto antes esta guerra, para que el legislador escogite una manera de formar nuestro ejército sobre bases mas conformes con nuestra dignidad y con nuestro sistema republicano.

—Pues bien, continuó el cura. Por aquellos dias, la antevíspera de la Noche-buena, se presentó aquí un oficial con una partida de tropa, con el objeto de llevarse á sus reclutas. El pueblo se conmovió, temiendo que fueran á diezmarse las familias, los jóvenes se ocultaron y las mujeres lloraban. Pero el alcalde tranquilizó á todos diciendo que el prefecto le daba facultad para no entregar mas que á los viciosos, y que no habiendo en el lugar mas que uno, que era Pablo, ese seria condenado al servicio de las armas. E inmediatamente mandó aprehenderle y entregarle al oficial.

Dióme tristeza la disposision del alcalde cuando la supe, pero no era posible evitarla ya, y ademas la aprehension de Pablo, era el pararayos que salvaba á los demas jóvenes del pueblo.

Algunas gentes compadecieron al pobre muchacho;

pero ninguno se atrevió á abogar por su libertad, y el oficial lo recibió preso.

Parece que Pablo, en la noche del dia 23, burlando la vigilancia de sus custodios, y merced á su conocimiento del lugar y á su agilidad montañesa, pudo escaparse de su prision, que era la casa municipal, donde la tropa se habia acuartelado, y corrió á la casa de Cármen: llamó á ésta y á la madre, que asustadas, acudieron á la puerta á saber qué queria. Pablo dijo á la jóven, que así como habia venido á hablarla, podia muy bien huir á las montañas; pero que deseaba saber, ya en esos momentos muy graves para él, si no podia abrigar esperanza ninguna de ser correspondido, pues en este caso se resignaria á su suerte, é iria á buscar la muerte en la guerra; y si sintiendo por él algun cariño Cármen, se lo decia, se escaparia inmediatamente, procuraria cambiar de conducta y se haria digno de ella.

Cármen reflexionó un momento, habló con la madre y respondió, aünque con pesar, al jóven, que no podia engañarle; que no debia tener uinguna esperanza de ser correspondido; que sus parientes lo aborrecian, y que ella no habia de querer darles una pesadumbre. reteniéndolo, particularmente cuando no tenia confianza en sus promesas de reformarse, porque ya era tarde para pensar en ello. Así es, que sentia mucho su suerte, pero que no estaba en su mano evitarla-

Oyendo esto, Pablo se quedó abatido, dijo adios á Cármen, y se alejó lentamente para volver á su prision.

—¡Ay! Así fué, dijo Cármen sollozando; yo tuve la culpa. . . .de todo lo que ha padecido. . . .

—Pero, hija, replicó la señora; si entónces era tan malo. . . .

—Al dia siguiente, continuó el cura, á las ocho de la mañana, el oficial salió con su partida de tropa, batiendo marcha y llevando entre filas y atado al pobre muchacho, que inclinaba la frente entristecido, al ver que las gentes salian á mirarlo.

—¡Adios, Pablo!. . . repetian las mujeres y los niños asomándose á la puerta de sus cabañas; pero él no oyo la voz querida ni vió el semblante de Cármen entre aquellos curiosos.

En la noche de ese dia 24 se hizo la funcion de Noche-buena, y se dispuso la cena en este mismo lugar; pero habiendo comenzado muy alegre, se concluyó tristemente, porque al llegar la hora de la alegría; del baile y del bullicio, todo el mundo echó de ménos al alegre muchacho, que aunque vicioso, era el alma, por su humor ligero; de las fiestas del pueblo.

—¡Ay! ¡pobrecito de Pablo! ¿En donde estará á estas horas? preguntó álguien.

—¡En dónde ha de estar! respondió otro. . . . en la cárcel del pueblo cercano; ó bien desvelado por el frio, y bien amarrado, en el monte donde hizo jornada la tropa.

No bien hubo oido Cármen estas palabras, cuando no pudo mas y rompió á llorar. Se habia estado conteniendo con mucha pena, y entonces no pudo dominarse. Esto causó mucha sorpresa, porque era sabido que no queria á Pablo, de modo que aquel llanto hizo pensar á todos, que aunque la muchacha le mostraba aversion por sus desórdenes, en el fondo lo queria algo.

El señor alcalde se enfadó, lo mismo que la señora, y se retiraron, concluyéndose en seguida la cena de una manera tan triste.

Han pasado ya tres años. No volvimos á tener noticias de Pablo, hasta hace cinco meses, en que volvió á aparecer en el pueblo; se presentó al alcalde enseñando su pasaporte y su licencia absoluta, y pidiendo permiso para vivir y trabajar en un lugar de la montaña, á seis leguas de aquí.

En dos años se habia operado un gran cambio en el carácter, y aun en el físico de Pablo. Habia servido de soldado, se habia distinguido entre sus compañeros por su valor, su honradez y su instruccion militar, de modo que habia llegado hasta ser oficial en tan poco tiempo. Pero habiendo recibido muchas heridas en sus campañas, heridas de las que todabia sufre, pidió su licencia para retirarse á descansar de los trabajos de la guerra, y sus gefes se la concedieron con muchas recomendaciones.

Pablo no tardó mas que algunas horas en el pueblo, cambió su traje militar por el del labrador montanés, compró algunas provisiones é instrumentos de labranza, y partió á su montaña sin ver á nadie, ni á Cármen, ni á mí. Retirado á aquel lugar, comenzó á llevar una vida de Robinson. Escogió la parte mas agreste de las montañas; construyó una choza, desmotó el terreno, y haciendo algunas excursiones á las aldeas cercanas, se proporcionó semillas y cuanto se necesitaba para sus proyectos.

Sus viajes de soldado, por el centro de la República le han sido muy útiles. Ha aprovechado algunas ideas sobre la agricultura y horticultura, y las ha puesto en práctica aquí con tal éxito, que da gusto ver su *roza*, como él la llama humildemente. No, no es una simple *roza* aquella, sino una hermosa plantacion de mucho

porvenir. Está muy naciente aún; pero ya promete bastante. Sus árboles frutales son exquisitos, su pequeña siembra de maiz, de trigo, de chícharo y de lenteja, le ha producido de luego á luego una cosecha regular. Merced á él, hemos podido gustar fresas, como las mas sabrosas del centro, pues las cultiva en abundancia, y no parece extraño á la aficcion por las flores, pues él ha sembrado por todas partes violetas, como las de México (y no inodoras como las de aquí), pervincas, mosquetas, molva-rosas, además de todas las flores aromáticas y raras de nuestra sierra. Ha plantado un pequeño viñedo, y á él he encargado precisamente de cuidar mis moreras nacientes y que están colocadas en otro lugar mas á propósito por su temperatura. En suma, es infatigable en sus tareas, parece poseido por una especie de fiebre de trabajo. Se diria que desea demostrar al pueblo que lo arrojó de su seno por su conducta, que no merecia aquella ignominia, y que en su mano estaba volver al buen camino, si la persona á quien habia hecho tal promesa, hubiera dado crédito á sus palabras.

Los pastores de los numerosos rebaños que pastan en estas cercanías, como he dicho á usted, lo adoran, porque apenas se ha sentido la presencia de una fiera en tal ó cual lugar, por los daños que hace, cuando Pablo se pone voluntariamente en su persecucion y no descansa hasta no traerla muerta á la majada misma que slrve de centro al rebaño perjudicado. Y Pablo no acepta jamas la gratificacion que es costumbre dar á los otros cazadores de fieras dañinas, sino que despues de haber traido muertos al tigre, al lobo ó al leopardo, ó de haber avisado á los pastares en que lugar queda ten-

dido, se retira sin hablar mas. Esta singularidad de carácter, junta á su rara generosidad y á su valor temerario, han acabado por granjearle el cariño de todo el mundo; solo que nadie puede expresárselo como quisiera, porque Pablo huye de las gentes, pasa los dias en una taciturnidad sombría; y á pesar de que padece mucho todavia á causa de sus heridas, á nadie acude para curarse limitándose à pedir a los labradores montañeses ó á los aldeanos que pasan, algunas provisiones á cambio del producto de su plantacion. Cerca de ésta tiene su pequeña cabaña, rodeada de rocas que él ha cubierto con musgo y flores: allí vive como un eremita ó como un salvaje, trabajando durante el dia, leyendo algunos libros en algunos ratos, de noche, y siempre combatido por una tristeza tenaz,

Conmovido yo por semejante situacion, he ido á verlo algunas veces. El me espera, me obsequia, me escucha, pero se rsiste siempre á venir al pueblo. Un dia, en que supe que estaba postrado y sufriendo á consecuencia de sus heridas y de la entrada del invierno, quise llevar conmigo á la señora madre de Cármen para que esto le sirviese de consuelo; pero él apenas nos divisó á lo léjos, huyó á lo mas escabroso y escondido de la sierra, y no pudimos hacer otra cosa que dejarle algunas medicinas y provisiones, retirandonos llenos de sentimiento por no haberle visto.

—Pero ese muchacho interrumpí, va á acabar por volverse loco, llevando semejante vida, parecida á la que hacia Amadís; es preciso sacarlo de ella.

—Indudablemente, contestó el cura; eso mismo he pensado yo y he pues los medios para que termine. Usted habrá comprendido cual debia ser el único efi-

caz, porque á mí no se me oculta que Pablo ha seguido amando á esta muchacha, con mas fuerza cada dia; solo que, altivo por carácter, y resentido en lo profundo de su alma por lo que habia pasado, no puede ya pensar en el objeto de su cariño sin que la negra sombra de sus recuerdos venga luego á renovar la herida y á engendrarle esa desesperacion que se ha convertido en una peligrosa melancolía.

—Pero en fin.... esta niña.... pregunté yo con una rudeza en que habia mucho de curiosidad. Cármen no respondió; se cubria el rostro con las manos y sollozaba.

—¡Ah! entiendo, señor cura, continué; entiendo: y ya era tiempo, porque la suerte de ese infeliz amante me iba afligiendo de una manera....

—Como usted me concederá tambien, repuso el cura, yo no podia hacer otra cosa, aun conociendo la verdadera pena de Pablo, que aguardar á mi vez, porque por nada de este mundo hubiera querido hablar á Cármen de los sufrimientos del jóven; temia ser la causa de que esta sensible y buena muchacha se resolviera á hacer un sacrificio *por compasion* hácia Pablo, ó bien le llegase á tener un poco de cariño originado por la misma *compasion*. Usted, capitan, en su calidad de hombre de mundo, estimará desde luego el valor que podria tener un *amor de compasion*. Nada hay mas frágil que esto, y nada que acarrée mas desgracias á los corazones que aman.

Yo deseaba saber si Cármen habia amado á Pablo antes, y á pesar de sus defectos, aunque lo hubiera ocultado aun á sí misma por recato y por respeto á la opinion de sus parientes. Si no hubiera sido así, yo desea-

ba al menos que hoy lo amara, convencida de sus virtudes y estimando en lo que vale su noble carácter un poco fiero, es verdad, pero digno y apasionado siempre.

Mientras yo no supiera esto, me parecia peligrosa toda gestion que hiciera para favorecer á mi protegido; y ni á éste dije jamas una sola palabra de ello, como él tampoco me dejó conocer nunca, ni en la menor expresion, el verdadero motivo de sus padecimientos y de su soledad.

Hice bien en esperar: el amor, el verdadero amor, el que por mas obstáculos que encuentre llega por fin á estallar, vino pronto en mi auxilio.

Un dia, hace apenas tres, el señor alcalde vino á verme á mi casa, me llamó aparte y me dijo:

—Hermano cura, necesitamos mi familia y yo de la bondad de usted, porque tenemos un asunto grave, y en el que se juega tal vez la vida de una persona que queremos muchísimo.

—¿Pues qué hay, señor alcalde? le pregunté asustado.

—Hay, hermano cura, que la pobre Cármen, mi sobrina, está enamorada, muy enamorada, y ya no puede disimularlo ni tener tranquilidad: está enferma, no tiene apetito, no duerme, no quiere ni hablar.

—¿Es posible? pregunté yo alarmadísimo, porque temí una revelacion enteramente contraria á mis esperanzas. ¿Y de quién está enamorada Cármen, puede decirse?

—Sí, señor, puede decirse, y á eso vengo precisamente. Ha de saber usted, que cuando Pablo, ya sabe usted, Pablo, el soldado, la pretendia hace algunos años, mi hermana y yo, que no queriamos al muchacho por desordenado y ocioso, procuramos sin embargo averi-

guar si ella le tenia algun cariño, y nos convencimos de que no le tenia ninguno, y de que le repugnaba lo mismo que á nosotros. Por eso yo me resolví á entregarle á la tropa, pues de ese modo quitábamos del pueblo á un sugeto nocivo y libraba yo á mi sobrina de un impertinente. Pero usted se acordará de aquella misma Noche-buena en que, al hablar de Pablo en mi casa, cuando estábamos cenando, Cármen se echó á llorar. Pues bien: desde entónces su madre se puso á observarla dia à dia; y aunque de pronto no le siguió conociendo nada extraordinario, despues se persuadió de que su hija queria al mancebo. Y se persuadió, porque Cármen no quiso nunca oír hablar de casamiento, ni dió oídos á las propuestas que le hacian varios muchachos honrados y acomodados del pueblo. Cuando se hablaba de Pablo, Cármen se ponia descolorida, triste, y se retiraba á su cuarto; y en fin, no hablaba de él jamas, pero parece que no lo olvidó nunca.

Así ha pasado todo este tiempo; pero desde que volvió Pablo, mi sobrina ha perdido enteramente su tranquilidad: el dia en que supo que estaba aquí, todos advertimos su turbacion aunque no sabiamos bien si era la alegría, ó el susto, ó la sorpresa lo que la habia puesto así. Despues, cuando ha sabido la clase de vida que hace Pablo en la montaña, suspiraba, y á veces lloraba, hasta que por fin mi hermana se ha resuelto ahora á preguntarle con franqueza lo que tiene y si quiere á ese mancebo. Cármen le ha respondido que sí lo quiere; que lo ha querido siempre, y que por eso se halla triste; pero que cree que Pablo la ha de aborrecer ya, porque la ha de considerar como la causa de todos sus padecimientos, y eso lo indica el no querer venir al pueblo,

ni verla para nada. Que ella desearia hablarle, solo para pedirle perdon, si lo ha ofendido, y para quitarle del corazon esa espina, pues no estará contenta mientras él le tenga rencor. Esto es lo que pasa, hermano; y ahora vengo á rogar á vd. que vaya á ver á Pablo y lo obligue á venir, con el pretexto de la cena de pasado mañana, para que Cármen le hable, y se arregle alguna otra cosa, si es posible, y si el muchacho todavía la quiere; porque yo tengo miedo de que mi sobrina pierda la salud si no es así.

Ya vd. comprenderá, capitan, mi alegría: ni preparado por mí hubiera salido mejor esto. Aproveché una salida del pueblo para una confesion; corrí á la montaña; ví á Pablo; le insté por que viniera, y me lo ofreció. . . . extraño mucho que no haya cumplido.

Al decir esto el cura, un pastor atravesó el patio y vino á decir al cura y al alcalde que Pablo estaba descansando en la puerta del patio, porque habiendo estado muy enfermo y habiendo hecho el camino muy poco á poco, se habia cansado mucho.

Un grito de alegría resonó por todas partes: el alcalde y el cura se levantaron para ir al encuentro del jóven; la madre de Cármen se mostró muy inquieta, y ésta se puso á temblar, cubriéndose su rostro de una palidez mortal. . . .

—Vamos, niña, le dije, tranquilícese vd.; debe tener el corazon como una roca ese muchacho si no se muere de amor delante de vd.

Cármen movió la cabeza con desconfianza, y en este instante el alcalde y el cura entraron trayendo del brazo á un jóven alto, moreno, de barba y cabellos negros, que realzaba entonces una gran palidez, y en cuya mi-

rada, llena de tristeza, podia adivinarse la firmeza de un carácter altivo.

Era Pablo.

Venia vestido como los montañeses, y se apoyaba en un baston largo y nudoso.

—¡Viva Pablo! gritaron los muchachos arrojando al aire sus sombreros; las mujeres lloraban, los hombres vinieron á saludarle. El alcalde lo condujo á donde se hallaban su hermana y sobrina, diciéndole.

—Ven por acá, picaruelo, aquí te necesitan: si tienes buen corazon nos has de perdonar á todos.

Pablo, al ver á Cármen, pareció vacilar de emocion, y se aumentó su palidez; pero reponiéndose, dijo todo turbado.

—¡Perdonar, señor! ¿y de qué he de perdonar? Al contrario, yo soy quien tiene que pedir perdon de tanto como he ofendido al pueblo....!

Entonces se levantó Cármen, y trémula y sonrojada, se adelantó hácia el jóven, é inclinando los ojos, le dijo:

—Sí, Pablo, te pedimos perdon; yo te pido perdon por lo de hace tres años.... yo soy la causa de tus padecimientos.... y por eso, bien sabe Dios lo que he llorado. Te ruego que no me guardes rencor.

La jóven no pudo decir mas, y tuvo que sentarse para ocultar su emocion y sus lágrimas.

Pablo se quedó atónito. Evidentemente en su alma pasaba algo extraordinario, porque se volvia de un lado y de otro para cerciorarse de que no estaba soñando. Pero un instante despues, y oyendo que la madre de Cármen, con las manos juntas en actitud suplicante decia:

—¡Pablo, perdónala! dejó escapar de sus ojos dos gruesas lágrimas, é hizo un esfuerzo para hablar.

—Pero, señora, respondió; pero, Cármen; ¿quién ha dicho á vdes. que yo tenia rencor? ¿Y por qué habia de tenerlo? Era yo vicioso, señor alcalde, y por eso me entregó vd. á la tropa Bien hecho: de esa manera me corregí y volví á ser hombre de bien. Era yo un ocioso y un perdido, Cármen: tú eres una niña virtuosa y buena, y por eso cuando te hablé de amor me dijiste que no me querias. Muy bien hecho; ¿y qué obligacion tenias tú de quererme? Bastante hacias ya, con no avergonzarte de oír mis palabras. Yo soy quien te pido perdon, por haber sido atrevido contigo, y por haber estorbado quizas en aquel tiempo que tú quisieras al que te dictaba tu corazon. Cuando yo considero esto, me da mucha pena.

—¡Oh! no, eso no, Pablo, se apresuró á replicar la jóven; eso no debe afligirte, porque yo no queria á nadie entonces. . . . ni he querido despues. . . . añadió avergonzada; y si no, pregúntalo en el pueblo. . . . te lo juro, yo no he querido á nadie. . . . . .

—Mas que á vd., amigo Pablo, me atreví yo á decir con resolucion, é impaciente por acercar de una vez aquellos dos corazones enamorados. Vamos, añadí, aquí se necesita un poco del carácter militar para arreglar este asunto. Vd. que lo ha sido, ayúdeme por su lado. Lo sé todo; sé que vd. adora á esta niña, y da vd. en ello prueba de que vale mucho. Ella lo ama á vd. tambien, y si no que lo digan esas lágrimas que derrama, y esos padecimientos que ha tenido desde que vd. se fué á servir á la Patria. Sean vdes. felices ¡que diantre! ya era tiempo, porque los dos se estaban mu-

riendo por no querer confesarlo. Acérquese vd., Pablo, á su amada, y dígale que es vd el hombre mas feliz de la tierra: aparte vd. esas manos, hermosa Cármen, y deje á este muchacho que lea en esos lindos ojos todo el amor que vd. le tiene; y que el juez y el señor cura se den prisa por concluir este asunto.

Los dos amantes se estrecharon la mano sonriendo de felicidad, y yo recibí una ovacion por mi pequeña arenga, y por mi manera franca de arreglar matrimonios. Los pastores cantaron y tocaron alegrísimas sonatas en sus guitarras, zampoñas y panderos; los muchachos quemaron petardos, y los repiques á vuelo con que en ese dia se anuncia el toque del alba, invitando á los fieles á orar en las primeras horas del gran dia cristiano, vinieron á mezclarse oportunamente al bullicioso concierto.

Al escuchar entónces el grave tañido de la campana, que sonaba lento y acompasado, indicando la oracion, todos los ruidos cesaron; todos aquellos corazones en que rebosaban la felicidad y la ternura, se elevaron á Dios con un voto unánime de gratitud, por los beneficios que se habia dignado otorgar á aquel pueblo tan inocente como humilde.

Todos oraban en silencio: el cura preferia esto por ser mas conforme con el espíritu de sinceridad que debe caracterizar el verdadero culto, y dejaba que cada cual dirigiese al cielo la plegaria que su fé y sus sentimientos le dictasen, aunque sus lábios no repitiesen ese guirigay, muchas veces incomprensible, que los devocionarios enseñan; como si la oracion, es decir, la sublime comunicacion del espíritu humano con el Creador del universo, pudiese sujetarse á fórmulas.

Así pues, todos, ancianos, mancebos, niños y mujeres oraban con el mayor recogimiento. El cura parecia absorto, derramaba lágrimas, y en su semblante, honrado y dulce, habia desaparecido toda sombra de melancolía, iluminándose con una dicha inefable. El maestro de escuela habia ido á arrodillarse junto á su mujer é hijos, que lo abrazaban con enternecimiento, recordando su peligro de hacia tres años; el alcalde, como un patriarca bíblico, ponia las manos sobre la cabeza de sus hijos, agrupados en su derredor; el tio Francisco y la tia Juana tambien, en medio de sus hijos, murmuraban, llorando, su oracion; la buena Gertrudis abrazaba á su hermosa hija, quien inclinaba la frente como agobiada por la felicidad, y Pablo sollozaba, quizás por la primera vez, teniendo aun entre sus manos la blanca y delicada de su adorada Cármen, que acababa de abrir para él las puertas del paraiso. Yo mismo olvidaba todas mis penas y me sentia feliz, contemplando aquel cuadro de sencilla virtud y de verdadera y de modesta dicha, que en vano habia buscado en medio de las ciudades opulentas y en una sociedad agitada por terribles pasiones.

Cuando concluyó la oracion del alba, la reunion se disolvió, nos despedimos del digno alcade y de los futuros esposos, quienes se quedaron con él á concluir la velada, así como otros muchos vecinos; y nos fuimos á descansar, andando apresuradamente, porque á esa hora, como era regular en aquellas alturas, durante el invierno, la nieve comenzaba á caer con fuerza, y sus copos doblegaban ya las ramas de los árboles, cubrian los techos pajizos de las cabañas y alfombraban el suelo por todas partes.

Al dia siguiente aun permanecí en el pueblo, que abandoné el 26, no sin estrechar contra mi corazon aquel virtuosísimo cura á quien la fortuna me habia hecho encontrar, y cuya amistad fué para mí de gran valía desde entónces.

Nunca, y usted lo habrá conocido por mi narracion, he podido olvidar aquella hermosa *Navidad*, pasada en las montañas.»

Todo esto me fué referido la noche de Navidad de 1871 por un personaje, hoy muy conocido en México, y que durante la guerra de Reforma sirvió en las filas liberales: yo no he hecho mas que trasladar al papel sus palabras.

BIBLIOTECA NACIONAL
MEXICO

CUENTOS DE INVIERNO

CLEMENCIA